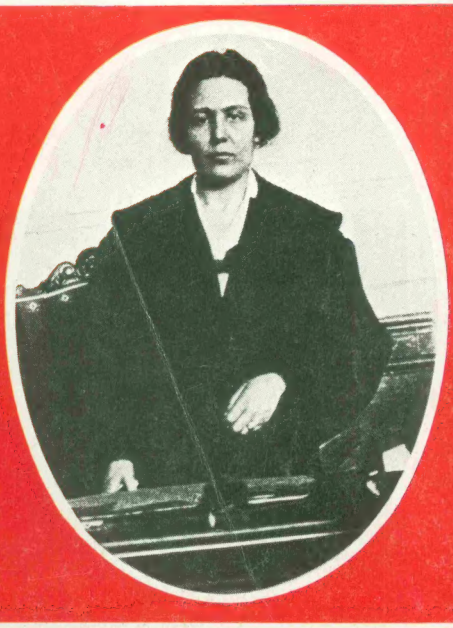
TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 17 • 60 PESETAS



VICTORIA KENT: Una experiencia penitenciaria

Ernest Hemingway y Joris Ivens

TIERRA DE ESPAÑA

Manuel Tuñón de Lara

1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL

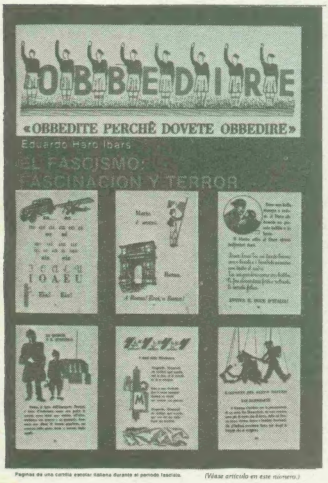
«Si la crisis que hay de 1898 a comienzos de siglo produce un cambio en el terreno de las ideas, porque acaba con la hegemonía ideológica del bloque de la Restauración, lo que se produce a partir de 1917 es una crisis a la vez de orden social —o de capas sociales— y de orden institucional», escribe el profesor Tuñón de Lara al comienzo de un amplio trabajo dedicado al análisis de esta doble crisis, que publicaremos en el número 18 de TIEMPO DE HISTORIA. (En la foto, «pintada» contra Maura, que presidiría el Gobierno llamado «nacional» en 1918.)

EN EL PROXIMO NUMERO DE

SUMARIO

AÑO II ● NUM. 17 ● ABRIL 1976 ● 60 PESETAS

FOTO INFERIOR DE PORTADA: Plano perteneciente al documental de Joris Ivens «Tierra de España» (1937).



Páginas de una cartilla escolar italiana durante el período fascista. (Véase artículo en este número.)

CONTRAPORTADA: Gráficos de un texto escolar del período fascista italiano.

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

	Págs.
VICTORIA KENT: UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA ...	4-10
OCTUBRE DE 1934: RECUERDOS DE UN INSURRECTO, por Alberto Fernández	11-21
EDUARDO DE GUZMAN: MI CONDENA A MUERTE EN 1940	22-27
AMARO DEL ROSAL: LA TRAYECTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO. Una entrevista de María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma	28-37
EL DESPOTISMO ILUSTRADO Y LOS GITANOS, por Félix Grande	38-51
EL FASCISMO: FASCINACION Y TERROR, por Eduardo Haro Ibars	52-61
EL CASO «CICERON», por Fernando P. de Cambra ...	62-69
«TIERRA DE ESPAÑA». Texto íntegro del guión cinematográfico de Ernest Hemingway y Joris Ivens, acompañado de una presentación —especialmente escrita para TIEMPO DE HISTORIA— de este último y de un artículo de Juan Antonio Pérez Millán sobre el film	70-87
ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán	88-103
VENTURI: «EL POPULISMO RUSO», por Eduardo Tijeras.	104-108
EL ULTIMO TEXTO DE VALLE INCLAN. PROBLEMAS EN TORNO A «EL TRUENO DORADO», por Emilio Salcedo.	109-111
LIBROS: Toynbee: Una teoría de la Historia; Agricultura y capitalismo en España; Aragón, entre dos guerras civiles; Una mala edición de Prisciliano; Jaca, 1930; Gerónimo: De la oscuridad a la luz	112-117
TEATRO: «Sombra y quimera de Larra», de Francisco Nieva: El sentido de una muerte, por José Monleón ...	118-120
CINE: «Los Juicios de Oscar Wilde»: La crueldad victoriana, por E.H.I.	121-123
DEBATE: La verdadera independencia griega	124-127
EN DEFENSA DEL SECRETO PROFESIONAL	128
LA AGRESION CONTRA EL DIRECTOR DE «HISTORIA INTERNACIONAL»	129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID-16, y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 20.624-1975.

La mujer que más destacó dentro de la vida política de la II República española fue, según la mayoría de los historiadores, Victoria Kent. Nacida en 1898, tras realizar estudios de abogacía el nombre de Victoria Kent se hizo oír muy pronto como defensora de los encausados en la sublevación de Jaca de 1930. Sólo un año después, fue elegida diputada a Cortes Constituyentes por Madrid y designada Directora General de Prisiones, cargo en el que realizó una espléndida labor que ella misma sintetiza en este artículo que TIEMPO DE HISTORIA se honra en incluir en sus páginas.

Tras el fin de la Guerra Civil española, la nuevamente elegida diputada por Madrid en 1936 pasó al exilio, primero en Francia y luego en México, país con el que colaboraría también a nivel penitenciario, lo mismo que en la sección de Defensa Social de la ONU. En el aspecto literario, Victoria Kent ha publicado «Quatre ans à Paris» (1947), así como numerosos artículos, tomando en 1957 la dirección de la revista «Ibérica».

Victoria Kent: Una experiencia penitenciaria

En el mes de mayo de 1931 fui requerida por el primer gobierno republicano para ocupar el cargo de Directora General de Prisiones. Mi conocida labor social, mis estudios y experiencias en cuestiones penales por mi profesión de abogado, movieron sin duda al Gobierno a ofrecerme el cargo. Lo acepté con la plena convicción de las dificultades que llevaba aparejado semejante cargo, y principalmente por estimar que la reforma del régimen penitenciario en España era uno de los grandes problemas que se debían acometer.

El presupuesto de que podía disponer para todos los servicios de cárceles y penales era el insuficiente que había señalado el gobierno monárquico anterior al advenimiento de la República. Con ese presupuesto, al que debía atenerme, aumenté la consignación establecida para la alimentación de los reclusos, sin necesidad de pedir suplemento de crédito; fueron reemplazados los camastros inmundos por nuevos jergones. Estas elementales medidas fueron las primeras que tomé.

Conociendo como conocía por experiencia que toda la correspondencia de los reclusos debía ser entregada abierta a la dirección de la prisión, establecí buzones para las reclamaciones que la población reclusa tuviera que hacer a la Dirección General exclusivamente.

Ateniéndome a los principios básicos de nuestro régimen republicano, establecí la libertad de cultos en las prisiones, haciendo voluntaria la asistencia de la población reclusa a la misa, que se seguía celebrando como siempre.

En el sector cultural dispuse que se celebraran conferencias y conciertos a solicitud del director de cada prisión y permití la entrada, siempre autorizada por el director de la prisión, de la prensa para los reclusos, evitando así lo que venía sucediendo: la entrada clandestina de toda clase de periódicos.

Tres reformas causaron sensación en la opinión pública: la recogida de cadenas y grilletes que existían en las celdas de castigo (de este asunto volveré a hablar más adelante); la supresión de 115 cárceles de partido, de pequeños pueblos cuyos locales eran inmundos, compartidos en muchos lugares con escuelas, con casas particulares y con albergues de caballerías, y cerré también aquellas otras prisiones que daban un promedio menor a seis detenidos mensuales. Cerré sólo un Penal: el de Chinchilla, en la provincia de Albacete. Estaba instalado en un viejo castillo que no disponía de agua en su interior y, ni qué decir tiene, sin posibilidad de calentar una pieza. Vi penados con las manos cubiertas de llagas por el intenso frío del invierno y la humedad. El

En mayo de 1931, Victoria Kent fue nombrada Directora General de Prisiones por el primer Gobierno republicano, cuya reunión inaugural contemplamos aquí, debido a la labor social, los estudios y experiencias en cuestiones penales desarrollados por la abogado.

pueblo me recibió con grandes pancartas que decían: «¡Queremos el Penal!» Mi deber era explicar la situación al pueblo y así lo hice desde el balcón del Ayuntamiento. La multitud dio muestras de asentimiento a mis palabras y se disolvió pacíficamente. Estas medidas dieron origen a que, los opuestos a toda reforma en las prisiones, propalaran la especie de que las prisiones se iban a suprimir completamente.

No causaron menor sensación los permisos de salida de los reclusos que concedí en casos especiales, permisos sujetos a la conducta del recluso y a sus circunstancias familiares. Ni uno de los reclusos que disfrutó de este permiso dejó de presentarse a la prisión en la fecha que le fue fijada.

Por un decreto cuya fecha no me es posible señalar, pero que encontrará el curioso en la oficial *Gaceta de Madrid* de aquellos meses, quedó establecido que todo recluso, al cumplir los 70 años de edad, sería liberado fuera cual fuera el delito que hubiese cometido.

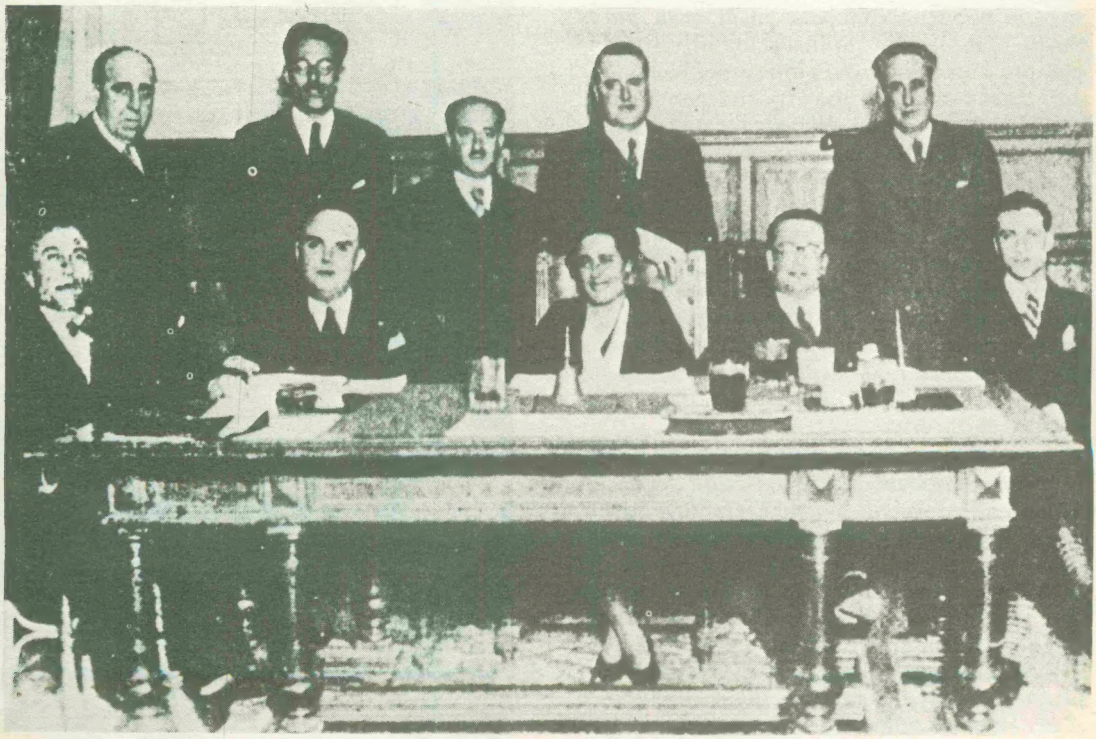
En aquellas cárceles nuevas, de regiones excesivamente frías, hice instalar calefacción en las enfermerías y en el local dedicado a escuela. Estas reformas se llevaron a efecto sólo en la cárcel de Salamanca y en el Penal de Burgos, por no disponer el presupuesto de más amplitud. Visité cuantas cárceles pude, aprovechando los fines de semana que me dejaban libres las tareas de mi cargo y del Congreso de Diputados, del que formaba parte como diputada por la provincia de Madrid. Deseaba conocer, ver por mis propios ojos la situación de cárceles y presidios y apreciar la vida penitenciaria en su realidad. Visité las cárceles de Salamanca, Barcelona, Sevilla, Granada, Córdoba, Sanlúcar de Barrameda, y los Penales del Puerto de Santa María, Burgos, Chinchilla y El Dueso (Santoña).

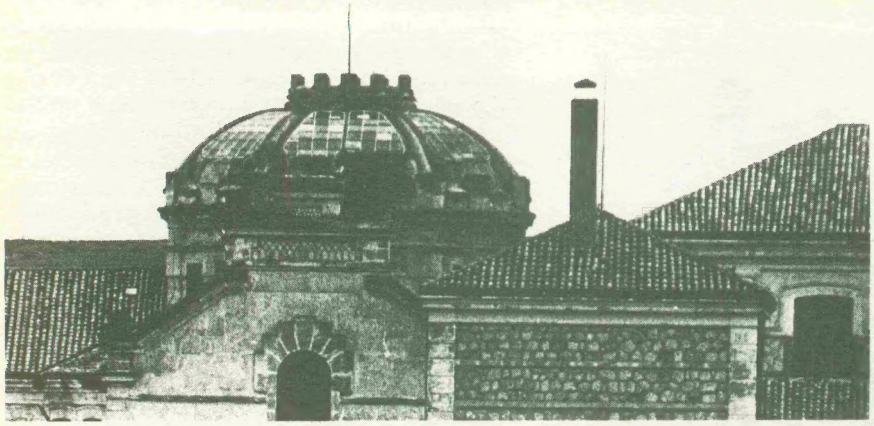
Las cárceles de Madrid, la de hombres y la de mujeres, fueron las primeras visitadas. A la cárcel de hombres se la llamaba «la cárcel Modelo» por haberse adoptado en su estructura interna una combinación de celdas y galerías, en abanico, de tipo nuevo en la época en que se construyó; pero disponía de celdas de castigo. La cárcel de mujeres estaba instalada en un antiguo convento. La impresión que me produjo aquel recinto y las condiciones de vida de las reclusas me llevó a poner en práctica, a toda marcha, la nueva cárcel de mujeres. Trabajé los planos con el arquitecto y tuve la satisfacción de colocar, en los cimientos de esta nueva cárcel, la primera piedra. El nuevo

edificio comprendía: setenta y cinco dormitorios individuales, cuarenta y cinco cuartos de baño, una gran enfermería con calefacción, un adecuado salón de actos, talleres para el trabajo manual, un departamento para biblioteca y otro, en la parte alta del edificio, con sol y aire para las madres delincuentes que llevaban con ellas a sus hijos menores de tres años, medida legal ya establecida en el Reglamento de Prisiones. Faltaban las celdas de «castigo». La cárcel se terminó y allí sigue en el barrio de Ventas; pero la vida en el interior, según mis informes, nada tiene que ver con mi proyecto de vida penitenciaria para las mujeres; todo se ha modificado para unas reclusas sometidas a un régimen dictatorial. Debo señalar la buena impresión que tuve de la Cárcel de Mujeres de Alcalá de Henares.

Prometí más arriba volver sobre la recogida de cadenas y grilletes instalados en las prisiones de hombres. Pues bien, esos hierros los mandé llevar a Madrid y fueron fundidos con otros metales en un busto de Concepción Arenal, insigne mujer española, de profundos estudios penales, nombrada oficialmente, a me-

Victoria Kent desplegó una amplia actividad política dentro de las filas de Izquierda Republicana y de la minoría radical-socialista de las Cortes. La foto que figura a la izquierda de estas líneas recoge una reunión de este segundo grupo, encabezado por (sentados) Victoria Kent, Emilio Baeza, Marcelino Domingo; y (de pie) Galarza, Salmerón, Feced, Palomo y Pérez Madrigal. Abajo, Comité de la Federación de Partidos de Izquierda Republicana, en junta presidida por Victoria Kent.





Entre los numerosos penales que Victoria Kent visitó durante su gestión como Directora General de Prisiones, figuró el de Burgos, una de cuyas partes vemos en la imagen.

diados del siglo XIX, Visitadora de Cárceles. El joven y entusiasta escultor Alfonso Palma realizó la obra, y allí, en el Paseo de Rosales, en Madrid, está el busto de la insigne gallega y mi homenaje fervoroso.

No puedo dejar de aludir a mi visita al Penal de El Dueso. Diputados de la provincia de Santander me habían puesto al corriente de la peligrosa situación del Penal, afirmándome que los reclusos estaban armados, es decir, llevaban ocultas armas blancas. Medité sobre esas noticias fidedignas y alarmantes y decidí mi viaje. Mi llegada era esperada y temida por varias razones. Después de hablar con los funcionarios del Cuerpo de Prisiones ordené formar la población reclusa en el gran patio. Desde una plataforma instalada allí dirigí la palabra a los reunidos. Primeramente dije que el gobierno se interesaba especialmente por la reforma del régimen de las cárceles y presidios, y que estaba dispuesta, por encargo del propio gobierno, a mejorar en todo lo posible la vida en el Penal. Pero teniendo noticias de que algunos reclusos estaban armados, la primera condición que imponía era el desarme *inmediato* —lo recuerdo como si lo hubiese vivido ayer—. El personal que estaba situado detrás de mí quedó sobrecogido, y según me dijeron más tarde los dos secretarios que me acompañaban, los rostros lucían una palidez cadavérica.

Siguieron unos minutos de silencio e incertidumbre, cuando de un lejano rincón del patio, situado a la derecha, surgió un recluso joven, fuerte y decidido, y tomando el arma que llevaba en un bolsillo la tiró al otro extremo del patio. A continuación una lluvia de armas, más o menos pequeñas, fue dirigida al mismo rincón. El Penal quedó desarmado. Agradecí, no sin emoción, el rasgo viril y respetuoso y prometí lo que más tarde se fue realizando en el penal: el arreglo de un campo de deportes y

Un proyecto en que Victoria Kent trabajó con especial ilusión fue el de la cárcel de mujeres de Madrid, situada en el barrio de Ventas. No sólo por su diseño arquitectónico, sino, sobre todo, por el régimen penitenciario en ella impuesto, dicha cárcel —a cuya entrega oficial asistimos— supuso una gran innovación en su momento.

la puesta en marcha de talleres de trabajo, abandonados hasta entonces. La emoción nos embargaba a todos.

Al día siguiente asistí a la comida en común y pude comprobar que reinaba paz y satisfacción: las caras me sonreían y la comida tenía más alicientes que en días anteriores. Volví contenta y allí quedaron también algunas esperanzas de mejoras con el nuevo director que nombré. Este episodio constituye uno de los más fuertes recuerdos de mi vida, y he podido relatarlo con detalles porque está en mi espíritu tan vivo como el día que sucedió.

Creé poco después nuevas instituciones: el Cuerpo Femenino de Prisiones, cuyo personal sustituyó a las religiosas que venían desempeñando esa misión con buena voluntad, sí, pero careciendo de los necesarios conocimientos penitenciarios. Este nuevo personal tuvo su preparación en cursos especiales. Con esta finalidad y otras más amplias creamos el Instituto de Estudios Penales, donde se organizaron cursos no sólo para el personal de Prisiones, hombres y mujeres, sino también para la preparación de jóvenes interesados en seguir la carrera judicial y para los jueces que lo desearan. Se nombró Director del Instituto al doctor don Luis Jiménez de Asúa, insigne penalista español, profesor de Derecho Penal de la Universidad de Madrid, y autoridad internacional de esa disciplina. De este gran profesor fui yo, años antes, la primera alumna, es decir, el primer alumno del sexo femenino que asistió a sus clases.

Presenté la dimisión de mi cargo de Directora General de Prisiones al oponerse el Gobierno a mi proyecto de la reforma que tenía proyectada del Cuerpo de Prisiones (masculino).

Es posible que alguien se pregunte adónde pueden conducir las nuevas teorias peniten-

El Instituto de Estudios Penales fue también creación de Victoria Kent. La dirección del centro quedó encomendada a Luis Jiménez de Asúa —en la foto—, entonces profesor de Derecho Penal de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid.

ciarias. Muchos de los principios actuales se encuentran ya llevados a la práctica en varios países nórdicos, en Suecia y Noruega, por ejemplo. En Suecia se ensaya en las prisiones de corrección —conocidas como Prisiones de Familia— un nuevo sistema, y éste es: la vida del delincuente en familia; fuera, pues, de la prisión. El director de esta prisión, señor Torsten Eriksson, ha declarado: «No creo en los castigos, ni en las prisiones. Es necesario encarcelar a ciertos hombres, claro está, para proteger la sociedad; pero una vez que hemos encarcelado al hombre, tenemos que trabajar contra la prisión; lo que quiere decir, proteger al prisionero contra la prisión».

Termino mi relato con esta afirmación: las cárceles, tal como funcionan y están concebidas hoy —centros de deformación humana— desaparecerán, serán sustituidas por clínicas especializadas y talleres de formación profesional. Evidentemente habrá siempre un cierto número de delincuentes cuya especie criminológica necesite un período de aislamiento más o menos prolongado. Pero esas prisiones estarán en manos de un personal técnico capaz de poner al recluso en camino de reincorporarse en la sociedad.

Esta es mi profunda convicción. ■ **VICTORIA KENT**

Los días del exilio: Victoria Kent (marcada en la imagen con una X), rodeada por oficiales y soldados republicanos españoles que habían tomado parte en la liberación de París. La escena, en el Bois de Boulogne de la capital francesa.

A lo largo de este artículo, Alberto Fernández narra diversos hechos vividos por él en la Revolución de Asturias de octubre de 1934. Al igual que estos dirigentes revolucionarios detenidos tras aquellos días, nuestro colaborador pagó con la cárcel su actuación política.

Octubre de 1934:

Recuerdos de un insurrecto

Alberto Fernández

CUARENTA años nos separan ya del levantamiento octubrino de 1934 [1]*; que se haya estado de acuerdo con sus iniciadores o en contra de la insurrección, aún hoy se comentan apasionadamente —a veces injustamente— los acontecimientos trágicos vividos, presentes en el recuerdo de quienes, por razones de edad, se han alejado de toda actividad política o sindical.*

(1) Sobre este tema, TIEMPO DE HISTORIA publicó en su número 1 el trabajo de David Ruiz «Octubre, 1934: La Revolución de Asturias».

Yo he sido un insurrecto. Así lo estimó el Consejo de Guerra en su tiempo y, de acuerdo con las leyes en vigor, como tal pagué lo que se llama mi «deuda a la sociedad». Combatí en compañía de miles de camaradas de la cuenca minera, resulté herido como algunos centenares, estuve en la cárcel como otros miles más. No hay, pues, nada de excepcional en la vida de un simple sublevado, cuyas acciones fueron debidamente sancionadas en su tiempo. A este aspecto puramente, exclusivamente personal, se le puede poner cruz y raya. Es pasado.

No obstante, como la mayoría de los asturianos y como otros muchos compatriotas de otras regiones, he sido, además, actor o testigo. Y como tal, pese al tiempo transcurrido, quiero aclarar algún que otro detalle, alguna que otra anécdota, todo ello en apariencia insignificante, pero que es, también, Historia. Y cuando algunos escribieron la de Octubre lo hicieron con pasión de combatientes de uno u otro bando en presencia, dejando de lado la veracidad histórica, cuanto no correspondía a su propia interpretación de los hechos, exagerando hechos, agrandando o disminuyendo figuras convertidas en leyendas, gestos convertidos en gestas. Tomemos, pues, como ejemplo, algunos hechos precisos de los que personalmente puedo dar fe.

LA RENDICION DEL TENIENTE DE LA GUARDIA CIVIL TORRENS

En plena crisis no de Gobierno —había tantas...— sino de régimen, el Presidente de la República, a la sazón Don Niceto Alcalá Zamora, paseábase por tierras de Castilla. En Valladolid, inauguraba el Consejo Nacional de Riegos; en León, presenciaba unas maniobras militares dirigidas por el general López Ochoa. Así, hasta finales de septiembre, en que acudió, el día 29, al homenaje rendido en Salamanca a don Miguel de Unamuno. En ninguno de sus discursos don Niceto hizo referen-

Comité Revolucionario de Alianza de Obreros y Campesinos de Asturias

CAMARADAS:

Ha llegado el momento de hablar claro. Ante la magnitud de nuestro movimiento, ya triunfante, en toda España, solo os recomendamos un último esfuerzo: nada más quedan pequeños focos de enemigos, que se esfuerzan en resistir inútilmente la arrolladora fuerza de la Revolución. Hoy podemos deciros que Cataluña está completamente en poder de nuestros camaradas.

En Madrid, Valencia, Zaragoza, Andalucía, Extremadura, Galicia, Vizcaya y el resto de España solo quedan pequeños focos de enemigos, como os acabamos de decir.

El cañonero Dato y otros buques de guerra, se han puesto al servicio de la Revolución.

Urge pues para terminar de una vez con esta situación, en lo que respecta a Oviedo, dar el último empujón a los defensores del capitalismo moribundo.

No hacer caso en absoluto de los pasquines que arrojan.

EL COMITE REVOLUCIONARIO

11 octubre 1934

Proclama del Comité Revolucionario de Alianza de Obreros y Campesinos de Asturias. Fechada el 11 de octubre de 1934, el optimismo que destilan sus palabras no se correspondía con la dura realidad de los hechos.

cia a la gravedad de la situación, cuando, desde los socialistas hasta José Antonio, anunciaban el aluvión. Unicamente una vez, hizo esta sorprendente afirmación:

— «Un horizonte diáfano y sin nubes en lo que queda de 1934».

Días después —una semana apenas— se producía el estallido, la terrible contienda que tuvo repercusiones extraordinarias en Asturias, aun cuando haya habido conatos, tentativas fallidas en otros lugares de la geografía nacional.

El día cinco del mes histórico, a las dos de la madrugada, en la pequeña localidad de Figaredo y de boca del hijo mayor de Manuel Llaneza, recibí la orden de salir a la calle, orden que transmití al resto de comprometidos para la acción y que, la víspera, habían pasado la noche en vela esperando la consigna que no llegó. A las seis, cada cual estaba en su puesto, requisadas ya las armas en posesión, hasta entonces, de elementos derechistas de la localidad, más las de los guardas jurados de las empresas mineras desarmados sin resistencia de su parte. Y, como había previsto nuestro grupo —nuestros grupos, pues cada nueve hombres componían uno el mando de un responsable— se fue en dirección del pueblo de Ujo, del otro lado del río Caudal, considerando que los compañeros de Valdecuna y de Mieres se encargarían del Cuartel de la Guardía Civil de Santullano. Despacio, ya que los guardias de Ujo se habían parapetado del otro lado del río y tiraban sobre nuestra columna, logramos pasar el puente, haciendo retroceder a la patrulla en dirección del cuartel.

Cuando llegamos a las cercanías de éste, nos encontramos con los compañeros de la localidad, a los que nos unimos y, hacia las siete, el cerco era total. Desde un principio empezó el tiroteo entre sitiados y sitiadores, los primeros habiendo creído, al principio, que se trataba de una huelga de tantas como había conocido en el pasado la cuenca minera, según confesión de uno de los guardias al autor de este trabajo. Yo, en compañía de un gigantón de Cuna, me metí debajo de un vagón de mercancías estacionado cerca del cuartel, frente a la Estación del Norte, para intentar lanzar, desde allí, paquetes de dinamita. Juan, mi compañero, salió de debajo del vagón y, cuando, en pie, iba a lanzar un paquete de explosivos, recibió una bala en el vientre, se plegó en dos, cayó al suelo y la dinamita estalló cerca de él. Fue el primer y único muerto en esta operación.

Más tarde, vista la resistencia de los guardias, mandados por el teniente Torrens, arreció el

Uno de los primeros acuerdos del Estado Mayor de la Revolución, ubicado en Mieres, fue suprimir la moneda como instrumento de cambio. El dinero fue entonces sustituido por vales como éstos, acuñados por la Alcaldía Constitucional de Oviedo.

ataque, ya desde la parte trasera —la Estación del Norte—, ya por la parte delantera donde el cuartel estaba separado de los revolucionarios por una plazoleta. De repente, un joven socialista de Ujo, Amador, se lanzó en dirección de la puerta del cuartel y yo le seguí, por reflejo, sin tener en cuenta que era una operación suicida, lo que probaba nuestra inexperiencia en el arte de la guerra. Así estuvimos ambos, ante la puerta cerrada, durante algún tiempo y sin correr, en principio sin ningún peligro gracias al ángulo muerto, a menos, lo que no creíamos, que un defensor dejara caer una granada a lo largo de la ventana.

Inesperadamente, **a las nueve en punto de la mañana**, se abre la puerta del cuartel —una de las dos puertas—. Sale el primero, pistola en mano, tomada por el cañón, el teniente jefe del puesto. Amador se precipita y toma el arma. Seguidamente, van saliendo los guardias, desarmados, que son detenidos por los revolucionarios. Amador y yo, entramos los primeros en el cuartel rendido. En aquel momento, ya rendida la guarnición, aparece un grupo de revolucionarios en medio de los cuales está Don José Sela y Sela, banquero, ex-alcalde de Mieres, al que los de Santullano, donde él vi-

vía y en cuyo domicilio fuera detenido, traían para presionar a la guarnición mandada por Torrens. Demasiado tarde.

Amador y yo, encontramos dentro del cuartel bombas de mano, varias cajas de municiones, tres de ellas abiertas pero casi llenas, varios fusiles en el suelo. Poco después todo este material fue requisado y enviado a los frentes.

El lector se preguntará, extrañado, el porqué de estos detalles en apariencia sin importancia. La razón es que hemos leído en un libro, por los demás muy documentado, aparecido no hace mucho, afirmaciones como éstas: 1) **que el teniente Torrens se defendió heroicamente durante veinticuatro horas;** 2) **que se vió obligado a rendirse por falta de municiones.** Ignoro de donde viene la información, pero ésta es falsa en su totalidad. Acaso se encuentre aquí la razón del comportamiento ulterior de Torrens que se puso, voluntariamente, al servicio de los insurrectos. Creo, por referencias directas, es decir, por conversaciones con el citado oficial, que nunca tuvo la intención de hacer de su cuartel un Numancia, al contrario. Y no por que hubiera sido un cobarde.

LA RESISTENCIA DEL CENTRO CATOLICO DE MOREDA

La sumisión acabada, sin que hubiera en mi presencia malos tratos para con los guardias detenidos, nos reunimos algunos jefes de

Fue el general López Ochoa el militar encargado por el Gobierno de dirigir las tropas que sofocarían la revuelta asturiana. Al mando de soldados de Infantería, legionarios y regulares, López Ochoa —a quien vemos, en la foto de la izquierda, pasando revista a sus hombres— llevó a cabo una fuerte represión. Represión en la que destacarían las tropas africanas que (abajo) entran en Gijón.

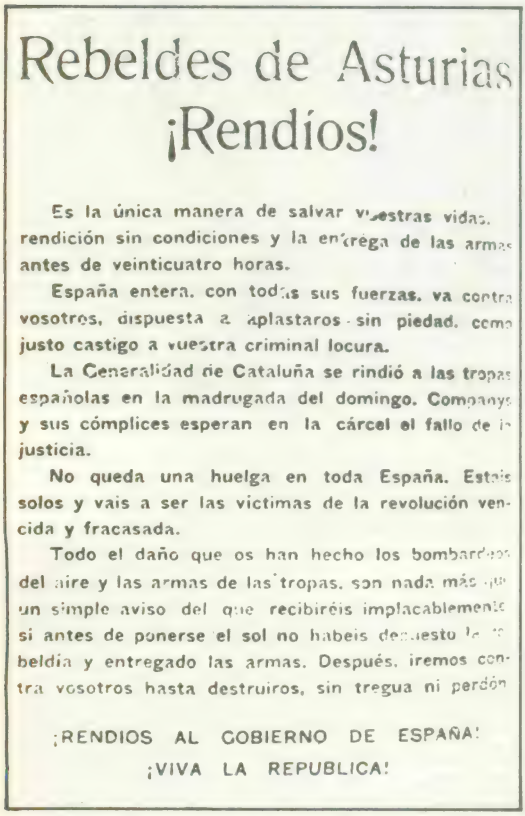
grupo y decidimos ir a apoyar a los moredanos quienes, al parecer, tenían dificultades con un grupo numeroso de falangistas y algunos otros adherentes al Sindicato «amarillo» de Madera Peña. Otros, se fueron hacia Mieres para ponerse a disposición del Comité revolucionario.

Efectivamente, un grupo de una veintena de falangistas, en su mayoría al menos, se habían atrincherado, bien armados (¿cómo, quién les había procurado las armas con anterioridad a la sublevación y para qué?), en el Centro Católico, de fácil defensa: por un lado, el río; por los otros tres, la plazoleta batida por los cercados. Sin embargo, la mayor parte de los historiadores dejan en blanco esta página de la Historia y olvidan la heróica resistencia de aquel puñado de hombres frente a centenares de mineros. También en este caso cabe preguntarse la rázón del silencio, que no se puede achacar al desconocimiento.

Los sitiados se batieron con valentía y tesón. Al atardecer del día cinco, varios insurrectos llegaron hasta la plaza acompañados de un sacerdote de edad, al que enviaron al Centro para parlamentar la rendición, prometiendo buen trato a los que se rindieran. El sacerdote, muerto de miedo (nada hay de despectivo ni de insultante en esta afirmación) avanzó en dirección de la puerta, que se abrió ante él. Entró, los sitiados no le dejaron salir y el combate continuó durante toda la noche, sin resultado.

Al amanecer del día seis se dió el asalto. Eran, aproximadamente, las seis de la mañana. Los sitiados salieron por puertas y ventanas, se lanzaron hacia el río para atravesarlo corriendo —allí es poco profundo el Aller—. Yo estaba entonces en el andén de la Estación de ferrocarril desde donde contemplé la caza al hombre. Vi caer, en medio del río, al pobre sacerdote. ¿Quién lo mató? Todos y nadie. Es decir: nunca se sabrá de qué arma o armas salió o salieron los proyectiles que le segaron la vida. No obstante, andando el tiempo, me encontré en la Cárcel Modelo de Oviedo, con tres hermanos —una hermana estaba en la sección de mujeres— todos ellos acusados de asesinato del sacerdote y por este delito condenados.

Cabe hoy rendir homenaje a los que se defendieron heróicamente tanto más cuanto que fueron adversarios desgraciados; murieron por lo que creyeron era una causa justa. Y, al mismo tiempo, poner de relieve como la Historia, caprichosamente, pasa de largo y echa sobre estos cadáveres el manto del olvido.



Rebeldes de Asturias
¡Rendíos!

Es la única manera de salvar vuestras vidas. rendición sin condiciones y la entrega de las armas antes de veinticuatro horas.

España entera, con todas sus fuerzas, va contra vosotros, dispuesta a aplastaros sin piedad, como justo castigo a vuestra criminal locura.

La Generalidad de Cataluña se rindió a las tropas españolas en la madrugada del domingo. Companys y sus cómplices esperan en la cárcel el fallo de la justicia.

No queda una huelga en toda España. Estais solos y vais a ser las víctimas de la revolución vencida y fracasada.

Todo el daño que os han hecho los bombardeos del aire y las armas de las tropas, son nada más que un simple aviso del que recibiréis implacablemente si antes de ponerse el sol no habeis depuesto la rebeldía y entregado las armas. Después, iremos contra vosotros hasta destruiros, sin tregua ni perdón

¡RENDIOS AL GOBIERNO DE ESPAÑA!
¡VIVA LA REPUBLICA!

Pasquín gubernamental en el que se insta a los rebeldes a la rendición. Dentro de sus últimas líneas hay un anuncio explícito de las graves condenas (hasta la pena de muerte) que recayeron contra los que no entregaron voluntariamente las armas.

EL FRENTE DE VEGA DEL REY

Terminada ya la «limpieza» de esta parte de la zona minera, instaladas ya en los puestos de dirección las nuevas autoridades salidas del seno de las Alianzas Obreras (obreras y «campesinas» durante el corto período de predominio comunista en la organización provincial) que dirigían la insurrección, los correos y enlaces nos iban informando, cómo y cuándo podían, sobre la situación movediza de los frentes de combate. Los principales se situaban, al parecer, en Oviedo y sus cercanías, por un lado, y, por el otro, en la zona de Campomanes. Como este sector estaba más cerca de Moreda, decidimos, de acuerdo con el flamante Comité revolucionario de la localidad, ir hacia allá, carretera de León arriba. Estábamos disponibles y, sin estar seguros de que nuestro esfuerzo fuera necesario, nos presentamos en este frente sin línea contigua, fluído, sinuoso, incierto y peligroso. La idea resultó excelente y nuestra presencia fue aceptada con satisfacción por los que allí dirigían el combate. Hay que decir que «el mando» tenía la misma fluidez que las líneas entre adversarios. Era difícil saber quién era quién, lo que cada cual representaba y el sector del que era responsable. No podía, en realidad, ser de otra manera al segundo día de la revolución.

A nuestra llegada entramos en la batalla que se había iniciado hacia el mediodía del día seis, sin encontrar el mando unificado del sector; intervinimos en algunas escaramuzas en las que participaron, del otro lado, fuerzas de la Guardia Civil. El «frente» se convertía en una serie de encuentros sucesivos o paralelos. En algunos casos, los choques fueron violentos y, para nosotros no acostumbrados a la guerra, resultaron durísimos. Nos batíamos contra tropas bien pertrechadas, disciplinadas, bien mandadas (aun cuando la operación Boch haya dado los pésimos resultados que se conocen). El único punto débil de los gubernamentales era, probablemente, el que hubieran creído, al principio, que la sublevación no era sino una insignificante y desorganizada revuelta y no la decisión bien pensada, madurada, de conquistar el poder político en España. (Ahí están, para probar esta aserción, documentos y declaraciones oficiales del Partido dirigente de la insurrección, el P. S. O. E.). No sería justo el que los observadores de ayer y de hoy se mofen de nuestra insuficiencia. Sobre el papel, antes de lanzarnos a la calle, todo estaba previsto y estudiado... salvo lo imprevisible. Mas esta falla en el mando revolucionario fue subsanada por la combatividad, el es-

Bandera blanca de rendición en el voladizo de una casa del pueblo asturiano de Las Brañoseras. A primeros de noviembre, las sentencias de muerte alcanzaban —según fuentes oficiales— el número de veintidós.

píritu de iniciativa, individual o colectiva según los casos, de los sublevados. Pero dejemos de lado consideraciones que pudieran parecer subjetivas para volver al relato propiamente dicho.

Llegada la noche del seis de octubre, se inicia un repliegue por nuestra parte. En cuanto a los gubernamentales, con temeridad rayana en la inconsciencia, avanzaron en dirección del lugar donde habrían de sufrir el humillante asedio de las bandas de mineros inexpertos en el arte de la guerra. Aún ahora, a los cuarenta años, examinando la situación de entonces, nos resulta difícil el comprender por qué las tropas, bajo el mando directo de un oficial superior, penetraron en aquel pozo que les hubiera podido servir de tumba colectiva en lugar de intentar ocupar las alturas de Santa Cristina y Ronzón. Nuestra táctica fue, precisamente, la de dejar venir al adversario, esperar a que estuviera en las peores condiciones para atacarle. Así nació lo que la Historia registrará como «el frente de Vega del Rey», pueblecito minúsculo compuesto de un puñado de casitas a lo largo de la estrecha carretera, en el fondo de una valle cerrado, dominado por las posiciones antes citadas: en una de ellas una capilla que es una joya de arte, en la otra un viejo caserón señorial que sirvió de cocina y dormitorio a algunos combatientes de nuestros grupos.

Los sitiados, dándose cuenta, demasiado tarde, de la situación, atacaron, intentando abrir una brecha, proseguir su camino, romper el cerco; pero sus esfuerzos resultaron vanos. Soportaron también numerosas tentativas y algunos asaltos masivos de los milicianos. Obtuvimos entonces éxitos parciales, mal explotados, lo que pareció, no obstante, hacer mella en los soldados sitiados. Algunos, desde las avanzadillas que ocupaban y defendían, nos hacían señas como para indicarnos su deseo de rendirse; nunca supe, como se afirmó entonces, si alguno se pasó a nuestras filas, pero, en conjunto, los hombres de Boch resistieron.

EL «BURRO DINAMITERO»

De todos los asturianos —y de muchos españoles— es conocido el episodio, anécdota cruel,

acaso estúpida, que hiciera célebre el gran poeta Rafael Alberti. Un autor contemporáneo cuenta así la escena:

> «A alguien, más cruel que luchador, se le ocurrió cargar **unos asnos** con unos bidones de gasolina y dinamita, prenderles una mecha, darles unos cuantos garrotazos, y enfilarlos **rumbo a Campomanes.** Los pobres acémilas emprendieron una veloz carrera pero ¡oh misterios del instinto!, **al llegar a la bifurcación del camino** se fueron todos a trotar hacia Pola de Lena que era donde tenían su pesebre. Al entrar en el pueblo, muy cerca de la iglesia, se produjeron las explosiones. Los daños fueron considerables, el vecindario y la milicianada corrieron de un lado para otro aterrorizados y... de los pobres asnos nunca más se supo» (F. Aguado Sánchez. «La revolución de octubre de 1934» Ed. San Martín. Madrid 1972).

Así se escribe la Historia. Lo malo es que nada hay de cierto en este relato. Lo puedo afirmar por la simple razón... de que fui yo uno de esos «crueles más que luchadores» que han participado en el hecho. He aquí, acaso por primera vez, la verdad escueta:

No había **varios burros** sino **un burro.** No pudo irse **camino de Campomanes,** puesto que se le mandó **prado abajo,** en dirección de las casas de Vega del Rey, a unos metros, entre cien y doscientos, no más, y a partir de Ronzón. En medio del prado, es decir, entre los sitiados y nosotros, se descompuso el pobre asno, que fue **abatido por los revolucionarios** porque, a mitad del camino, el animal se volvió y empezó a subir en dirección de nuestras propias líneas. Entre este lugar y la villa de Pola de Lena hay kilómetros, muchas pendientes, por lo que hubiera sido necesario haberle puesto muchísimos metros de mecha, en previsión de esta huída. Y la que encendimos sobre el pobre acémila tenía solamente unas cuartas.

No se trataba tampoco de **bidones de gasolina,** sino de pipotes de vino vacíos que habíamos encontrado en la bodega del caserón señorial de Ronzón, en los que habíamos introducido dinamita y cascos de botellas, piedras, etc, algunos de los cuales habían sido lanzados anteriormente, rodando prado abajo, y que hacían un ruido impresionante al estallar ante los muros de las casas, pese a lo cual nadie levantó la bandera blanca de la rendición. Lo que sí creo recordar es el haber visto en la mirada de los testigos y de los actores del hecho cierta tristeza y, acaso también, el rencor por haberse dejado arrastrar por este juego cruel e insensato, aun cuando la víctima fuera un ser irracional...

LA MUERTE DE LOS REHENES. ENTRE EL ERROR Y LA CALUMNIA

Amanecía el ocho de octubre. Hacia las siete de la mañana corrió el rumor de que los sitiados estaban dispuestos a rendirse. Desde la posición que yo ocupaba con mis compañeros de Figaredo, a lo largo del camino del caserón

y la aldea, vimos una bandera blanca al lado de una de las casas; alguien dijo que los soldados habían impuesto la rendición a sus jefes «porque no querían tirar contra sus hermanos de clase» que «eran carne de su carne». Recelosamente, van apareciendo los insurrectos a lo largo del camino. Nosotros —yo entre ellos—, siguiendo a un pequeño grupo, avanzamos hasta entrar en contacto con los dos soldados que montaban la guardia al borde de la carretera. Varios compañeros pasaron al otro lado y, cosa que me llamó la atención y me causó gran extrañeza, a medida que pasaban iban dejando sus armas en manos de los centinelas. Al acercarme a ellos, uno me pidió la mía, amablemente y con la sonrisa en los labios. Mi reacción fue inmediata:

—No —le contesté—, los que os rendís sois vosotros. Tenéis que entregarnos las vuestras.

El interpelado, tranquilamente, tan amablemente, me contestó:

—Como usted quiera. Esas son nuestras órdenes. No podemos hacer otra cosa.

Me volví hacia los que me seguían:

—¡Es una encerrona! —les grite—. Vámonos hacia arriba.

Así lo hicieron. Pero una veintena de revolucionarios habían quedado en poder de los sitiados.

Cuando estábamos a medio camino empezó un fuerte tiroteo. Nunca se sabrá quién empezó, acaso los nuestros por haber descubierto la jugarreta. El caso es que los cercados se quedaron con los prisioneros incautos caídos en la trampa de la negociación, los cuales, una vez atados, fueron colocados en medio de la carretera.

González Peña —quien aparece rodeado de los guardias civiles que le detuvieron, en la foto inferior— fue considerado por un Consejo de Guerra como el máximo responsable de la Revolución de Asturias, siendo condenado a muerte y posteriormente indultado. Al mando de dichos guardias civiles figuraba el comandante Lisardo Doval (primero de la izquierda en la imagen adjunta), a quien se acusó de extrema crueldad.

Astucia de guerra empleada antes y después. Nuestros compañeros quedaban entre dos fuegos. **Eran las siete y cuarto de la mañana** del día ocho y no el diez de octubre como dicen algunos historiadores. Soy afirmativo: en aquel lugar y a esta hora resulté herido. Hay, pues, probablemente, un malentendido entre este hecho y algunas otras tentativas hechas, algunas de ellas, por el propio teniente Torrens, para intentar convencer a los sitiados de que se rindieran.

En un folletito publicado por el Gobierno de la República, a primeros de 1935, se dice que...:

> «En uno de los intervalos de la lucha, los defensores de las casas sitiadas en Vega del Rey vieron avanzar prado abajo, al otro lado de la carretera, a **un hombre vestido de paisano que llevaba una bandera blanca.** Este hombre que, al principio creyeron era un casero de Ronzón (al venir de la parte de Ronzón no venía **por el otro lado de la carretera** - otro error. NDA) resultó luego ser otro individuo (!). **El parlamentario se puso al habla con algunos hombres civiles que había en las casas sitiadas.** Salió a parlamentar el propietario de Pola de Lena, señor García Tuñón, que se hallaba con los sitiados por haberle sorprendido allí los acontecimientos cuando regresaba de Valladolid. El emisario intimó a los defensores de las casas para que se rindieran: «Dígalo usted a los jefes de las fuerzas». «Los defensores son militares —contestó el señor García Tuñón— y no pueden rendirse».

Otro destacado dirigente de la Revolución de octubre de 1934 fue el socialista Teodomiro Menéndez, al que el grabado muestra muchos años después. Como González Peña, se vio condenado a muerte, para ser más tarde indultado.

Hasta aquí, como observará el lector, hay hechos inverosímiles dada la situación: un hombre solo, prado abajo, un civil que se adelanta a negociar cuando todo está —o debiera estar— en manos de los militares, el anuncio de la llegada de un tren blindado (que llegaría mucho más tarde. NDA), una suspensión del fuego simplemente porque un hombre se adelanta a hablar «con algunos civiles» antes que con García Tuñón, éste que discute, habla y contesta en nombre de las tropas. Es una versión voluntariamente errónea, por no decir más, sin ningún valor histórico. Pero, veamos más adelante:

> «Verificábase el parlamento en la misma carretera, a la puerta de **las** casas sitiadas. Habíase suspendido el fuego mientras deliberaban **los parlametarios.** Pero los soldados, que seguían atentos a la defensa, advirtieron que, mientras se verificaba el parlamento, iban avanzando cautelosamente unos veinte hombres, provistos de bombas de mano, que, cuando se quiso advertir, estaban a la puerta misma **del** edificio (?) y rodearon a los parlamentarios. Algunos de ellos, considerando ganada la partida, se metieron en **la** casa (obsérvese con qué facilidad se llegaba hasta **la** o **las** casas donde estaba el general en jefe, pese a los centinelas. NDA) con una bomba de mano e inmediatamente les sujetaron. Sus compañeros fueron también hechos prisioneros y **metidos en el interior de la vivienda».**
>
> «Se abrió el fuego inmediatamente y los que intentaron el golpe de mano quedaron prisioneros».

El embrollo para explicar lo inexplicable es mayúsculo, como se puede ver. Seguidamente, el citado folleto —oficial, no hay que olvidarlo— habla de «detalles dramáticos» para detenerse más adelante sobre «un detalle de generosidad».

> **«Era imposible tener en la casa a los prisioneros** y, para poder moverse en aquel recinto estrecho, se decidió **que los prisioneros fueran colocados en la parte**

La trágica imagen de los revolucionarios muertos, introducidos indiscriminadamente en cajas de madera tras ser incinerados sus cuerpos en el horno del Parque de Limpiezas de Oviedo. Se cerraba así la dramática lucha del Octubre asturiano.

de afuera, atados, y resguardados en la medida de lo posible... Así se hizo pero, como los rebeldes seguían tirando sobre los sitiados, los prisioneros, que se vieron en peligro, empezaron a gritar a sus camaradas diciéndoles: «No tiréis, camaradas, que nos vais a matar».

He aquí el «detalle de generosidad»:

«La furia de los asaltantes era tal que ni por consideración de que sacrificarían a sus compañeros se detuvieron. Hicieron una descarga cerrada y cuatro de los prisioneros cayeron mortalmente heridos. Entonces, los soldados defensores de la casa, exponiendo sus vidas, retiraron a los restantes prisioneros revolucionarios de aquel lugar, pues hubieran sido asesinados por sus propios compañeros de no retirárselos».

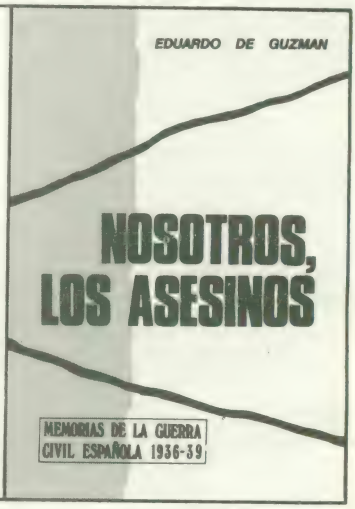
Yo, ya herido, testigo y actor, como tantos otros, guardo aún en la memoria los gritos angustiosos de los rehenes colocados, bien atados los unos a los otros, en medio de la carretera. Y afirmo, simplemente, que no hay nada de cierto en el relato gubernamental.

Otras cosas podría contar que desmoronarían aserciones malintencionadas, pero estas puntualizaciones eran necesarias como introducción a un trabajo más amplio que deberá ser hecho antes de que el tiempo haga su obra destructora y que la memoria de los hombres que participaron en aquel hecho histórico desfallezca. Es necesario ir terminando con esa manera maniquea de escribir los acontecimientos, colocando siempre a los malos de un lado y a los buenos del otro. Hubo actos de heroísmo por ambas partes, y en ambos lados condenables acciones individuales y colectivas. ■ **A. F.**

Eduardo de Guzmán:

Mi condena a muerte en 1940

Con la publicación de «Nosotros, los asesinos» (G. del Toro, Editor), Eduardo de Guzmán continúa la narración de su experiencia personal a la caída de la República que iniciase en «El año de la Victoria», premio internacional de Prensa 1975. Pero su impresionante testimonio no se limita al caso individual, sino que adquiere todo un trágico valor colectivo, como puede juzgarse por estas páginas que reproducimos —el Consejo de Guerra—, debidamente autorizados por el autor y el editor.



Reunido el Consejo de Guerra Permanente número 5 de la plaza de Madrid, va a comenzar el juicio sumarísimo de urgencia en que se decidirán nuestras vidas.

Se inicia el Consejo con la lectura del apuntamiento por parte del relator. Lee con rapidez, con el gesto de quien realiza una labor mecánica, aburrida y pesada. Ni levanta la voz ni da la debida entonación a las palabras, que difícilmente llegan a nuestros oídos. Aun estando tan cerca del estrado perdemos frases y párrafos enteros. Pienso que por mucho que el público, que guarda completo silencio, aguce el oído, no llegará a percibir más que una serie de sonidos ininteligibles y monótonos.

Lo que lee no parece interesar a los miembros del tribunal, quizá porque lo conocen, que escuchan con gesto ausente y distraído, enfrascados posiblemente en pensamientos que ninguna relación guardan con lo que en estos momentos se ventila en la sala. Tampoco el fiscal y el defensor les prestan demasiada atención. Uno y otro repasan los papeles que tienen sobre la mesa y de vez en cuando tachan o corrigen algo de lo que me figuro que serán sus respectivos informes.

La lectura se prolonga durante más de veinte minutos. Es una relación monótona de nombres, muchos de los cuales no llego a entender, seguidos siempre de acusaciones graves. Aunque con bastantes lagunas en las palabras del relator me parece entender que a uno le acusan de haber estado en una cheka comunista de Vallecas; a otro, de que denunció a una vecina de su casa —probablemente la misma que ahora le acusa a él— porque iba a misa; a tres, que dejaron arder la iglesia de su pueblo; a uno más que fue comisario, y a otro que llegó a teniente, a dos que estuvieron en el frente como voluntarios desde el primer momento. Más confusamente aún creo entender que imputan a uno que está a mi derecha el asalto al cuartel de la Montaña y al que se encuentra a su lado haber pertenecido al Ateneo de Ventas.

Miguel Hernández y yo somos

los últimos en la relación, lo que en este trance y circunstancia no constituye precisamente un honor. Miguel está sentado en el primer banquillo; yo en el segundo, pegado materialmente al que ocupan los guardias. Los cargos contra los dos guardan cierta semejanza. A Hernández le acusan de haber sido comisario comunista, de intervenir en conferencias y mítines, escribir versos injuriosos para las fuerzas nacionales, realizar una intensa propaganda contra los integrantes de la quinta columna, contribuyendo con hechos y palabras a los muchos crímenes perpetrados en la zona roja. A mí me culpan de ser militante de la C. N. T., redactor jefe del periódico «La Tierra», muchas de cuyas campañas revolucionarias realicé personalmente, y director de «Castilla Libre», en cuyas columnas se incitó al asalto de las Embajadas, alentando la resistencia criminal cuando la guerra estaba perdida pretendiendo convertir en victorias las derrotas rojas, criticando e insultando a las figuras más prestigiosas de la España nacional, siendo responsable moral de toda clase de tropelías y desmanes.

Cuando termina el relator, uno de los integrantes del tribunal anuncia que va a comenzar el interrogatorio de los procesados, pero advirtiendo que no podremos hacer otra cosa que contestar con la máxima brevedad posible a las preguntas que nos formulen, sin extenderse en disquisiciones de ninguna clase ni hablar de nada que no esté relacionado de una manera directa y concreta con lo que nos pregunten. Añade algo más: que lo que pudiéramos aducir como descargo ya consta en las declaraciones prestadas durante la instrucción del sumario, así como las manifestaciones de los testigos que corroboren nuestra actuación durante la guerra.

Mientras nos dan las instrucciones, Miguel Hernández y yo nos miramos y nos entendemos sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Creo ver en sus labios la sombra de una sonrisa resignada y él puede leer en mi gesto la impresión que todo aquello me produce.

Empiezan a interrogar a los procesados, creo que en orden semejante al que figurábamos en el apuntamiento leído momentos antes por el relator. Con ninguno pierde demasiado tiempo; a ninguno le consienten hablar más que lo estrictamente indispensable. A medida que nombran a uno tiene que ponerse en pie, en posición de firme, sin accionar con las manos que deben permanecer, como los brazos, pegadas al cuerpo. En general, a nadie le preguntan más que si perteneció al partido u organización que aparece en el sumario o la denuncia y el cargo o graduación militar desempeñado o alcanzado durante la guerra.

—¿Era usted comunista?

—¿Fue capitán de milicias?

—¿Dirigía el comité de la empresa?

A algunos no les preguntan más que el nombre o el lugar de su nacimiento. En cualquier caso hay que atenerse a lo que le pregunten y responder, preferentemente con un solo monosílabo. Pronto llego a la conclusión de que es indiferente contestar sí o no, porque no influirá para nada en la suerte del procesado. Es inútil que algunos quieran explicar o matizar sus respuestas. Apenas pronunciadas dos palabras, les cortan imperativos:

—Limítese a contestar sí o no.

—Pero es que yo...

—Siéntese.

No queda más remedio que sentarse en el acto, porque en caso de duda o vacilación un guardia te obliga a hacerlo. En el mejor de los casos cortan al que quiere seguir, diciendo que todo lo que pretende alegar en su descargo ya consta en el sumario. Ni con Miguel Hernández ni conmigo son más extensos que con los demás. A mí me hacen dos preguntas tan sólo:

—¿Era usted periodista y estaba afiliado a la C. N. T.?

—Sí.

—¿Fue redactor-jefe de «La Tierra» y director de «Castilla Libre»?

—Sí.

—Está bien. Siéntese.

Concluidos los interrogatorios, se abre un pequeño descanso. Debe tener por objeto que tanto el fiscal como el defensor consulten sus notas y preparen sus conclusiones definitivas. En cualquier caso, los miembros del tribunal se levantan de sus asientos y abandonan la sala, probablemente para cambiar impresiones y fumar algún cigarrillo. A nosotros no nos disgustaría levantarnos, estirar las piernas e incluso pasear un poco o fumar. Los guardias nos advierten en tono que no admite réplica:

—Quietos, sentados y sin moverse.

Tampoco quieren que hablemos, ni siquiera entre nosotros. Lo más que nos consienten es que volvamos un poco la cabeza y sin ponernos en pie podamos mirar al público. Yo lo hago y no sin dificultad acierto a distinguir a uno de mis hermanos. Levanto una mano en gesto de saludo, y uno de los guardias que están detrás me obliga a bajarla con innecesaria violencia.

—¡Nada de señas o tendrás que sentirlo!

Uno de los presos que está a mi lado, se dirige en voz baja y forma respetuosa a un guardia para preguntarle:

—¿Cuándo comparecen los testigos?

—Ya habrán declarado ante el juez; aquí no tienen por qué venir.

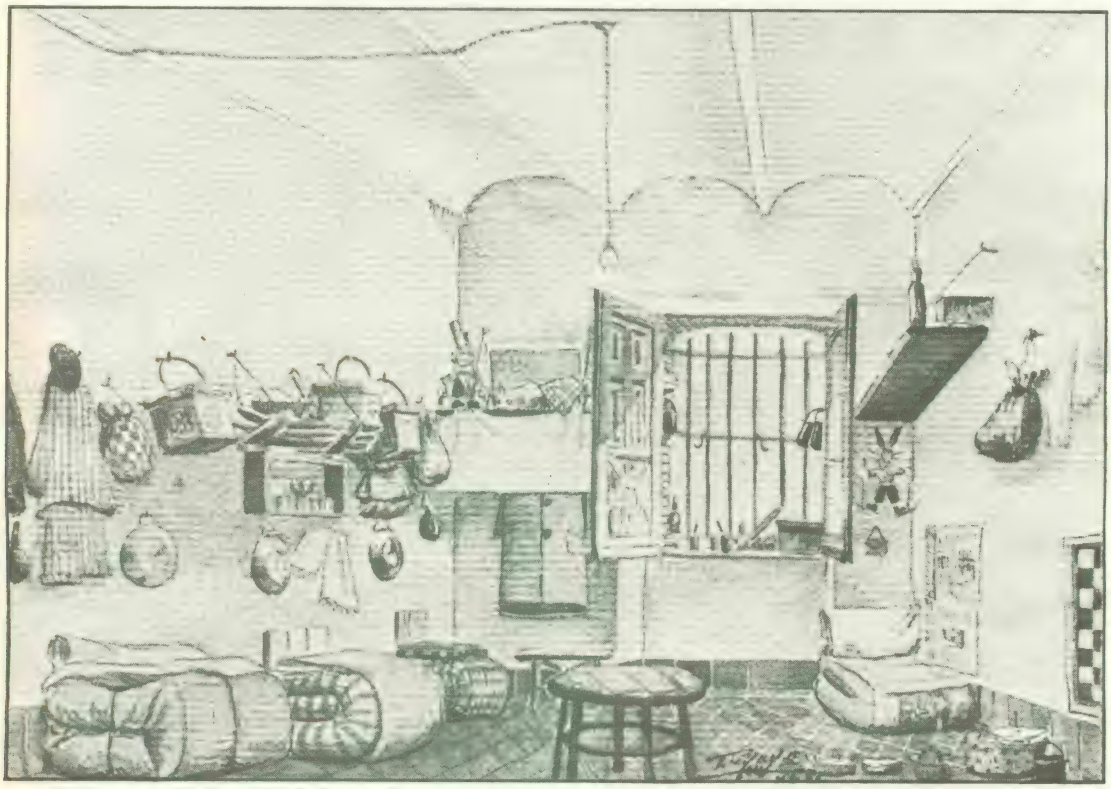
La pausa se prolonga durante cerca de media hora. Al cabo regresan a sus puestos los integrantes del tribunal y se reanuda el juicio.

—Tiene la palabra el señor fiscal.

El fiscal está hablando durante veinte minutos en tono duro, agresivo, hiriente. Las palabras chusma, criminales, horda, salvajes y asesinos se repiten una y otra vez con machacona e insultante insistencia. En su informe abundan más los adjetivos que los sustantivos. Nos llama canallas, chacales, analfabetos, ladrones, cobardes, resentidos e infrahombres. Pero acaso peor que los vocablos sea el aire de superioridad moral propia y de absoluto desprecio hacia nosotros con que los pronuncia.

Su apasionada disertación, en la que falta por completo la serena objetividad de quien habla en nombre y defensa de la Justicia, consta de dos partes perfectamente diferenciadas. En la primera, que dura entre seis y siete minutos, acusa a veintitantas personas de todas las barbaridades capaces de imaginar una mente calenturienta, atribuyéndolas a la ignorancia, los malos instintos y la crasa incultura de sus autores, cuya incapacidad para distinguir el bien del mal les convierte en peligrosa amenaza para la sociedad. En la segunda, que dura justamente el doble, echa sobre los hombros de los dos restantes —Miguel Hernández y yo— todas las culpas de los demás sumadas a las nuestras propias.

Nuestra máxima responsabilidad estriba precisamente en no ser analfabetos, incultos ni ignorantes; en la capacidad de comprender dónde está el bien e inclinarnos resueltamente por el mal; en haber permanecido toda la guerra en la zona roja, escribiendo y hablando en defensa de una causa maldita, excitando con nuestros argumentos y propaganda la resistencia criminal contra las armas nacionales. Y al final, cuando se derrumba el edificio que nuestras mentiras contribuyeron a levantar,



Celda número 13 de la prisión madrileña de Santa Rita, donde convivían doce o trece hombres. Entre ellos, Eduardo de Guzmán, quien pasó aquí dieciséis meses —de marzo de 1940 a julio de 1941— condenado a muerte, hasta recibir su indulto. Otro de los condenados a la pena capital, Tomás Gayo, realizó este dibujo.

AÑO III.— MADRID.—MIERCOLES 10 FEBRERO DE 1932. NUM. 355.

Precio del núm.º 10 cts.

ESTE PERIODICO TIENE POR MISION DEFENDER LOS ALTOS INTERESES DE LA OPINION PUBLICA, A LA QUE SE CONSAGRA POR COMPLETO

La Tierra

«LA TIERRA» NO ES PERIODICO DE EMPRESA. ESTA EDITADO E INSPIRADO UNICAMENTE POR ESCRITORES LIBRES

Redacción, Admón. y Talleres: Jardines 4, 6 y 8.—Teléf. Redacción 96832 ECONOMIA-AGRICULTURA-POLITICA Teléf. Admón. 19608.—Dirección teleg.º TIERRA. Apartado 3

Uno de los cargos principales en que el fiscal basó su petición de pena de muerte para Eduardo de Guzmán fue su trabajo como redactor-jefe para «La Tierra», puesto que ocupó entre 1930 y 1935, para luego pasar a «La Libertad» y posteriormente a director de «Castilla Libre».

intentando eludir la acción de la Justicia: yo marchando a Alicante para tomar un barco; Miguel buscando refugio en Portugal, en cuya frontera es rechazado y metiéndose más tarde en una Embajada.

Pero si implacable es la acusación contra Hernández, todavía es más desaforada la que lanza contra mí. De creerle, yo soy el culpable principal y casi único de cuanto ha pasado en España durante los últimos años. Mis campañas en «La Tierra» y «Castilla Libre» arrastran a las masas a las urnas para dar la victoria al Frente Popular, desencadenan la guerra, el asalto de los cuarteles, el incendio de la Cárcel Modelo, la inhumana y cruel resistencia de Madrid en noviembre, la prolongación de la contienda y los cientos de millares de víctimas en los frentes y la retaguardia. Es algo desatinado, delirante y furibundo que no guarda el más lejano parecido con la verdad. Nunca, ni en un ataque de megalomanía paranoica pudo soñar mi vanidad que mis artículos tuviesen la millonésima parte de la influencia decisoria que me atribuye. Sin tener en cuenta, naturalmente, que —cosa que ha olvidado por completo— ni «La Tierra» ni «Castilla Libre» publicaron uno solo de sus números en todo el año 1936. (El primero de dichos periódicos suspendió su publicación en mayo de 1935 y el segundo inició la suya en febrero de 1937.)

Cuando se cansa de acumular culpas sobre mi cabeza, cambia de tono y con frialdad escalofriante empieza a calificar los hechos y solicitar condenas. Todos los procesados estamos incursos en delitos de auxilio y adhesión a la rebelión militar. Para los primeros —tres o cuatro— pide penas de doce años y un día a veinte años de presidio. Para los segundos, veinte años y un día, reclusión perpetua y muerte. No es fácil llevar la cuenta de las distintas penas solicitadas, dada nuestra situación y el estado de ánimo en que nos encontramos. Pero creo que las peticiones de última pena se elevan a diecisiete.

—Puede informar el señor defensor.

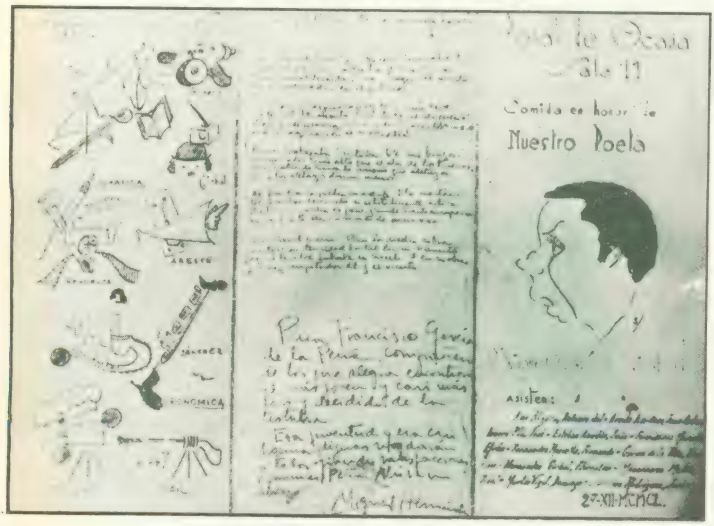
El defensor es un hombre joven, ponderado y sereno, que hace, con absoluta buena fe e indudable inteligencia, todo lo que sabe y puede en favor de los procesados. No ha hablado con ninguno de nosotros; no conocía siquiera nuestra existencia hasta hace muy pocas horas. Como más tarde dirá a los familiares de algunos, recibió los expedientes la noche anterior y no ha podido más que leerlos por encima. Sin tiempo para estudiar cada caso, teniendo que informar sobre la marcha con todas las limitaciones que imponen los consejos de guerra sumarísimos de urgencia, su labor tropieza con ingentes dificultades. En realidad, apenas si puede hacer otra cosa que contestar al fiscal con sus propios argumentos.

Admite que, como ha dicho el acusador, una parte de los procesados sean incultos e ignorantes, incluso de enfermiza morbosidad. Pero entiende que nada de esto puede ser considerado como agravante, sino como eximente; en el peor de los casos, como una circunstancia atenuante. La incultura y el analfabetismo pocas veces son culpa de quienes los padecen, sino del ambiente familiar, de la imposibilidad de asistir a la escuela y, en último término, de la sociedad. En cuanto a los enfermos, todavía existen razones más firmes para limitar al mínimo su castigo.

Cree que Miguel Hernández es un buen poeta. De temperamento ardoroso y exaltado; pero excelente persona. En el sumario hay avales y testimonios de algunos intelectuales, encabezados por Cossío, de cuya identificación con el Movimiento no es posible dudar, en favor suyo. Contra él, no hay más que sus versos políticos, su labor en el comisariado cultural y su adscripción al comunismo marxista; pero nadie le imputa ninguna acción deshonesta o sanguinaria.

En lo que a mí respecta, el defensor sostiene que me he limitado a cumplir lo que consideraba un deber, dada la significación política que te-

El mismo Consejo de Guerra reunió entre los acusados a Eduardo de Guzmán y Miguel Hernández, sobre cuyos hombros el fiscal lanzó todo tipo de culpas, desde haber escrito «en defensa de una causa maldita» hasta su «adscripción al comunismo marxista». Junto a un retrato de Hernández dibujado por su compañero de cárcel Antonio Buero Vallejo en enero de 1940, reproducimos el programa de la comida con que otros reclusos políticos del penal de Ocaña homenajearon al poeta (27-XII-1940).



nía con anterioridad a la guerra. Las campañas realizadas en los periódicos no pueden serme imputadas de modo exclusivo, por cuanto estaba obligado a seguir las orientaciones de mi organización y las directrices marcadas por el gobierno. De la rectitud moral con que me había comportado era buena prueba que no hubiera una sola denuncia contra mí y nadie me acusase de haberme lucrado personalmente en nada ni intervenido cerca o de lejos en delitos de tipo común. Por grande que fuese mi responsabilidad empezaba y concluía con mi labor periodística. Tampoco había huido por burlar la acción de la Justicia; «Castilla Libre», que dirigía, siguió publicándose hasta el mismo 28 de marzo de 1939, cuando, con las fuerzas nacionales dentro ya de Madrid, recibí orden de marchar a Valencia, siendo detenido cuatro días más tarde en el puerto de Alicante.

Respecto a sentencias, el defensor solicita que sean rebajadas en un grado las penas pedidas por el fiscal. Para mí concretamente entiende que, como incurso en un delito de adhesión a la rebelión sin circunstancias modificativas, debo ser condenado, de acuerdo con lo señalado en el párrafo segundo del artículo 238 del Código de Justicia Militar, a la pena de cadena perpetua.

Finaliza el Consejo con las alegaciones de los inculpados. En realidad, esta última parte del juicio tiene más de nominal que de efectiva. Antes de preguntar a ninguno si tiene algo que decir en su descargo, el presidente del Consejo advierte que debemos ser breves y no repetir nada de lo que ya figura en el sumario.

—Y sobre todo, nada de discursos ni propagandas subversivas, que no estoy dispuesto a consentir ni tolerar.

Considera, sin duda, que nuestra culpabilidad está suficientemente probada y tiene prisa en terminar. Es cerca de la una y nos han dado mayores posibilidades de defensa de las que merecemos por nuestro comportamiento durante la guerra. Lo comprobamos a los pocos minutos. Cuando alguno trata de alegar algo en su defensa, no falta quien le interrumpa:

—Todo eso consta ya en el sumario.

No queda, por tanto, más que cerrar la boca y sentarse. Hay un caso desconcertante. Es el de uno de los procesados, que pregunta por qué le han condenado a muerte. Le contestan con aspereza que todavía no le han condenado a nada porque no se ha dictado sentencia. Y en cuanto a los motivos de la petición fiscal —ya que es a esto a lo que tiene que referirse— han sido expuestos con diáfana claridad.

—Si estaba usted dormido o no entiende el castellano, la culpa es suya. ¡Siéntese!

Yo pretendo decir algo; pese a la casi seguridad de que no servirá de nada, quiero señalar el error del fiscal al atribuir parte de lo sucedido en Madrid durante el verano y otoño de 1936 a mis artículos en «La Tierra» y «Castilla Libre», señalando que en esos meses no se publicaba ninguno de los dos periódicos. Uno había desaparecido un año antes y el otro aparecería a comienzos de 1937. No me dejan decirlo. Apenas he pronunciado cuatro palabras, el presidente me advierte:

—Esto no es un mítin, sino un Consejo de Guerra. Todo lo que va a decir figura ya en autos.

—Sin embargo, yo creo...

—Nada importa lo que crea. ¿Queda algún otro procesado?

Vacilante, continúo un segundo en pie. Cogiéndome violentamente de un brazo un guardia que está detrás, me obliga a sentar de un fuerte tirón, mientras ordena enérgico en voz baja:

—¡Cállate!

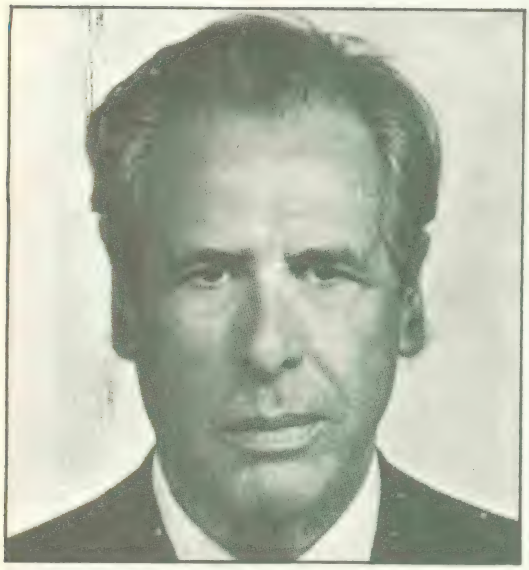
Tengo que cerrar la boca y permanecer inmóvil en el banquillo. El Consejo concluye dos minutos después. Los componentes del tribunal dejan sus asientos para abandonar la sala. Nuestros guardianes nos obligan a levantar para encaminarnos a la puerta de la escalera que conduce a los calabozos.

Puedo volver entonces la cabeza para mirar al público. La concurrencia al acto, como compruebo ahora, ha sido escasa. Probablemente no hayan asistido arriba de cincuenta personas; todas, o casi todas, familiares de los procesados. Fuera de ellos, no parece que nadie se preocupe ni interese por nuestra suerte.

—Es ya la una menos diez —oigo decir a uno de los guardias hablando con un compañero tras una mirada al reloj.

Hago un cálculo rápido y fácil. El Consejo ha durado menos de dos horas. Descontando el descanso anterior a los informes del fiscal y el defensor, noventa minutos escasos. Noventa minutos en que se ha decidido la suerte de veintinueve personas. ¡Más de la mitad de las cuales acaban de ser condenadas a muerte! ■ **E. G.**

Retrato de Eduardo de Guzmán, realizado por su compañero en la celda 13 de la prisión de Santa Rita, el escenógrafo Tomás Gayo. Está fechado el 28 de agosto de 1940, en los días en los que ambos se hallaban condenados a muerte.



Amaro del Rosal se ha entregado en los últimos veinte años a una labor de reconstrucción de la trayectoria del movimiento obrero, que ha dado como fruto sus libros sobre los Congresos Obreros Internacionales y sobre la historia del socialismo español.

Amaro del Rosal:

La trayectoria del movimiento obrero

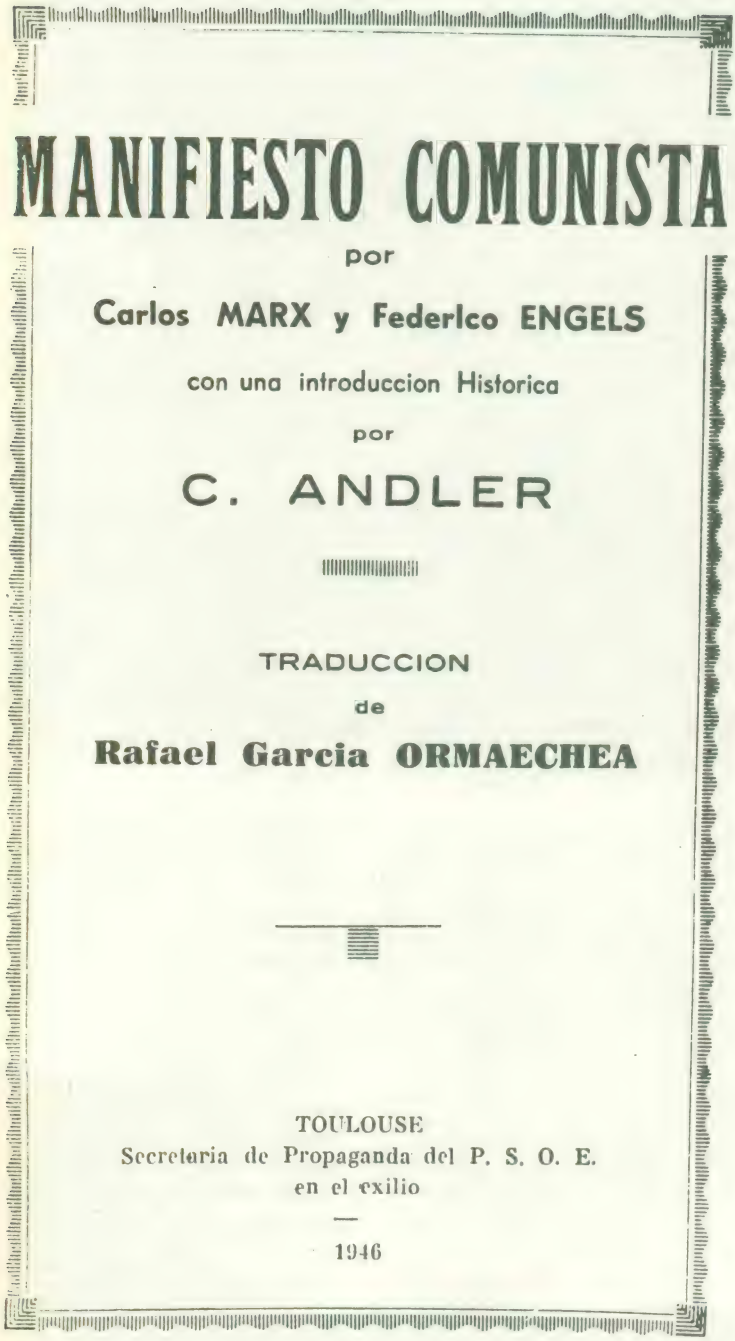
SIN ser un historiador profesional, la labor historiográfica de Amaro del Rosal, muy poco conocida en España, tiene un indudable interés. Heredero de una larga serie de militantes obreros que, a la vez, publicaron obras fundamentales para la historia de la clase obrera española (basta con recordar los nombres de Anselmo Lorenzo, Francisco Mora, Juan José Morato o Manuel Buenacasa), Del Rosal se ha entregado en los veinte últimos años a una labor de reconstrucción de la trayectoria del movimiento obrero español e internacional, cuyos frutos se encuentran en sus dos volúmenes sobre los Congresos Obreros Internacionales de los siglos XIX y XX (publicados inicialmente en México y cuya tercera edición acaba de aparecer en nuestro país) y en su obra, en prensa, sobre la historia del socialismo español. Con un método que los historiadores de oficio considerarán sin duda como heterodoxo, estos libros fusionan el cuidado en la localización y presentación de múltiples documentos de suma importancia con las valoraciones políticas propias de un militante. Y la misma fusión puede encontrarse en sus respuestas a la entrevista que, aprovechando un breve viaje a España, hemos mantenido con él. No se puede separar, pues, la labor intelectual de Amaro del Rosal del conjunto de su trayectoria biográfica, ligada desde su infancia a las actividades sindicales.

Una entrevista de María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma

Sin ser un historiador profesional, el trabajo de Amaro del Rosal se muestra heredero del de una larga serie de militantes obreros que publicaron obras fundamentales para la historia de su clase. (En la foto, reunión de un comité de huelga a finales del pasado siglo.)

—Como hijo de un tabernero de la cuenca minera asturiana —afirma él mismo— desde los diez años ya participaba en las discusiones políticas que se entablaban en la taberna de mi padre. De hecho, las tabernas de Asturias eran, sobre todo en los años de la Primera Guerra Mundial, pequeños Ateneos, en los que los obreros de la zona discutían de todo lo divino y lo humano. Allí hice mi aprendizaje societario. A los quince años, en 1918, ingresé en la Juventud Socialista, y dos años después, tras haber estudiado para ferroviario, comencé a escribir en *El Ferroviario Astur*, que entonces se publicaba de forma clandestina.

Después de este temprano aprendizaje, la actividad sindical de Amaro del Rosal se desarrollaría, sin interrupciones, hasta 1939. Empleado de Banca en Madrid, organizó en el período republicano la Federación de Empleados de Banca, afiliada a la UGT, a la vez que escribía sus primeros libros y folletos: Historia del movimiento obrero bancario, La Banca: algunos aspectos sociales, Problemas de unidad... *Redactor más tarde de* Claridad, *órgano del sector largocaballerista del PSOE, llegó a ocupar los cargos de vocal y después vicesecretario de la UGT, participó en diversos Congresos Internacionales, e intervino en 1945 en la creación de la Federación Sindical Mundial. Pero su actividad*



MANIFIESTO COMUNISTA

por

Carlos MARX y Federico ENGELS

con una introduccion Historica

por

C. ANDLER

TRADUCCION

de

Rafael Garcia ORMAECHEA

TOULOUSE

Secretaria de Propaganda del P. S. O. E.

en el exilio

—

1946

Una de las causas que pueden citarse a la hora de analizar la escasa riqueza ideológica del primer socialismo español es el retraso de veinticinco años con que llegó a nuestro país el Manifiesto Comunista, del que vemos aquí la portada de una de sus ediciones en castellano.

como historiador del movimiento obrero, aspecto de su personalidad que nos interesa en particular en esta entrevista, sólo se desarrollaría plenamente a partir de 1950. Exiliado primero en Francia, y después en México, y trasladando sus materiales de investigación de un lugar a otro «en una marcha forzada y accidentada», por fin en 1958 dio a la imprenta el primer volumen de su obra principal, hasta el presente, bajo el título de Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XIX. *Cinco años después apareció el segundo volumen* (Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XX), *que completaba una obra de singular importancia como acopio de documentación sobre la conflictiva evolución del movimiento obrero en los últimos ciento cincuenta años. Tras varios años de silencio, nuevas obras y proyectos llenan la madurez de este militante de 70 años, que conserva todo su vigor y sus ilusiones:*

—Acabo de entregar a la editorial una historia del movimiento obrero español de signo socialista, en tres volúmenes, en la que recojo un gran número de documentos sobre la evolución de la UGT desde su fundación en 1888 hasta el final de la guerra. Mi intención ha sido doble: además de describir el desarrollo histórico de la Unión General, sus Congresos y principales actividades, he tratado de esclarecer el papel que jugó en el movimiento obrero español el anarquismo, que en mi opinión no ha sido estudiado correctamente, por lo que se ha dado una imagen desfigurada de las dos vertientes del movimiento obrero.

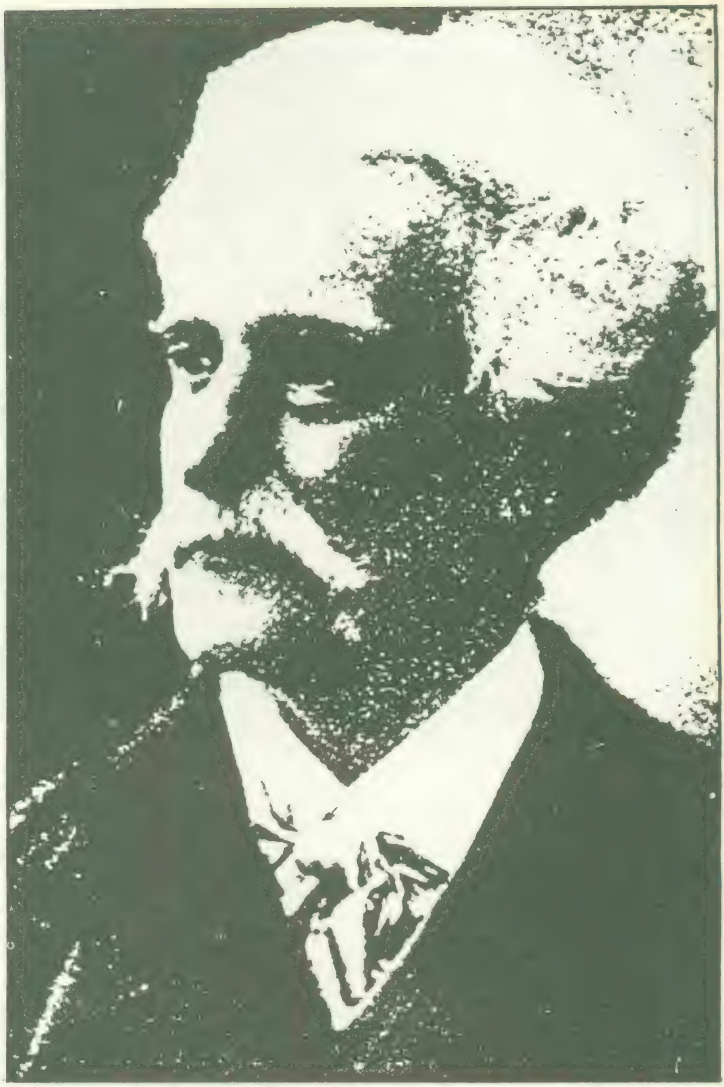
Además de esta obra, estoy estudiando la historia de la organización sindical de los bancarios españoles, cuya actuación durante los años treinta fue extraordinaria y no tiene precedentes en el movimiento obrero internacional. Y preparo un libro sobre diez

mujeres que trabajaron y tuvieron gran influencia en la historia del socialismo: entre ellas, Flora Tristán, Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Alejandra Kollontai, la española Virginia González (de la que, por desgracia, hay muy poca documentación)... Es curioso señalar que la más veterana, Flora Tristán, fue una mujer de origen español, y de temperamento español, como yo trato de reivindicar en mi trabajo. Era hija de un coronel aragonés que estuvo destinado en Perú, y allí tuvo relaciones con una aristócrata francesa, de las que nació Flora, que no fue legalizada. La pareja vivió en París, pero a la muerte del coronel, Flora volvió a Perú, hasta asentarse de nuevo en París, donde la llamaban «la españolita». Es un personaje de primera fila, que dedicó su fortuna a la lucha por el bienestar de los explotados, creó una organización llamada *Unión Obrera* y a mi juicio influyó en las organizaciones obreras catalanas en sus primeras épocas.

Al mismo tiempo, en un programa muy ambicioso que lucharé por alcanzar con toda tenacidad, estoy recogiendo materiales para un estudio sobre la familia de Marx, cuya vida es bastante conocida en Francia o en Alemania, pero no en España. Y también para otro libro sobre la historia de la UGT en la emigración, hasta 1950, que completaría la obra en tres tomos que ya he acabado. Hay que tener en cuenta que en los años cuarenta la UGT fue muy activa: tenía secciones en Londres, en Cuba, Santo Domingo, Venezuela, Argentina, Chile, etc.; publicaba periódicos o boletines en algunos de estos países y mantenía la cohesión entre sus numerosos miembros desperdigados por todo el mundo.

—Al estudiar la historia del socialismo español, a la que usted ha dedicado su última obra, siempre aparece el mismo interrogante: ¿Cuáles fueron las causas del escaso desarrollo del socialismo en nuestro país? ¿A qué se debió el predominio, al menos hasta la Segunda República, de las organizaciones anarquistas o anarco - sindicalistas?

—En mi opinión, una de las causas fundamentales fue la pobreza ideológica en que se desarrolló el socialismo español. El *Manifiesto Comunista* se conoció aquí con veinticinco años de retraso, las demás obras fundamentales de Marx y Engels se conocieron aún con más retraso y de forma fragmentaria, y las de



El único marxista que vino a España en los años de la I Internacional fue Paul Lafargue —en el grabado—, yerno de Marx; y vino por casualidad, por huir de la persecución que siguió a la Comuna de París.

El «pablismo» —mentalidad determinada por la figura de Pablo Iglesias y que define a un sector del Partido Socialista— se caracteriza por su pobreza ideológica, teniendo también en su contra el haber semiocultado a otras figuras del mismo Partido. (Asistimos a una manifestación en recuerdo de Iglesias, ante el Cementerio Civil.)

Lenin sólo comenzaron a circular después de la Revolución rusa. El movimiento anarquista, en cambio, siempre contó con elementos muy poderosos para el desarrollo de su ideología. Contó con la ayuda y colaboración permanente, sobre todo, del anarquismo francés. La Primera Internacional no había prestado mucha atención al movimiento español, a pesar de que Engels y Lafargue ejercieron el cargo de secretarios para España. En cambio, la Alianza de la Democracia Socialista de Bakunin, mientras estuvo dentro de la Internacional, y después de su expulsión de la Internacional, prestó la mayor atención a España, enviando como emisario a Fanelli y manteniendo después constantes relaciones con los militantes españoles. El único marxista que vino aquí en aquella época fue Lafargue; pero vino por pura casualidad, por huir de la persecución en Francia después de la Comuna.

—¿En qué medida influyó en esta debilidad la personalidad de los primeros dirigentes socialistas, en concreto de Pablo Iglesias?

—Para mí, los elementos fundamentales en el socialismo español fueron, al principio, Lafargue y Mesa, y después Iglesias y García Quejido. Pablo Iglesias fue el hombre de la predicación, de la difusión de la doctrina, mientras García Quejido era el hombre de la organización. Iglesias jugó, por supuesto, un papel de apostolado muy importante, pero carecía de una preparación ideológica, de un conocimiento profundo de los principios del socialismo científico, y esto a mi juicio determinó una mentalidad dentro del Partido Socialista que yo llamo «pablismo», y que se define por la pobreza ideológica. El «pablismo» opacó, en mi opinión, a otras figuras del socialismo español que, sin duda, estaban en condiciones de rendir grandes servicios a la idea: Jaime Ve-

ra, Verdes Montenegro, Manuel Núñez de Arenas, por no citar otros, no han jugado el papel que podían haber desempeñado dada su capacidad intelectual y conocimiento profundo del marxismo. El Partido Socialista no prestó atención a la formación de cuadros, a la preparación de militantes, más que de una manera superficial.

El anarquismo ha tenido en esa debilidad del socialismo su mejor aliado. El mismo García Quejido, bien por lo que había luchado contra el socialismo en Cataluña, o por incomprensión, llegó a exclamar: «Del Ebro para allá, para ellos», dejando a Cataluña, la concentración proletaria más importante de España, desamparada a expensas del anarquismo. Ese es un error de consecuencias históricas que en mi libro analizo ampliamente. España ha ofrecido el caso único de un potente movimiento obrero anarco-sindicalista hasta el final de la República, apoyado en una central sindical de más de un millón de militantes. En cambio, en Francia, la C.G.T., que tuvo una etapa de predominio decisivo de los anarquistas, fue evolucionando hacia el socialismo. Lo mismo ocurrió en Italia, y en los demás países; en todas partes se fue pasando a fórmulas socialistas, mientras en España el anarco-sindicalismo se mantuvo dentro del marco bakuninista hasta última hora.

Dada su capacidad intelectual y su conocimiento profundo del marxismo, Jaime Vera —en la imagen— pudo haber desempeñado (como Verdes Montenegro o Núñez de Arenas) un papel muy superior al que realmente jugó dentro del socialismo español.

—Dentro de este esquema general, ¿qué etapas se pueden distinguir en la evolución del P.S.O.E. y la U.G.T.? ¿Y cuáles fueron los rasgos dominantes de cada período.

—Por una razon muy especial, no considero oportuno exteriorizar mis puntos de vista sobre el desarrollo del Partido Socialista. Sí, en cambio, sobre la Unión General de Trabajadores, de la que fui el último secretario general adjunto. En la historia de esta organización, yo creo que se pueden distinguir varias etapas. La primera corresponde a los años finales del siglo XIX. La U.G.T. se fundó en 1888, es decir un año antes de la creación de la Segunda Internacional. Aunque había existido un intento anterior en un Congreso de 1882, que creó la Asociación Nacional de los Trabajadores de España (A.N.T.E.), de corta vida por el enfrentamiento con los anarquistas, que la hizo fracasar. Los años que van hasta fin de siglo, en los que la U.G.T. reside en Barcelona, representan la «etapa heroica» de esta organización. Leer las actas del Comité Nacional de ese período (que espero poder publicar próximamente) es realmente emocionante. La organización fue el resultado del

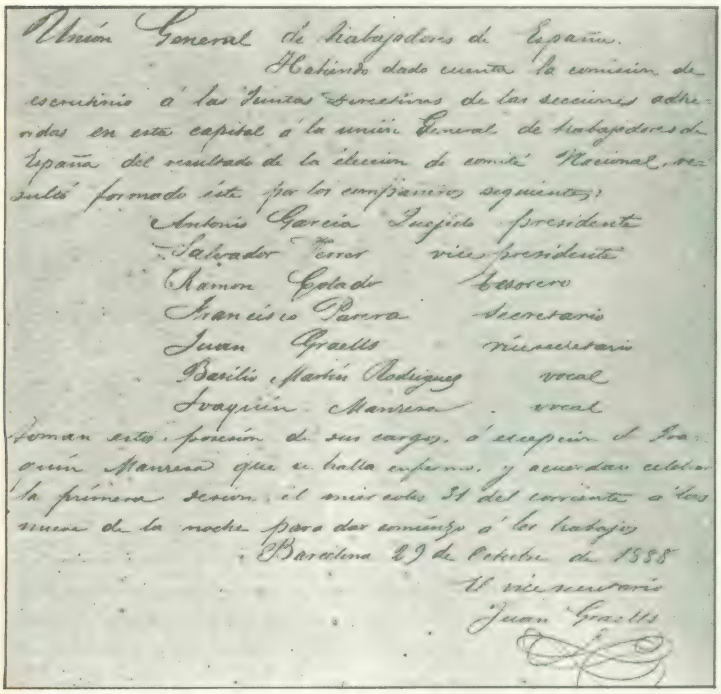
esfuerzo de un grupo de hombres, en torno a García Quejido, cuya figura aparece en las actas en su máximo valor. A fines de siglo hubo un cambio importante: el traslado a Madrid del Comité Nacional. En mi opinión, todavía no se ha analizado si esto fue un acierto o un error, porque significó abandonar a Cataluña, que, se quiera o no, ha sido la cuna del movimiento obrero y su sede principal.

Una segunda etapa abarca desde comienzos de siglo hasta la Primera Guerra Mundial. Entonces se produjo un ascenso muy importante en el movimiento sindical ugetista. Toman proporciones y peso específico algunos organismos, como el Sindicato Minero Asturiano y de otras zonas mineras, la Federación Metalúrgica, la Federación Ferroviaria y otras federaciones de oficio o industria. La U.G.T. va evolucionando en sus formas organizativas siguiendo la evolución del movimiento obrero europeo, aunque con un retraso que a mi juicio se debe, como antes dije, a la falta de una educación y preparación ideológica de sus cuadros. Se depende del núcleo centralizador de Madrid, que no propiciaba el desarrollo de esos cuadros en el ámbito nacional. Aunque no hay que desconocer que Asturias y Vizcaya contaron con figuras destacadas, como Perezagua, Acevedo o Llaneza. Por cierto, aunque en su libro *Pensamiento socialista español a comienzos de siglo*, usted, Ledesma, compara a Llaneza con García Quejido como organizador sindical, la verdad es que no se parecían casi en nada. Llaneza tenía una gran limitación intelectual y una formación teórica muy débil. El prestigio que alcanzó se debía a su carácter, a su conocimiento de la psicología de los obreros de su sindicato. En cambio, uno de los hombres más inteligentes del Sindicato Minero Asturiano fue Amador Fernández, del que tan poca gente se acuerda.

La tercera etapa va del final de la guerra mundial y el establecimiento del Tratado de Versalles, con la fundación de la Organización Internacional del Trabajo, hasta la escisión. Los dirigentes de la U.G.T. cayeron en estos años bajo la influencia de una mentalidad que yo llamo «ginebrina», que afectó extraordinariamente, entre otros, a Largo Caballero. Llegaron a creer que la O.I.T. sería el Parlamento de la clase trabajadora, y que resolvería todos sus problemas. Por eso, confiaron más en la presencia en esta organización y en la presión sobre los patronos y los gobiernos a través de ella que en la actividad directa de la clase obrera. La mentalidad «ginebrina», a partir de este momento, fue muy negativa para las tendencias revolucionarias de la clase obrera.

—¿En qué medida influyó la escisión comunista en el desarrollo de la U.G.T.?

—Con la escisión comienzan unos años de lamentables episodios de luchas entre las corrientes socialista y comunista, que del plano político se trasladaron después al campo sindical. De hecho, en la U.G.T. no hubo escisión, como en el Partido Socialista, sino expulsión de algunas organizaciones de Madrid, San Sebastián, etc., que no condenaron lo ocurrido en el Congreso de 1922. Antes del Congreso, se sabía que la mayoría de la directiva de la U.G.T. era contraria a la Tercera Internacional, y había jugado un papel importante en la reconstrucción de la Internacional Sindical de Amsterdam, en 1919. En el Congreso, la muerte de González Portilla fue un hecho lamentable, y condenable sin justificación,


Unión General de Trabajadores de España.
Habiendo dado cuenta la comisión de escrutinio á las Juntas directivas de las secciones adheridas en esta capital á la unión General de trabajadores de España del resultado de la elección de comité Nacional, resultó formado éste por los compañeros siguientes:
Antonio García Quejido presidente
Salvador Ferrer vice presidente
Ramon Colado tesorero
Francisco Parera secretario
Juan Graells vicesecretario
Basilio Martin Rodriguez vocal
Joaquin Manresa vocal
Toman esto posesión de sus cargos, á excepción del Joaquin Manresa que se halla enfermo, y acuerdan celebrar la primera sesión el miércoles 31 del corriente á las nueve de la noche para dar comienzo á los trabajos
Barcelona 29 de Octubre de 1888
El vicesecretario
Juan Graells

Acta de constitución del primer Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores (Barcelona, 29 de octubre de 1888). La organización de la U.G.T. fue el resultado del esfuerzo de un grupo de hombres en torno a García Quejido, cuya figura toma gran realce.

Tras el final de la I Guerra Mundial, los dirigentes de la U.G.T. llegaron a creer que la O.I.T. sería un verdadero Parlamento de la clase trabajadora. Mentalidad equivocada que influyó, entre otros, a Largo Caballero, a quien vemos presidir una delegación española ante la Conferencia Internacional del Trabajo.

que perturbó extraordinariamente la vida orgánica de la U.G.T. Como saben, González Portilla pertenecía al «servicio de orden» organizado por Largo Caballero para mantener a raya a los delegados y asistentes comunistas al Congreso. Cuando aparecieron los representantes de la Internacional de Amsterdam, a la que los comunistas llamaban «amarilla» por su oposición a la Revolución rusa, éstos empezaron a dar voces en contra y a lanzar octavillas. El servicio de orden intervino duramente, y en el tumulto se disparó una pistola que mató a González Portilla. Fue un hecho lamentable, repito, que sólo se puede atribuir al clima de apasionamiento de aquellos momentos, y que fue aprovechado por los dirigentes contrarios a la Tercera Internacional para justificar las actitudes autoritarias y la expulsión de las organizaciones que deseaban que la U.G.T. se separara de la Internacional Sindical de Amsterdam.

—Quizá la etapa más discutida de la historia de la U.G.T. corresponde a los años de la Dictadura de Primo de Rivera. Las críticas al «colaboracionismo» socialista con Primo y a la actuación de Largo Caballero han sido constantes desde entonces. ¿Cuál es su opinión sobre este período, y sobre la táctica ugetista durante aquellos seis años?

—Como explico en mi libro, no comparto las críticas fero-

ces que anarquistas y comunistas han lanzado contra Largo Caballero por su participación en el Consejo de Estado organizado por Primo de Rivera, y por la actitud general de «colaboración» de la U.G.T. En mi opinión, hay un matiz importante a tener en cuenta. Largo desempeñó un papel de «oportunista» positivo, de alcance revolucionario, ya que logró que durante la Dictadura se mantuviera e incluso se fortaleciera la organización sindical, y sin este mantenimiento posiblemente no se habría conseguido el establecimiento de la República. En ese papel de «oportunista revolucionario» (el oportunismo, a mi juicio, puede ser revolucionario o contrarevolucionario), no se puede olvidar que Largo Caballero participaba al mismo tiempo en la preparación de un movimiento revolucionario para derrocar a la Monarquía. Estuvo implicado en todas las conspiraciones, y sobre todo en la de diciembre de 1930, mientras otros dirigentes del Partido Socialista y la Unión General, que criticaron a Largo por su colaboración, estuvieron en contra de esta acción revolucionaria. En general, creo que hay que reivindicar la figura de Largo, porque, a pesar de sus muchos errores, no se le puede negar su conciencia de clase y su fidelidad a los intereses de la clase trabajadora. Largo tuvo una formación intelectual tardía (a los quince años no sabía leer ni escribir), y por eso en ocasiones se dejó guiar por los intelectuales a los que respetaba extraordinariamente; de aquí que en su actividad política y

Al Congreso Internacional de la F.S.I. celebrado en Londres durante el mes de julio de 1936, asistió esta delegación de nuestro país: entre diversos militantes socialistas y comunistas españoles, puede distinguirse fácilmente a Francisco Largo Caballero y Julio Alvarez del Vayo.

Uno de los futuros libros de Amaro del Rosal estara dedicado a diez mujeres que tuvieron gran influencia en la historia del socialismo: Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin (que aparecen en esta foto, la primera hablando y la segunda sentada tras ella en un mitin berlinés), Flora Tristán, Alejandra Kollontai, Virginia Gonzélez...

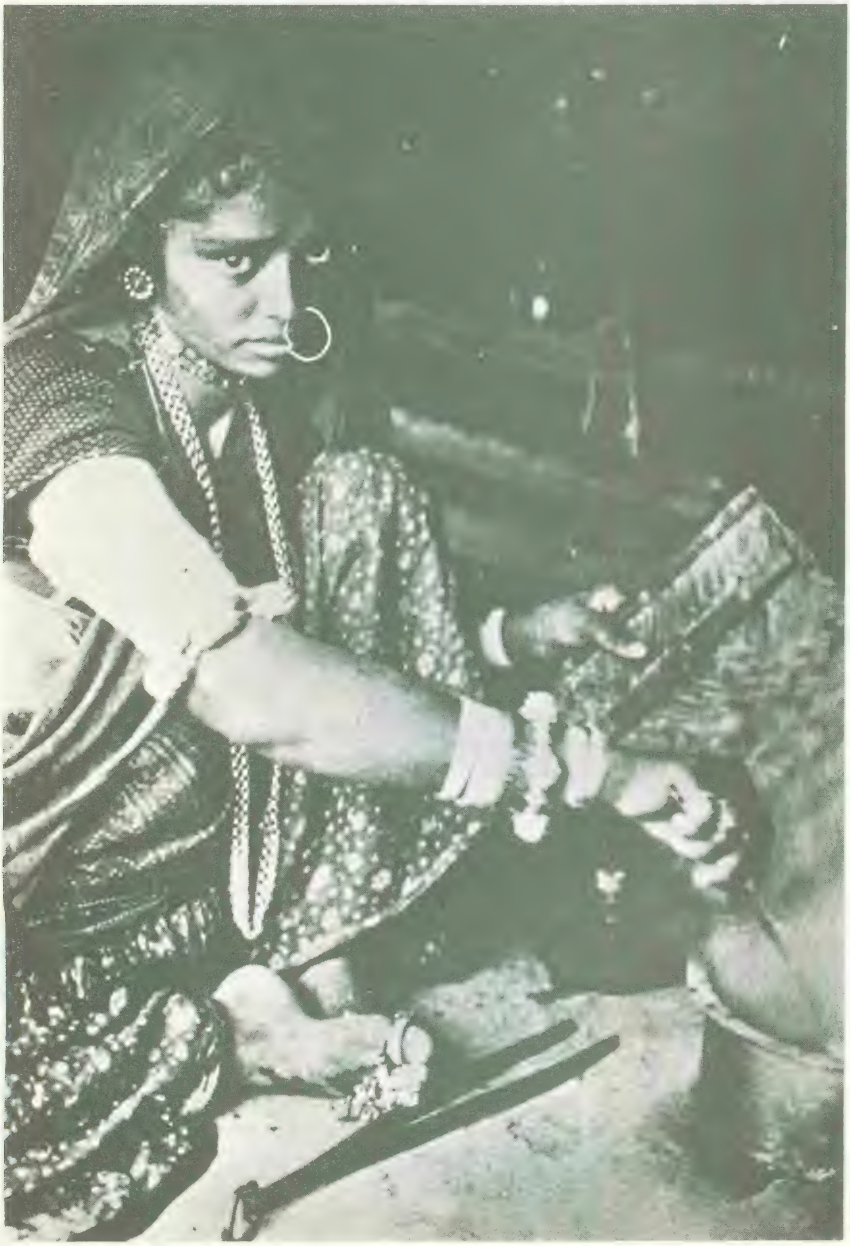
Otro proyecto de Amaro del Rosal es un estudio sobre la familia de Marx, cuya vida es bastante conocida en Francia o Alemania, pero no en España. He aqui un retrato de Jenny, esposa del autor del «El Capital».

sindical se produzcan a veces cambios radicales. Pero siempre mantuvo su fidelidad al proletariado, y sufrió dificultades sin cuento hasta la muerte como consecuencia de esta fidelidad.

Con el triunfo de la República se abría una nueva etapa, la más importante en la historia de la U.G.T. Pero éste es un período tan rico en acontecimientos y de tanta trascendencia que no se puede caracterizar adecuadamente en una simple entrevista. En el tercer volumen de mi obra en prensa he tratado de recoger los hechos fundamentales de este período, y espero que en ese tomo puedan ustedes encontrar la información fundamental sobre unos años que yo viví, y cuya importancia histórica es bien conocida de todos ■ (Declaraciones recogidas por **MARIA RUIPEREZ** y **MANUEL PEREZ LEDESMA**).

El Despotismo Ilustrado y los gitanos

Félix Grande



«La Ilustración y los gitanos» fue el primer título con que amenacé con nombrar a las presentes páginas, pero apenas pensado advertí que era impreciso, y más aún: impropio. Ante el tema de los gitanos, es necesario distinguir suficientemente entre el concepto Ilustración española y el concepto Despotismo Ilustrado.

«Declaro, que los que llaman y se dicen gitanos, no lo son por origen ni por naturaleza, ni provienen de raíz infecta alguna», argumenta, con benevolencia, Carlos III. Y más adelante, mostrandose notable autócrata y mediano antropólogo, continúa: «Por tanto mando, que ellos y cualesquiera de ellos no usen de la lengua, trage y método de vida vagante, baxo las penas abaxo contenidas.»

EL primero de estos conceptos aludiría a algunas conquistas históricas (muy leves en lo que respecta a la situación social de las clases bajas españolas y en particular andaluzas, y más que leves en lo relativo a la situación de la identidad de los gitanos del XVIII, tema central de este trabajo); aludiría a ciertas reformas sociales, económicas, urbanísticas y culturales y, ante todo, a una ilusión, una esperanza y hasta una expectativa de cambios más radicales y sinceros que los que lograron producirse, ilusión por la que trabajaron, escribieron y combatieron algunos de los mejores escritores y hombres públicos de la época. Y el concepto Despotismo Ilustrado —tan expresivo— aludiría a un híbrido compuesto, de un lado, por un tímido talante de reforma y un cierto mimetismo sumamente cauteloso con respecto a la liquidación del Antiguo Régimen que Europa estaba llevando a cabo —y que en Francia desembocaría en la Revolución de 1789— y, de otro lado, por un furioso inmovilismo del poder con base en la conservación de las estructuras religiosas y de los privilegios económicos. Así, «Ilustración» mencionaría a los hombres más lúcidos y generosos de la época (Jovellanos —a quien el Despotismo honraría encarcelándolo—, Ibáñez de la Rentería, León de Arroyal, Foronda, Cabarrús...) y «Despotismo Ilustrado» nombraría, al menos con un cincuenta por ciento de precisión, el comportamiento **despótico** del poder. «Ilustración» hablaría de afán de cambios sociales y culturales en un nivel sincero y en ocasiones arriesgado. «Despotismo Ilustrado» mencionaría a un inmovilismo salpicado de ligeras cesiones y embadurnado en un paternalismo insufrible.

Podemos imaginar a aquellos dueños del poder repartiéndose elogios mutuos, ilusionados con introducir sus nombres en la gloria del porvenir, pero frenando la velocidad del presente, inaugurando edificios, jardines, empresas comerciales, academias y cosas varias, enfundados y casi acorazados en sus libreas y, mucho más, en su pavor al turbulento ruido de la historia. Pero también debemos imaginar, o recordar, la ilusión y la clarividencia intelectual de muchos hombres de la época, sobre cuyos hombros descansan los esfuerzos más evolucionistas e inteligentes de lo que llamamos Ilustración española. No sólo su coraje, sus críticas y su fervoroso trabajo, sino también su pesadumbre, hablan de su sinceridad y de su coherencia con respecto a su atención hacia los países europeos más evolucionados de la época y con respecto al cotidiano sueño de unas estructuras sociales y civiles menos injustas y soberbias. Ibáñez de la Rentería efectúa la defensa de los partidos políticos, a los que considera garantía de la salud de la República, y propone un gobierno mixto —rey y República— con su modelo en la Constitución de Inglaterra. Por su parte, León de Arroyal, el autor de las **Cartas político-económicas al Conde de Lerena,** escribe resueltamente en ellas que «la libertad civil gime en una mísera esclavitud y los ciudadanos no tienen ninguna representación». Arroyal, cuyo pensamiento articula un liberalismo que prefigura al de Canga Argüelles y al de Flores Estrada, defiende la libertad de pensamiento y la crítica política y elogia, también, el parlamentarismo inglés («... los partidos de oposición, principal fuente de la felicidad inglesa...»), para concluir mostrando al destinatario de sus **Cartas** y con palabras a la vez justas y proféticas la situación de los ciudadanos españoles: «Pero un español, al contrario, toda su vida la pasa entre la desconfianza y el temor, sospechando a cada instante una tormenta. La impenetrabilidad del Ministerio le trae siempre alterado.» (Tomo estas citas del excelente estudio de José Antonio Maravall «Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español»). Era hermoso, y hasta conveniente —pero iluso— suponer que la estructura sociojurídicorreligiosopolítica del poder del Despotismo Ilustrado español fuese a conceder a sus ciudadanos un sistema de representación parlamentaria: es sabido que a lo largo de la historia del hombre social esas conquistas rara vez se reciben, sino que casi siempre se arrebatan, y esa disminución de privilegios no se produce prácticamente nunca sin combate. A cambio del enérgico sueño de Ibáñez de la Rentería y de León de Arroyal, que no pasaron de ser avispas en la mole paquidérmica del poder —pero que no quisieron ser menos que eso—, Carlos III, en el horizonte racionalizador propio del programa Ilustrado, y en conexión con sus propósitos de reordenación de la vida local, dispondría reformas que, como escribe Reglá, «vigorizaron la autoridad del corregidor y de los alcaldes mayores, y dieron participación al pueblo mediante la designación, por elección popular indirecta, de los diputados del común y del síndico personero. Otras reformas dispusieron la creación de alcaldes de barrio, la introducción de los 'serenos' y la preocupación por los servicios de limpieza y alumbrado». Algo es algo.

En otro aspecto, un párrafo de Aranguren nos recuerda el

avance que supusieron «Las ideas de Jovellanos sobre la enseñanza, su lucha contra las viejas Universidades y el monopolio eclesiástico de los Colegios Mayores, su Real Instituto Asturiano, fundado en Gijón para formar pilotos náuticos y mineros; y al lado de estas actividades de Jovellanos, las Sociedades Económicas de Amigo del País, el Real Seminario Patriótico Vascongado de Vergara, los Reales Estudios de San Isidro, la Escuela de Ingenieros de Caminos y tantas otras instituciones más muestran la clara conciencia de una Ilustración al servicio, como diríamos hoy, del desarrollo económico». Otros avances de la época que el comentarista no debe escamotear son el creciente interés por la física experimental, por las matemáticas y, en general, la constante y creciente curiosidad científica. La crítica —tolerada— del clericalismo daría por resultado que el conde de Aranda expulsara a los jesuitas. La construcción naval, gracias al crecimiento de la marina bélica y la marina mercante, observaría un importante impulso, con lo que el comercio marítimo alcanzaría a ser una de las bases fundamentales de la prosperidad burguesa de finales del XVIII. Junto a la fragua artesana irá surgiendo la moderna siderurgia. Aranda impulsa la cerámica de Alcora a nivel nacional. Crece caudalosamente el interés por el estudio de las ciencias naturales. Gracias a Gálvez, secretario de Indias en México, se construye en aquel país un Jardín Botánico y una Escuela de Minas. En México, también, aparecerían el **Diario Literario** y la **Gaceta Literaria.** Se fundaron Universidades en Santiago de Chile, La Habana y Quito, y se autorizó el uso de la imprenta en Nueva Granada (1777) y en Buenos Aires (1779). Gracias a ello, informa Reglá, «los navíos que llegaban a Europa **—navíos de la Ilustración,** como les llamó Basterra— introducían las novedades intelectuales del Viejo Mundo». «Con Carlos III [prosigue Reglá] la educación nacional comenzó a ser considerada como servicio público. El gobierno, las Sociedades de Amigos del País y las Juntas de Comercio se preocuparon por la enseñanza primaria. Con los bienes de los jesuitas expulsados se ordenó la creación de escuelas de niños en todos los pueblos importantes.» A este respecto, y refiriéndose al Despotismo Ilustrado, Tierno Galván hace una matización de apariencia maliciosa, pero esencialmente penetrante: «... me parece que originariamente la idea de ilustrar o educar no significaba tanto hacer buenos a los hombres como prepararlos debidamente para la competencia social y mercantil». Lo cual enlaza con el hecho de que la reforma capital del XVIII fuese la libertad de comercio, decretada por Carlos III en 1778, y que dio vía libre, si no a una burguesía nacional, que no se produjo en España, sí a una burguesía mercantil que contribuyó a modificar la sociedad inmediatamente anterior, campesina y aristocrática, hacia una sociedad algo menos estamentalizada. En esa época, Cádiz se convierte en una ciudad cosmopolita, gracias al fragor y la velocidad de esa burguesía mercantil que hace pasar por ese puerto gran cantidad de su comercio.

La palabra **comercio,** con su aspecto positivo en cuanto a la consolidación de una naciente clase social y con su escasa misericordia con respecto a las clases llamadas bajas —llamadas así con igual falta de misericordia, aunque con talento bautista— será un vocablo capital en la estructura económica del XVIII. En 1783 Carlos III indica, con puntualización exquisita, que el ejercicio de los oficios mecánicos «no envilece la familia ni la persona que los ejerce» y ordena al Consejo de Castilla que «cuando hallare que en tres generaciones de padre, hijo y nieto ha ejercitado y sigue ejercitando una familia el comercio o las fábricas con adelantamiento notable, le propondrá la distinción que podrá concederse al que supiere y justificare ser director o cabeza de la tal familia..., sin exceptuar la concesión o privilegio de nobleza». Se trataba de premiar al comerciante con un título: la Orden de Carlos III. Sobre ello, Palacio Atard escribe unas líneas precisas que señalan la precariedad de los cambios en nuestra época Ilustrada: «Se trataba de premiar, es cierto, el mérito personal, no heredado. Pero tal concepción filoburguesa entraña, a su vez, el reconocimiento de los valores aristocráticos como premios más apetecibles. Se refleja, pues, en este mismo hecho, la ambivalencia de la situación, en la que simultáneamente apreciamos el ennoblecimiento de la burguesía y el aburguesamiento de la aristocracia.» Es lo que cualquier escritor sin sangre azul ni especial deseo de frecuentarla podría llamar una carambola a tres bandas.

«Por lo demás [prosigue Palacio Atard], y como es sabido, muy poco después de ser creada la Real y Distinguida Orden de Carlos III se rectificaron las normas de ingreso, en el sentido de exigir pruebas de sangre, aunque más atenuadas que en las antiguas Ordenes de la aristocracia militar.» Como ya hemos dicho alguna vez, de atrás le viene el pico al garbanzo. La concepción Ilustrada sobre el comercio podía resultar remotamente progresista; la concepción del Despotismo Ilustrado

«... los hombres más lúcidos y generosos de la época...» (Detalle del retrato que Goya hiciera a Jovellanos). «No sólo su coraje, sus críticas y su trabajo, sino también su pesadumbre...»

sobre los comerciantes y la de los comerciantes sobre su función histórica no podía menos que producir un recrudecimiento del inmovilismo ante la Revolución francesa. Sobre nuestros magnates del Despotismo Ilustrado, Gómez Marín ha acuñado una fórmula sumamente expresiva: «revolucionarios de librea». Pero mientras la Revolución francesa no se produjo (y cuando se produjo, a los creadores de la felicidad de nuestros ciudadanos les faltó tiempo para reclamar la ayuda, renovada y siempre entusiasta, de la Inquisición) «formar la nación comerciante, formar la nación industrial» eran los dos propósitos fundamentales para lograr el «Estado poderoso», meta final de las aspiraciones Ilustradas —meta que, según creo, está más vinculada a la nostalgia del pasado imperial que a la desazón por la conquista del futuro feliz.

En función de esta meta, «el monarca se vuelve él mismo fabricante y mercader [escribe P. Atard]. Las fábricas reales y la participación del capital regio en las compañías privilegiadas, primero; después, la frecuente suscripción de acciones de casi todas las empresas mercantiles e industriales de importancia por parte de la Real Hacienda». Ante la concurrencia de un negociante de tamaño prestigio es natural que el comercio obtuviera bendición eclasiástica: el sacerdote bilbaíno J. M. Uría compondría en 1875 un libro de título inefable: **Aumento del comercio con seguridad de la conciencia,** en cuyo prólogo diseminaría, imaginamos que con gesto benévolo, estas memorables palabras: «Las conciencias de los comerciantes en su profesión son tan delicadas como la del más arreglado christiano: tratarlos de usureros y ladrones es una injuria de las más clásicas, es atreverse a poner manchas en el mismo Real solio: hasta el mismo Rey es comerciante; mira si es honrada esta carrera.»

Si la actividad de comerciar era sumamente honrada para los poderosos, el ocio será una deshonra en los desposeídos; y desde luego produce furor y espanto a los gobernantes de la Corte de Carlos III; en su **Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento,** Campomanes llega a escribir este anatema: «La pobreza voluntaria es deshonra y aun delito» (sobre la pobreza involuntaria, Campomanes no se pronuncia). Campomanes había combatido por lograr un máximo de jornadas de trabajo al año y un mínimo de doce a catorce horas por jornada. Floridablanca será brutalmente laborioso en el ejercicio de planificar el castigo de «vagos, mendigos y malentretenidos». Se ocupará con igual desasosiego en tomar medidas para lo que él llamaba la rehabilitación social de los gitanos. Sobre la «rehabilitación de los gita-

nos», la disposición más decisiva será la tan mentada pragmática de Carlos III, a cuyo comentario llegaremos inexorablemente. Por ahora nos basta ir viendo el talante de los gobernantes del Despotiamo Ilustrado, su enfebrecido afán por el control económico y hasta psicológico de sus súbditos, su interesado paternalismo pedagógico, su «furor de gobernar», su astucia en el reparto de oficios y jornadas de trabajo, su prometeica disposición para emitir disposiciones, su seguridad a la hora de bendecir o condenar oficios. En 1783 Carlos III otorga la «honra legal» a todas las ocupaciones. «Pero dos años antes [recuerda P. Atard] uno de los campeones de la honorabilidad social del trabajo, Pérez y López, aceptaba algunas excepciones, manteniendo la consideración de 'infames' para algunos oficios 'por la corrupción de corazón y costumbres que supone en quien lo ejerce' como son los verdugos, toreros y taberneras». Sobre la semejanza entre toreros y verdugos hay mucha tela que cortar, aunque el espectáculo de la sangre de toro o de caballo pudiera ser infamante para un Ilustrado: ¡pero las pobres taberneras! Hay que decirlo de una vez: los gobernantes Ilustrados eran unos meticones. No sólo perdieron el sueño por cuestiones de alto gobierno, por el desarrollo de la industria y el comercio, por la planificación del trabajo y del castigo de los ociosos, por los más imprevisibles vericuetos de la educación popular: se desvelaron incluso ante las formas de diversión del pueblo. De ahí su odio hacia la fiesta de los toros y sus constantes intentos de supervisión y hasta de abolición del teatro popular. Con su insoportable necesidad de controlar cada hora de la vida de cada ciudadano, programaban sus fiestas: pretendían, sencillamente, modificar la antropología de una vieja nación (no me extrañaría que en alguna hora de nocturna y gobernante meditación hubieran soñado con supervisar el itinerario de las golondrinas nacionales). Eran ambiciosos.

¿O eran oscuramente inteligentes? ¿Intuían aquellos gobernantes, tan ocupados en invadir las horas y la conciencia de sus súbditos, que en la conservación de sus fiestas y de sus ritos alientan la desobediencia y la libertad de las comunidades? ¿Sospechaban que en las más remotas fiestas y juegos comunales se agita subterráneamente el orgullo del ser? ¿Temían, más o menos lúcidamente, que las diversiones con que el pueblo recupera su pasado y reconoce su rostro común pudieran ser obstáculos enigmáticos y poderosos contra una manera de vivir y morir que se pretendía imponerle por decreto? Aranda diría que esta fiesta (a la que erróneamente calificaría de espectáculo) produce

«Aranda impulsa la cerámica de Alcora a nivel nacional...» El conde de Aranda prestaría a la Ilustración un servicio mucho más sonado: la expulsión de los jesuitas. ¿Sentía por ellos tanta aversión como por los toreros, esa «infinidad de gentes sanguinarias y las más dispuestas para toda maldad»?

«una infinidad de gentes sanguinarias y las más dispuestas para toda maldad, como son los toreros». Vargas Ponce aseguró que el toreo «forma gentes despiadadas y crueles». Cadalso, que «endurece los ánimos». Y todos propusieron la prohibición. Sospecho que no se trataba únicamente del despilfarro agrario que supone la cría no socializada del toro bravo (de hecho, los latifundistas andaluces, extremeños y castellanos no tuvieron la necesidad de levantarse en armas contra el rey), sino de algo que quedaba encubierto bajo sus razones «humanitarias», bajo su horror por la sangre de toro o de caballo y hasta de torero, bajo su temor a ser considerados los regentes de una comunidad de bárbaros, bajo su programa de buenas maneras: lo que permanecía latente bajo esas delgadas capas de razonamiento era el miedo a la libertad adormecida —pero no amortajada— en el pueblo, el horror a la desobediencia civil que el ciudadano reivindica en sus juegos más peligrosos, el reconocimiento más o menos consciente de que las raíces de sus educandos permanecían mucho más hondas de donde pudieran llegar sus prohibiciones y su pedagogía: en suma, el reconocimiento de que si un hombre se elige libre para morir, igualmente puede elegirse libre para vivir. Y entonces el control de su conciencia pasa a ser ya un asunto complicado e imprevisible, dos eventualidades que los racionalistas del Despotismo Ilustrado no estaban preparados para aceptar. «El torero popular [escribe José Carlos Arévalo], que reivindica la lidia para el pueblo a finales del XVIII, que restituye la función del coro, entregando su liderazgo al pueblo...». Era un símbolo de la desobediencia llevada hasta la muerte, un cordón umbilical con la autonomía cultural y hasta ritual de la comunidad, un gesto de suprema libertad (puesto que el precio supremo de la libertad es el de la cesión, en combate, de la vida) y, en consecuencia, una refutación del programa vital y social del Despotismo Ilustrado, tan apoyado en la obediencia del súbdito, en la cesión de su libertad al gobernante y al educador, en una geometría reseca del vivir y el morir. La sangre del coso no era, pues, para los Ilustrados, únicamente una prueba de barbarismo: era una bárbara autoafirmación del individuo, un cuestionamiento del Estado, un vendaval de albedrío cuyas ráfagas de ventisca alborotaban la armoniosa frigidez de sus sibilinas pelucas. La soledad del torero amenazado por la muerte, resistiendo a pie firme esa amenaza y jugando con ella, y la comunión de ese protagonista de la fiesta con el componente de soledad viril en cada uno de los participantes del rito, mostraban a los Ilustrados un espejo en el que éstos descubrían la otredad y la fraternidad del ser, al mismo tiempo que la intolerancia de su pedagógica y delgada manera de gobierno. Poco después, la muerte de Pepe-Hillo ante los ojos despavoridos de la reina María Luisa haría que Godoy mandase prohibir terminantemente las corridas de toros —aunque con igual resultado que sus antecesores. Ese barbarismo, esa barbaridad, de alguna forma compleja, desde una dialéctica enigmática, habla de libertad de ser; es decir: de la existencia de elecciones con que el ser decide su muerte— y su vida. No es fortuito que sean los gitanos quienes han dado mayor cantidad de protagonistas al toreo y mayor temblor a sus formas. No es casual que unos eternos defensores de su libertad hayan irrumpido en el ruedo desde la reivindicación

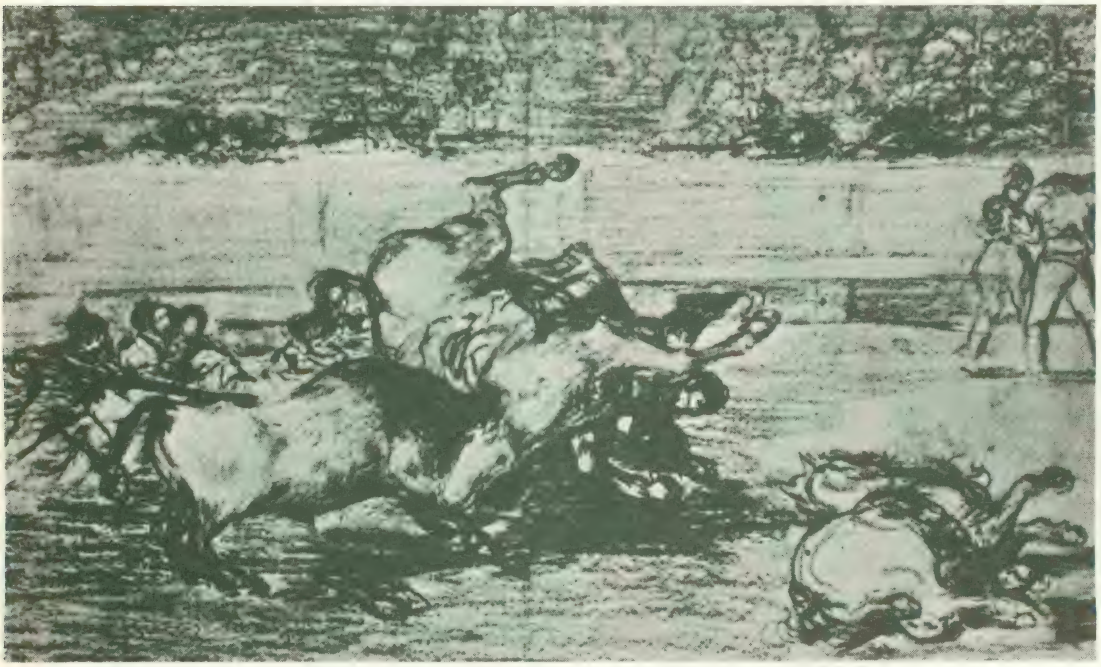
Floridablanca ocupó gran parte de su númen en la planificación de castigos para «vagos, mendigos y malentretenidos», así como en severas reflexiones sobre lo que él denominaba la rehabilitación social de los gitanos (que al final consistió en marcar a fuego a los desobedientes para «así comprobar la reincidencia e imponerles la pena de muerte»).

Campomanes trabajó mucho por conseguir para los ciudadanos un máximo de jornadas de trabajo al año y un mínimo de doce a catorce horas por jornada. «La pobreza voluntaria es deshonra y aún delito», escribió. Desconocemos su opinión sobre la pobreza involuntaria.

del toreo de a pie y que sean ellos quienes hayan protagonizado la mayor parte de las más memorables ceremonias que recuerda la fiesta. Y no es casual que los Ilustrados vieran en el gitano algo que debía ser transformado, culturalmente exterminado. A su manera desentendida y trágica, el gitano hace siglos que sobrevive por entre el furor, la violencia, la descomposición y la ruina de culturas sucesivas, soberbias y venales: y sobrevive gracias a la autoafirmación de su cultura, su libertad, su orgullo.

Quizá el pueblo gitano sea una prueba de un hecho emocionante: el orgullo de los humillados sobrevive a la soberbia de los poderosos. Digo quizá porque no estoy seguro, pero cinco siglos de supervivencia en la marginación reclaman ya un poco de atención hacia la durabilidad del orgullo. Hasta poco antes de Carlos III, los gitanos eran deportados a galeras, diseminados por decreto unas veces, agrupados otras en ghetos miserables, castigados con latigazos, corte de orejas, cárcel, esclavitud. La soberbia de una cultura que se dijo cristiana, pero que era incapaz de aceptar la otredad cultural y religiosa —el paganismo, el islamismo— tomó medidas para exterminar a una cultura **otra;** de ahí las disposiciones contra las constantes culturas de los gitanos: se les prohibió usar su propia lengua —a la que despreciativamente se la consideraba jerga—, conservar sus vestidos, sus costumbres y sus oficios. La cultura dominante viene cercando a las culturas marginadas desde la Reconquista. Es la imposibilidad del poder para asumir la existencia de lo desobediente, de lo diferente, de la otredad civil y antropológica. Hasta el Despotismo Ilustrado, y aun en la primera etapa de esa época, las sucesivas monarquías emitieron leyes encaminadas a borrar la otredad del gitano, disponiendo en ocasiones la puesta en marcha de castigos a los que debemos llamar sanguinarios. Pero la Ilustración, en vista de que los procedimientos tajantes no habían dado el resultado deseado, cambiará de táctica y atacará más globalmente y con mayor astucia: ahora ya no se les perseguirá: siempre y cuando ellos renuncien hasta al derecho de sentirse gitanos. Les lanza el señuelo de la integración, pero no omite la amenaza. Carlos III les ofrece su bendición como a cualesquiera otros ciudadanos de la España Ilustrada, pero dispone que los nómadas que no se dejen reducir «sean marcados en la espalda con un hierro ardiente que llevare las armas de Castilla».

Si la reina Isabel había obligado a los moros de Granada a identificarse portando en el hombro un retal encarnado, y



«... el horror a la desobediencia civil que el ciudadano reinvidica en sus juegos más peligrosos...» (Grabado de Francisco de Goya).

«La soledad del torero amenazado por la muerte y jugando con ella...». (Grabado de Goya).

había obligado a las mujeres judías y moriscas a señalarse con un pedazo de paño turquí de cuatro dedos de ancho, y si los nazis marcarían después a los gitanos con una Z **(Ziegenner)** sobre su carne, Floridablanca dispondrá que sean marcados a fuego los gitanos que hubieran desobedecido ya una vez a la ley, para «así comprobar la reincidencia e imponerles irremisiblemente la pena de muerte». Esa forma de control policíaco, bastante más odiosa aún que la del moderno fichero, suponía un paso adelante en el corazón del ser gitano; antes se les marcaba a fuego para castigarles, ahora se les marcaría a fuego para tenerlos controlados. Si en 1570 y 1581 Felipe II prohíbe a los gitanos viajar a las Indias y decreta que aquellos que ya hubieran llegado a ellas «luego que sean hallados, les envíen a estos Reynos, embarcándolos en los primeros navíos, con sus mujeres, hijos y criados [sic], y no permitan que por ninguna razón o causa que aleguen quede alguno en las Indias ni sus islas adyacentes», Campomanes, en cambio, propondrá desembarazarse de estos enojosos mamíferos embarcándolos a todos hacie tos países de Ultramar. Francesc Botey señala que «en el mismo clima europeo en que brota la propuesta de Campomanes, el primer cónsul de Francia —Napoleón— rodeó a todos los gitanos del País Vasco en una sola noche, con una inmensa red de policía, y fueron conducidos a los puertos del Atlántico para ser llevados a colonias». Si los franceses limpiaron una zona de su país con ese procedimiento acariciado por Campomanes, el Despotismo Ilustrado español tratará de limpiar a España entera de gitanos mediante la integración obligatoria. Prohibirá que sean llamados gitanos y tratará de prohibir incluso que se sientan gitanos ellos mismos. De aquella época proviene una aguda reflexión gitana: «A liri ye crallí nicobó a liri es calé»: «La ley de los reyes ha destruido la ley de los gitanos.»

La prohibición terminante del baile de **zambra**, que ya era bailado por los moriscos de Granada en el día del Corpus, no será sino una de las abundantes disposiciones con que Carlos III acosará la libertad del ser gitano. Con inteligente serenidad, Botey señala que ya es hora de «desplazar en la mentalidad común el centro de gravedad del problema gitano, que oscila entre el pintoresquismo y la preocupación

Don Miguel de Cervantes, en su genialidad, no acertó a adivinar que el título de una de sus «Novelas Ejemplares» («La Gitanilla») **habría de contravenir un sueño de Carlos III: «Para mayor olvido de estas voces injuriosas y falsas; quiero, se tilden y borren de cualesquiera documentos en que se hubieran puesto o pusieren...».**

por su pobreza hereditaria. **El centro de su tragedia es otro: el choque entre dos culturas».** (Es mío el subrayado). La historia del gitano en España —no sólo en España, por supuesto— prueba la agudeza de esa reflexión de Botey. Pero en ningún momento de esa historia de huidas, amenazas, castigos y repulsas, el gitano estuvo tan cerca de la pérdida total de su identidad como en los tiempos del Despotismo Ilustrado. Algunas disposiciones anteriores en unos años al gobierno de Carlos III agreden al gitano, amenazan con exterminarlo físicamente, pero, pese a sus estremecedoras formulaciones, no suponen un decidido y meticuloso exterminio de su identidad. El rey Felipe V, quien por primera vez en España había autorizado su captura incluso en el interior de los templos, en 1745 ordena «darles caza a hierro y fuego», y agrega: «que todos los que tienen vecindad se restituyan en el término de quince días a los lugares de su domicilio, pena de ser declarados, pasado este término, por bandidos públicos, y de que, por el mismo hecho de ser encontrados con armas, o sin ellas, fuera de los términos de su vecindario, sea lícito hacer sobre ellos armas y quitarles la vida; que pasado el referido término, se encargue estrechísimamente a los comandantes generales, intendentes y corregidores, que por sí o por personas de su integridad y de su mayor satisfacción, salgan con tropa armada, y si no la hubiere, con las milicias y sus oficiales, acompañados de las rondas de a caballo destinadas al resguardo de las Rentas, a correr todo el distrito de sus jurisdicciones, haciendo las diligencias convenientes para aprehender a los gitanos y gitanas que se encontraren por los caminos públicos ú otros lugares fuera de su vecindario, y sólo por el hecho de la contravención se les imponga la pena de muerte». Si disposiciones de este tipo no habían conseguido exterminar ni modificar sustancialmente el ser gitano, cabe pensar que el Despotismo Ilustrado vio claro que había de cambiar, ampliar y mejorar los procedimientos.

Y lo hizo. La pragmática de Carlos III hecha pública el 19 de septiembre de 1783 y titulada «Reglas para contener y castigar la vagancia y otros excesos de los llamados gitanos» es el documento que convierte en ley el fin propuesto durante siglos de intolerancia, de incomprensión sobre la autonomía de otros sistemas culturales, de exasperada soberbia y de desprecio y miedo a la otredad. «El infierno son los otros», ha escrito, infernalmente, Jean Paul Sartre. Carlos III debió de tenerlo presente al firmar el articulado de una ley que pretendía abo-

lir, a la fuerza, ese infierno. En seguida vamos a ver de cerca el articulado de esa ley, que muestra, en particular, la posición del Despotismo Ilustrado con respecto a la identidad de la cultura marginada de los gitanos y, en general, la ferocidad —en ocasiones sinuosa, en ocasiones descarada— de una cultura dominante. No es ocioso anotar que la promulgación de esa pragmática es un hecho casi coincidente con el principio de la aparición de las formas iniciales del emocionante, terrible y aterrado cante flamenco.

Ya en el artículo primero de la pragmática, su majestad Carlos III empuja contra la pared a la raza gitana: «Declaro, que los que llaman y se dicen gitanos, no lo son por origen ni por naturaleza, ni provienen de raíz infecta alguna.» Como toda sentencia dictada por la intolerancia, la prepotencia, la soberbia, esas dos líneas son un laberinto. ¿Qué es lo que en ellas debemos entender? ¿Que los que llaman y se dicen gitanos no lo son por origen ni por naturaleza, pero que hay otros individuos, infectos, a los que sí se puede denominar gitanos, por origen y por naturaleza? ¿Quiénes son, pues, los tales individuos? ¿Los gitanos? ¿Qué gitanos? ¿O esas dos líneas decretan, simplemente, que no existen gitanos, ni en España ni en parte alguna, que no puede haber un género de hombres que provengan de tan infecta raíz? Pero su majestad sabía muy bien que sí hay gitanos, que los hay por origen y por naturaleza. Sabía muy bien que provenían —como se creía entonces— del Egipto Menor. Pero como era rey, decide, con dos líneas, que no existen. Su majestad escribe con tiza en un espejo la palabra gitanos, pasa sobre esa tiza un pañuelo de encaje y así los borra para siempre. Con limpieza, con eficacia. Ya queda resuelto el problema. No existen los gitanos. No son. Su majestad Carlos III era un excelso prestidigitador. Plagiando a un todavía nonato poeta de Granada, su majestad ha dicho: «¡Se acabaron los gitanos que iban por el monte solos!» «Por tanto, mando que ellos y cualesquiera de ellos no usen de la lengua, trage y método de vida vagante, de que hayan usado hasta el presente, baxo las penas abaxo contenidas.» El pensamiento de su majestad se perfila y se aclara: hasta el presente hubo gitanos, ahora ya no los hay, ya no lo son. Y si se obstinan en seguir siéndolo, ésto es, si su testarudez antropológica les sugiere hablar su propio idioma, vestirse a su manera y errar por los caminos de la tierra como lo hicieron desde siglos atrás, entonces provocarán la cólera real y serán acreedores a las penas abaxo contenidas. Pero su majestad gusta de hacer las cosas con eficacia minuciosa, en el todo y en el detalle. No basta que él ordene la no existencia de la identidad del gitano, y ni siquiera que

La pragmática de Carlos III contra los gitanos les amenaza, si desobedecen las leyes payas, con arrebatarles sus hijos menores de diecisieis años, los cuales, en lugar de los castigos destinados a los adultos, obtendrían la enseñanza de un oficio rentable a la Corona o el cuestionable calor de los hospicios.

mande a los mismos gitanos que colaboren en ese escamoteo, de buen grado, aunque bajo amenazas de las penas contenidas abaxo: prohíbe también a todos sus vasallos «que llamen ó nombren a los referidos» con el nombre de gitanos, «baxo las penas de los que injurian á otros de palabra ó por escrito». Es decir: todos los habitantes de la nación han de colaborar con la decisión del rey, según la cual ya no existen gitanos —aparte de que, por real decreto, el vocablo gitano pasa a ser una injuria. Y agrega: «Para mayor olvido de estas voces injuriosas y falsas; quiero, se tilden y borren de cualesquiera documentos en que se hubieren puesto o pusieren...», con lo cual ya no sólo manda que no hay gitanos, ya no sólo ordena a los gitanos que colaboren con él en la tarea de acabar con el —inexistente— ser gitano, ya no sólo decreta que todos los vasallos del reino que cometiesen la imprudencia de llamar gitano al gitano sean castigados por su error y su desobediencia, sino que, además, la palabra **gitano** será borrada de la historia de España, de sus documentos, sus edictos, sus libros: incluido, suponemos, una novela de Cervantes que atroz y erróneamente se ha llamado hasta hoy **La gitanilla.**

Y ahora, ya resuelto el problema (no existe el ser gitano, no existe el ser **otro,** no existe el infierno, yo decido lo que es identidad y lo que no lo es; o dicho de otro modo: mi autoridad es creadora de la identidad de todo ser, no hay ser que sea si no es lo que mi autoridad decide sobre el ser; o dicho de otro modo: yo soy, y el ser del otro es su obediencia), ahora sí, ahora su majestad comienza a desplegar el privilegio de los reyes: decide ser magnánimo: «Es mi voluntad, que los que abandonáren aquél método de vida, trage, lengua ó gerigonza [los lingüistas futuros descubrirán, señor, que la tal jerigonza es un idioma que procede del sánscrito, dicho sea con todo respeto, majestad] sean admitidos a cualesquiera oficios ó destinos á que se aplicaren, como también en cualesquiera gremios ó comunidades, sin que se les ponga ó admita, en juicio ni fuera de él, obstáculo ni contradicción con este pretexto. A los que contradixeren y rehusáren la admisión á sus oficios y gremios á esta clase de gentes enmendadas, se les multará por la primera vez en diez ducados, por la segunda en veinte, y por la tercera en doble cantidad; y durando la repugnancia...» No debemos negarlo: su majestad Carlos III no carecía, al firmar esta ley, de cierta benevolencia y equidad. No debemos ignorar, de paso, que se trataba de borrar la identidad del ser gitano y, a la vez, incorporar buen número de brazos al proceso de producción de la época, vale decir, al proceso de explotación.

El plazo fijado para la transformación de estos nómadas improductivos y desobedientes en fuerza de trabajo fue el de noventa días, pasados los cuales comienzan a cundir las penas, en gradación proporcionada a los «delitos». El artículo once establece que «á los que no hubieren dexado el trage, lengua ó modales, y á los que aparentando vestir y hablar como los demás vasallos [¿y cómo no iban a cambiar muchos de ropa y de vocabulario, señor, si la lengua y vestido propios delataban una identidad que vuestra majestad había abolido por decreto?], y aun elegir domicilio, continuáren saliendo á vagar por caminos y despoblados, aunque sea con el pretexto de pasar á mercados y ferias [¿pretexto, señor? Eran tratantes de ganado desde las cenizas de sus antepasados remotos; eran intermediarios, majestad, algo de lo cual vuestro reinado, tan apoyado en el comercio, ciertamente no carecía], se les perseguirá y prenderá por las Justicias, formando proceso y lista de ellos...» Esas listas pasarían a manos de los correjidores de las Cabezas de Partido, y de ahí a la Sala del Crimen del territorio correspondiente: «La Sala en vista de lo que resulte, y de estar verificada la contravención, mandará inmediatamente, sin figura de Juicio, sellar en las espaldas á los contraventores con un pequeño hierro ardiente, que se tendrá dispuesto en la cabeza de partido, con las Armas de Castilla.» Aquí su majestad debe de haber hecho memoria sobre la severidad de sus antecesores y quiere dejar bien sentadas su propia magnanimidad y su propia misericordia: «Conmuto en esta pena del sello, por ahora y por la primera contravención, la de muerte que se me ha consultado, y la de cortar las orejas á esta clase de gentes, que contenían las leyes del Reyno.» Con más o menos reticencia, esta clase de gente le están agradecidas, majestad, por ahora.

También le están agradecidas por exceptuar de ese castigo a los niños y a los jóvenes de ambos sexos menores de dieciséis años, aunque su decisión, señor, de arrebatarlos a sus padres para abligarlos a aprender un oficio rentable a la Corona, o recluirlos en letales hospicios, llenos de normas y de caridad, de obligaciones y oraciones, quizá no pareciese tan misericordiosa ni a sus padres ni a ellos. La identidad del gitano se articula en el grupo, señor, y el peor castigo que puede caer

Diego de Torres Villarroel (1693-1770) sostenía la escandalosa tesis de que los ladrones más famosos de su época no estaban en los caminos ni en los jarales: sino en la Corte.

sobre el gitano, peor que el de la muerte, majestad, es la separación. Fuera del grupo, el gitano **no es.** Su ley, su sangre, su mundo emocional, así lo reconocen desde hace muchos siglos. Porque para el gitano también existe el **otro,** que proporción a los descomunales robos de, por ejemplo, un monopolio. Contra el escándalo de la Corona ante estos individuos que roban pequeñas cosas, pequeñas cantidades (¡en qué tremenda estima tenéis la propiedad, el privilegio, la prebenda, señor!), hay un serio argumento, y pronto habrá otro más. El argumento ya existente es sólido, definitivo, no consiente refutación: «los ladrones más famosos no están en los caminos»; esa frase no es mía, señor, aunque creo en ella como se cree en un dios; es frase de un poeta de vuestro tiempo, llamado don Francisco de Torres Villarroel, el cual, no satisfecho con poner el dedo en la llaga mediante una prosa compuesta con notable claridad, quiso decir lo mismo, y lo dijo, usando del prestigioso modo del soneto; y he aquí, señor, que me plugue citarlo, siquiera parcialmente, para ilustración del dormido y escarmiento del pecador; concluye así Villarroel el fermoso produto de su númen: «Reconocer los montes es quimera; / que no son ermitaños los ladrones, / ni en los jarales buscan su carrera. // Haga aquí la justicia inquisiciones / y verá que la Corte es madriguera / donde están anidados a montones.» A montones, señor. Ese argumento, como dije, no consiente disputa. El hecho no lo ignora nadie. Ni siquiera lo ignoran los gitanos. Andando el tiempo, un escriptor asaz popular y prolífico, autor de una serie que llaman **El Coyote,** por nombre J. L. Mayorquí, pondrá en boca del protagonista de sus mentados libros de aventuras una frase harto semejante a aquel soneto de Villarroel; don César de Echágüe, que es como se llamaba el Coyote cuando ocultaba su antifaz, mismamente pronuncia: «Al que roba poco y arriesga poco le llaman ladrón, al que roba poco y arriesga mucho le llaman forajido, al que roba mucho y no arriesga nada le llaman financiero.» Esa frase tampoco es mía, señor, aunque también creo en ella como se cree en un dios. Ese argumento, lo repito, era ya irrefutable dentro del siglo diez y ocho. Un clásico futuro llamado Chumy Chúmez dirá: «Cuando el bosque se quema, algo suyo se quema, señor conde» —y con ello seguimos hablando muy en serio.

Pero no nos extraviemos. Díxele antes, señor, que contra ese furioso prurito de la propiedad —prurito desde el cual se pone sello a los gitanos, se mandan ladronzuelos infeli-

ces a galeras, y hasta, si robaban caballos, se les ahorcaba y se les hacía cuartos—, además de contar ya en la época con un contraargumento formidable («los ladrones más famosos no están en los caminos»), merecería, andando el tiempo, otro contraargumento enormemente más escandaloso, y es éste: la propiedad es un escándalo. No diré que yo crea en esa frase como se cree en un dios, pues soy, señor, astuto, y no suelo proporcionar a los modernos alguaciles pistas de mis secretas reflexiones ni acicate para que consideren mi escarmiento más importante que mi libertad. No soy yo, pues, autor de esas palabras tan inequívocamente devenidas en la frecuentación de las razones del demonio. El cual, más adelante, ya en el siglo siguiente, murmurará sobre la oreja de unos monstruos que llaman anarquistas, y aquestos se organizarán y crecerán como horrenda infección y al grito descompuesto de ¡La propiedad es un escándalo! se diseminarán por todos los parajes del universo mundo, llegando incluso con su torva consigna y su testarudo convencimiento a la mísera Andalucía, a la industriosa Catalunya. ¡Cádiz y Barcelona, los dos puertos pilares, señor, del comercio y la industria de vuestro tiempo, serán tierras abominablemente oyadas por los pies desos bárbaros que cuestionan la Propiedad! ¡Decadencia de las costumbres, imperio de la descortesía, adónde llegará tanta infección! Adónde llegará no lo sabemos, majestad. De do proviene, sí: del mismísimo Cristo. Jesús exigió siempre a sus discípulos descargarse de sus bienes como condición previa para arrogarse el nombre de cristianos. Lo cual resulta algo enojoso y conviene olvidarlo.

De hecho, olvidado está. No ha mucho, la Iglesia de la España imperial poseía gran cantidad de las tierras e los bienes de la península. Cuatro años después de firmada vuestra pragmática hay en España tres ciudades, cuatrocientas diez villas y mil doscientos ochenta pueblos sometidos, como dirá el horrendo francés don Pedro Vilar, al «patrocinio eclesiástico» de las Ordenes religiosas. No preguntéis a vuestro confesor qué forma de escarmiento se ha de aplicar a los ladrones de gallinas, secularmente llamados gitanos, y a los que vos queréis desposeer de sus trajes, su cultura, su lengua e incluso de su nombre racial. No preguntéis, pues si ha de ser el confesor quien os sugiera los castigos por el robo de unas varas de paño, que Dios les coja confesados a aquestos delincuentes tan irrespetuosos con el rucio o el ave de corral, tan irrespetuosos para con la incesante promulgación de los edictos. ¿O acaso es esto mesmo, majestad, lo que está en danza? ¿Qué es lo que solivianta el enojo de la Corte: la cantidad y calidad del hurto o la desobediencia que reivindica para sí el ladrón? Lo primero pudiérais excusarlo (y lo excusáis de hecho: jamás habéis querido averiguar de qué mañeras se han ido edificando las brillantes fortunas). Mas lo segundo, no. No digo que no quiera excusarlo vuestra misericordia; digo que esa mise-

«Fue un sueño, majestad, fue únicamente un sueño (...). Y ni siquiera los gitanos renunciaron a llamarse gitanos. a sentirse gitanos, a ser gitanos». (En la fotografía, gitanos de Granada).

ricordia no es posible a vuestra concepción del mundo: pues la desobediencia es el infierno. La arrogancia del mísero es lo **otro.** El orgullo de un súbdito os prueba la existencia de la otredad. Con eso no podéis, señor, basta ya, que los prendan, que se los lleven a galeras, que se los execute, que no haiga naide so el sagrado suelo de la nación que contradiga mi autoridad: mi ser; pues si tolero que exista lo **otro** —y la desobediencia es su semilla y su placenta— entonces yo también soy lo **otro.** ¡No, eso no puedo tolerarlo! Decís bien, majestad: no podéis, sois débil. ¿Y? En consecuencia, organicemos una nación cuyo dios verdadero no es otro que la Jerarquía, cuyo altar no es sino el Estado, cuyo alimento es el Progreso, por así decir, y cuyo soporte es el trabajo decretado. Y cuanto pretenda quedar fuera de esta ecuación compacta, de esta meticulosa geometría, no ha de existir, no existe. Autoridad, obediencia: lo demás es infierno. Hay que mantener viva esta ilusión, pues que la realidad —la existencia del otro— está probado que es inhabitable. Entonces matizamos hasta límites minuciosos los deberes de la obediencia, distribuimos su producto y hasta premiamos a la delación: «A los auxiliadores, receptadores, encubridores y protectores declarados de estos vagos y delincüentes, además de las penas en que incurrirán, según la calidad del auxilio y de los excesos de los auxiliados, conforme á las leyes, se les exigirán doscientos ducados de multa por la primera vez, doble por la segunda, y hasta mil por la tercera, aplicados por terceras partes á la Cámara, Juez y denunciador.»

Fue un sueño, majestad, fue únicamente un sueño. Ni todos los súbditos empadronados o venideros, gitanos o payos, se dejarían encarcelar en su propia obediencia, ni el Estado habría de desconocer a la crítica, ni el «Progreso» se desharía dulcemente en la lengua de todos como una comunión, ni el trabajo involuntario y esforzado gozaría eternamente del respeto de los sudorosos. Y ni siquiera los gitanos renunciarían a llamarse gitanos, a sentirse gitanos, a ser gitanos. La otredad es un animal testarudo. Un animal de rumia. Como el cante, señor; como el cante flamenco, majestad. Hay cantes que todavía parecen mostrar un cierto enojo. Las causas de ese enojo son desde luego muy antiguas, y son muy abundantes. Quizá una de esas causas, diseminada ya en la memoria colectiva de los gitanos (Caballero Bonald ha escrito: «El cantaor no inventa: recuerda»), naciera con la promulgación de una pragmática brutal, llamada «Reglas para contener y castigar la vagancia y otros excesos de los llamados gitanos» y firmada el 19 de septiembre de 1783 por su majestad el rey Carlos III. El cual, no obstante, no careció de elogios: el cardenal Lorenzana llamó a este rey «Monarca Santo» y sostuvo que «hasta los mismos sacerdotes y religiosos tendrían que aprender mucho de su heroica vida». Hay aciagos comentaristas que sugieren que el cardenal Lorenzana era un pelotillero. ■ **F. G.**

S. M. Carlos III, quien el día 19 de septiembre de 1783 promulgó la pragmática-sanción «Reglas para contener y castigar la vagancia y otros excesos de los llamados gitanos». El cardenal Lorenzana llegó a denominar a Carlos III «Monarca Santo» —y otros excesos.

El fascismo: Fascinación y terror

Para Mussolini, la masa obsesionada se convierte en testimonio y comprobación de su propia obsesión personal, que asume las más disparatadas formas de gigantismo físico.

Todas las ilustraciones que figuran en este artículo proceden de la importantísima parte gráfica de «Arte e ideología del fascismo», de Umberto Silva, cuyo editor español —Fernando Torres— ha autorizado gentilmente su reproducción en TIEMPO DE HISTORIA.

Eduardo Haro Ibars

PUEDE decirse que el fascismo está hoy de moda. Esto parece un enunciado algo frívolo para un problema grave, pero no es —por frívolo— menos cierto. Los mitos y ritos fascistas ejercen, sobre el hombre de los años setenta, una fascinación que oscila entre el terror y el arrobo: evidentemente, una visión del mundo que, como la fascista, se basa en el halago de mecanismos inconscientes primitivos, no pierde nunca su actualidad, y, bajo distintos nombres, está presente en toda la historia del pensamiento humano. Pero parece existir también otra razón para este resurgir cultural y anecdótico del fascismo: los diversos sistemas de poder ahora llamados tecnocráticos, tratan de enmascarar su verdadera esencia totalitaria —y, en cierto sentido, «fascista»— estableciendo un juego comparativo entre ellos y el «fascismo histórico», sea éste el nazismo de Hitler o el verdadero Fascismo italiano de Mussolini. Se les trata como fenómenos históricos, alejados en el tiempo, a los que se puede estudiar con frialdad y desapasionamiento, y se aleja así la atención de las constantes fascistas que perviven en nuestra sociedad actual; todo lo más, se habla del antiguo régimen portugués o del fenómeno chileno como representantes actuales de tal sistema político.

La imprenta fue uno de los instrumentos más explotados por el aparato ideológico del régimen fascista. He aquí un retrato de Mussolini compuesto con veintidós mil caracteres de plomo por un linotipista de la «Gazzetta del Popolo».

Dos libros recientemente publicados en España, plantean una nueva visión de lo que representó la experiencia fascista en Italia; se trata de «*Arte e Ideología del Fascismo*», de *Umberto Silva* (1), y de «*La Experiencia Fascista*», de *Edward R. Tannebaum* (2). El primero es un intento de crítica marxista del fenómeno fascista en Italia, escrito con apasionamiento y con cierto sentido del humor; va acompañado por una parte gráfica que recoge doscientos cuarenta y cuatro documentos fotográficos —carteles, posters, fotografías, cuadros, etc.— que son lo más sugestivo y pintoresco del libro. El segundo es un estudio que se pretende desapasionado y frío, y que enfoca el fenómeno fascista en su proyección cultural, económica y social, estudiando también las secuelas que han dejado cuarenta años de vida bajo el Fascio en la Italia actual. Ambos libros son muy interesantes por dos razones: en primer lugar, porque plantean el problema fascista en todas sus manifestaciones, sin limitarse a un simple análisis histórico-político y bélico; y, además, porque al estudiar el arte, el pensamiento y la cultura producidas durante el régimen fascista, o provocadas directamente por él, muestran también la pervivencia en nuestra cultura, en nuestro pensamiento, en nuestra producción creativa, de fenómenos peligrosamente cercanos a los esquemas fascistas.

LA «IDEOLOGIA» FASCISTA

Es difícil analizar la ideología fascista, porque ésta no ha tenido nunca verdadera existencia como tal: sus teóricos (el filósofo italiano Gentile, el alemán Rosemberg, o incluso los mismos Hitler y Mussolini) se caracterizan principalmente por expresar un pensamiento confuso y desordenado, carente por completo de seriedad analítica; sus antepasados históricos se encuentran, generalmente, en teóricos de la violencia como Nietzsche y Georges Sorel; sin embargo, los teóricos fascistas desvirtúan el verdadero pensamiento de sus supuestos predecesores. En realidad, el pensamiento de la ultraderecha —llámese fascista o nazi; también era de ultraderecha don Marcelino Menéndez y Pelayo— es una visión pre-lógica del mundo. La ultraderecha es «cavernícola» —término éste empleado en la España anterior a la guerra—, y esto no es solamente una graciosa metáfora: se trata, en realidad, de una concepción del mundo, del hombre y de la sociedad, que era vigente y tenía su razón de ser en los tiempos prehistóricos, cuando la forma de sociedad humana era la Tribu. Los primeros líderes fascistas de los que queda constancia histórica son los «Jueces» de la Biblia: caudillos que toman el poder en una situación difícil y toman bajo su mando a las doce tribus que componían Israel, para sacarles del apuro con soluciones militares. El ensalzamiento de la virilidad —equivalente de fuerza, de energía—; el nacionalismo a ultranza, que enmascara la necesidad biológica de defender el territorio de caza del animal humano, y que se prolonga en el imperialismo expansionista; la relegación de la mujer a un papel de Guardiana del Hogar, Procreadora y Educadora —papel éste que la convierte en el primer instrumento de propaganda, de transmisión a una generación nueva de los valores de la anterior—; la alianza con el Poder religioso, como en el Fascismo Italiano, o su suplantación mágica en el caso del Nazismo; la centralización de la autoridad en un Jefe carismático, claro trasunto del patriarca tribal... Todo esto configura una forma de en-

(1) *Arte e Ideología del Fascismo*, de Umberto Silva. Fernando Torres, Editor.

(2) *La Experiencia Fascista*, de Edward R. Tannebaum. Alianza Universidad.

En función de su papel de educadora y guardiana del hogar, la mujer es convertida por el sexismo fascista en su primer medio de propaganda.

La anulación de todo individualismo se consigue incluso a través del vestuario. Las masas se ven uniformadas, y la camisa negra fascista se convierte en prenda obligatoria. Camisa negra —según Depero— «a prueba superquímica y superguerrera, elástica en casa, rígida en la ceremonia, imperforable por la metralla, cosida con puñales, abotonada con clavos...».

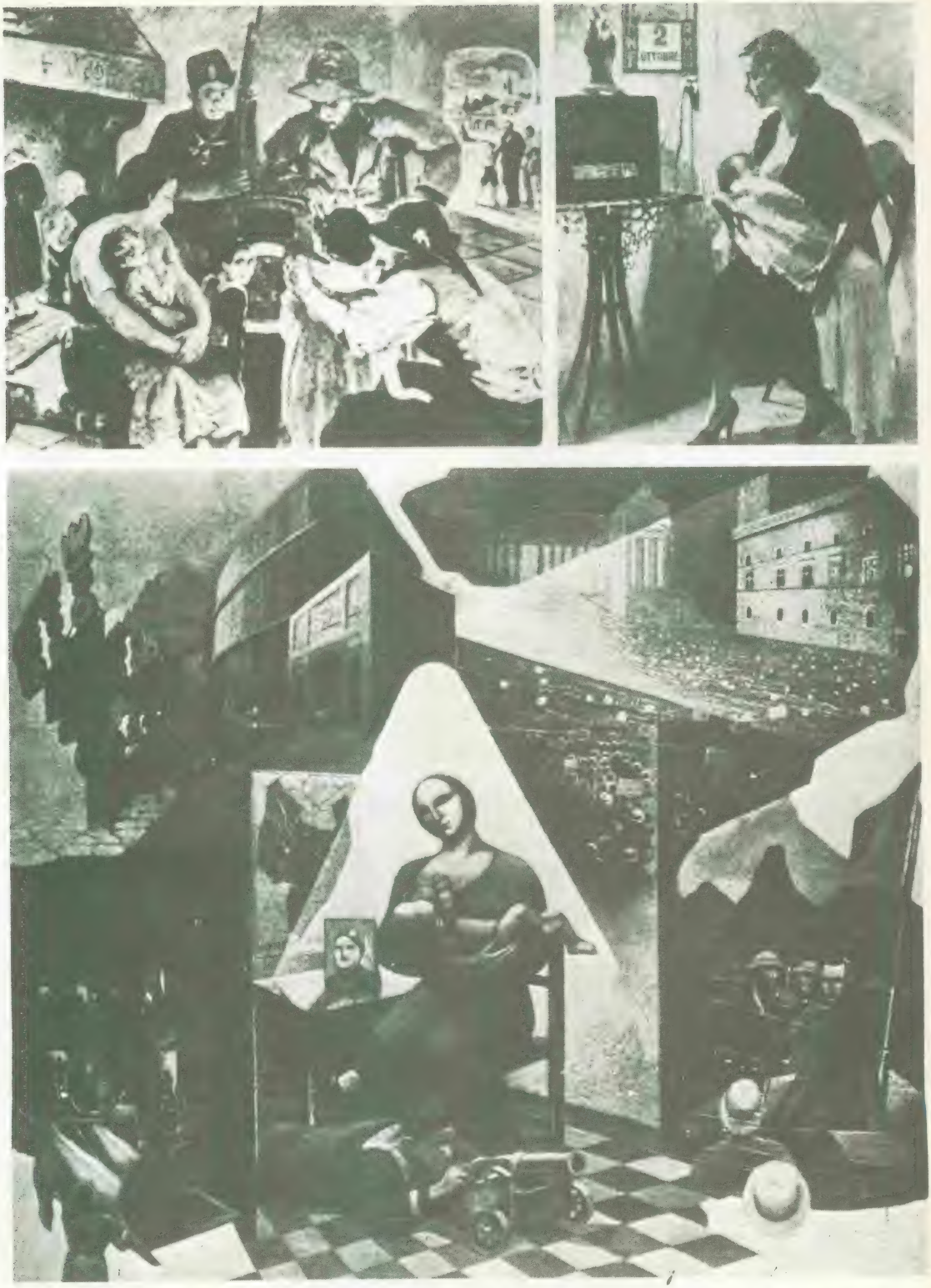
frentarse con la realidad totalmente primitiva, cuyos modelos —por paradoja, dado el antisemitismo de los fascismos modernos— se inspiran en las estructuras sociopolíticas del Primer Pueblo Elegido, de Israel.

El pensamiento fascista está marcado también por un síndrome paranoico muy evidente: la manía persecutoria, unida a una feroz megalomanía: el fascista se siente perseguido, acosado por todas partes: el Extranjero, el Otro, es siempre un enemigo en potencia —de ahí el odio-temor por el judío, el Extranjero

Técnicas de dominio conceptual: Mussolini se convierte en primer actor de una ópera compuesta y orquestada por él mismo. Sus actuaciones en público se basan, ante todo, en una continua enfatización del gesto.

por excelencia—; por otra parte, se siente miembro de una Raza Superior, de una Nación Escogida. La unidad con otros miembros de su grupo —primero el Partido, luego la Nación Fascista toda— le proporciona la necesaria seguridad, disuelve los tremendos temores que, como individuo aislado, le produce el mundo exterior. Los símbolos fascistas expresan, todos, esa necesidad absoluta de unión con los otros, de disolución del individuo en un conjunto colectivo: el Fascio, conjunto de varas apretadas y unidas estrechamente unas a otras, o el Yugo y las Flechas. El uso de uniformes, el trato de «camarada» —en Italia se llegó, incluso, a la abolición oficial del «usted», para minimizar en lo posible cualquier diferencia entre individuos—, las ceremonias públicas, ordenadas y orquestadas como orfeones corales; todo ello expresa la necesidad de una unidad monolítica: de ahí que toda desviación, toda excepción a la regla —salvo la del «Jefe», que está por encima de cualquier regla— sea considerada con desconfianza, como un signo de traición. Los Estados fascistas han sido los que con más dureza han tratado a sus minorías, ya sean éstas étnicas, culturales, regionales o eróticas.

Todo este aparato místico-enfermizo —Silva, en su libro antes citado, habla del fascismo como de una manifestación de la «libido» colectiva «enferma»— no necesita de una ideología consistente; ésta podría incluso resultarle nociva. Todo lo más, se escuda el fascismo en un programa de acción inmediata, plasmado en prontaurios: los veintinueve puntos del partido Nacional-socialista, los veinticinco puntos de la Falange de José Antonio, etc. Cuando existe un libro —como, por ejemplo, «Mi Lucha», de Hitler—, éste no pasa de ser un conjunto de tópicos e ideas recibidas, expresadas con grandilocuencia. Lo que es absolutamente necesario, para la propagación del mensaje fascista, es un aparato teatral y un lenguaje grandilocuentes que den lustre y esplendor a los atavismos más primitivos disfrazados de pensamiento. Por otra parte, es comprensible que pueblos en crisis— como fue la Italia de 1924, o la Alemania de 1930— se dejen llevar por un programa político tan sencillo, de bases populistas y demagógicas, que toca además centros de un comportamiento instintivo latentes en todo ser humano.



Exaltación de la radio, a través de tres cuadros del premio Cremona de 1936 cuyo tema obligado era «Escuchando un discurso del Duce por la radio». Magia tecnológica, posibilidad de acceso a todos los lugares y simultaneidad de recepción, unidas a fines propagandísticos.

Con el «Referendum popular» se legitima la unión coactiva: el Duce abarca a todos, encarnando sus aspiraciones, en el tránsito del régimen de representación al de identidad.

FASCISMO Y PROPAGANDA

«La mayoría de las dictaduras modernas utilizan diversas formas de la cultura de masas para crear la imagen de que la vida en su país es normal y de que sus ciudadanos son todos honrados y patriotas.» (E. R. Tannebaum: «La Experiencia Fascista».)

Si bien no fueron el fascismo ni el nazismo quienes inventaron la propaganda, ni los primeros en utilizarla para implantar y mantener su régimen —los autos de fe ya eran maniobras propagandísticas en la España de los Reyes Católicos—, sí es cierto que ellos fueron los que la utilizaron mejor y con medios más modernos. Puede decirse, incluso, que Joseph Goebbels, el Ministro de Propaganda nazi, inventó y desarrolló los principios de la publicidad moderna, del marketing. Los regímenes fascistas son, a la vez, policíacos y propagandísticos, de persuasión y de opresión, y el mismo Hitler, en «Mi Lucha», da sabios consejos sobre cómo utilizar ambos métodos de la forma más adecuada: para él, la masa es «femenina», lo que en su lenguaje significa algo muy parecido a «imbécil», y ha de ser tratada de una forma agresiva y tierna a la vez, apelando a los mecanismos más sencillos de su mente colectiva. El régimen fascista italiano, y el nazi, fueron los reinos del periodismo, del cartel y de la radio. La televisión no se había divulgado todavía, pero su potencia mágica se encontraba ya en la radio: este aparato unía, a la misteriosa seducción de lo nuevo, la capacidad práctica de transmitir mensajes hablados a grandes distancias y a la mayor cantidad de personas posible; moderno sustituto del tamtam, tenía sobre éste la virtud de que no sólo transmitía los mensajes del Poder, sino también la voz carismática del Jefe, cargada de fuerza emotiva. Hitler la utilizó ampliamente: su fuerza expresiva se basaba sobre todo en la entonación, más que en el gesto, en la voz, más que en el movimiento; Mussolini, más teatral, despreciaba un poco este medio de comunicación, y prefería el discurso en persona, dado desde un balcón, donde podía exhibir sus capacidades histriónicas. Sin embargo, otros jerarcas fascistas supieron comprender la utilidad de la radio, y la utilizaron no solamente para transmitir sus mensajes personales, sino también para bombardear continuamente a la población con consignas, himnos y espacios dramáticos cargados de propaganda fascista. Si bien los medios rurales de Italia —en especial el Sur, la zona pobre italiana— fueron un poco desdeñados por la propaganda fascista, en cada pueblo y aldea se formaron radioclubs —similares en su estructura a los «teleclubs» españoles— para escuchar y comentar los programas de radio. En 1935, había en Italia más de un millón de aparatos de radio, que difundían los mensajes fascistas.

La Prensa, por su parte, había sido lo primero en pasar al control del régimen fascista. El propio Mussolini había sido periodista, y conocía la enorme importancia de este medio de comunicación: tanto los periódicos, como la radio y el cine, se esforzaban por dar una imagen de absoluta normalidad en el desarrollo del país: las noticias nacionales eran de calma, paz y tranquilidad, y el famoso cine «de teléfonos blancos» inspirado en las opulentas comedias americanas, mostraba una Italia de prosperidad y lujo totalmente alejada de la realidad. Ni siquiera la guerra de Abisinia, sangrienta y dura, casi tanto como la de Vietnam, traspasó la pantalla propagandística que envolvía las vidas de los italianos; utilizando un sistema del que luego se apropiaron las naciones neo-colonialistas, el aparato propagandístico del régimen la presentó como una guerra de liberación de un pueblo oprimido —el pueblo abisinio—, a la vez que, contradictoriamente, se le daba también el as-

pecto de lucha contra una raza salvaje —el mismo pueblo abisinio—.

LA DESHUMANIZACION DEL ARTE

Es en el campo artístico donde se encuentran mayores diferencias entre nazismo y fascismo: la vida artística en la Alemania nazi se caracteriza por una total pobreza y falta de originalidad; la élite artística es anti-nazi y, o bien se exilia, o bien es expulsada o acallada: Brecht, Thomas Mann, Schöenberg, huyen al extranjero; Stefan Zweig, se suicida. La novela, la pintura y el teatro, se ven encerrados en cauces academicistas, fríos y pacatos, dominados por los gustos pomposos de Hitler, que se pretendía artista.

En Italia ocurre todo lo contrario: recordemos que el primer fascista, camarada y rival de Mussolini, es el poeta Gabriele d'Annunzio; este pone su talento no pequeño al servicio de la causa fascista: su poesía es, desde luego, rimbombante, pero no inferior a la de un Rubén Darío, por ejemplo. Por otra parte, están los futuristas: Marinetti, Carlo Carrà, y el mismo De Chirico —que, si bien no fue futurista, hizo una pintura completamente imbuida del «espíritu moderno» de principios de siglo— abrazan la causa fascista: Marinetti, confundiendo la modernidad con la tecnología, el dinamismo con la violencia de los escuadristas, y la voluntad de poder nietzscheana con al arribismo de Mussolini, se convierte en el poeta oficial de los primeros tiempos del Régimen. El mismo surrealismo, movimiento revolucionario donde los hava, se convierte en Italia en fascista. Silva, en «Arte e Ideología del Fascismo», da esta cita del crítico fascista Botai: «La crítica, comenzando por la extranjera, ha advertido el carácter ético de la diferencia entre el surrealismo francés y el surrealismo italiano (...). En el uno (se refiere, en concreto, a Salvador Dalí), el subconsciente impuro, al aflorar, aspira a una póstuma autorización de la consciencia; en los otros, es una desesperada voluntad por encontrar la nada en una socrática supervivencia del alma...». El surrealismo «metafísico» de Chirico es utilizado por el fascismo en sus carteles de propaganda, e incluso en sus monumentos arquitectónicos.

Algunos componentes fundamentales de la poética metafísica (mediterraneísmo, clasicismo, gusto escenográfico y arquitectónico) serán reconsiderados por la mística fascista, que en los «esplendorosos Años Treinta» realizará espectaculares vulgarizaciones. (En el grabado, «Piazza d'Italia», de Giorgio De Chirico (1912).)

La arquitectura, por su parte, vive también bajo la impronta del fascismo: edificios masivos e inmensos, destinados a estadios y fábricas, de líneas funcionales y rígidas en las que a veces se inserta, glorificada, la máscara del Duce.

El teatro de Pirandello o de Bontempelli, la poesía hermética de Eugenio Montale o de Ungaretti, e incluso la novelística zafia de un Curzio Malaparte, dan fe viviente —al igual que las obras de los futuristas— del estado de ánimo de los italianos bajo el régimen fascista: el arte se deshumaniza, porque responde a una realidad inhumana: los personajes de Pirandello van en busca de un autor, porque no encuentran sentido a la realidad de su drama. Bontempelli pone en escena a seres mecanizados, como los maniquíes que transitan, solitarios, por las inmensas plazas de luz y sombra de Georgio de Chirico; y aquellos que quieren expresar un sentimiento tienen que hacerlo, como Montale, bajo una capa de hermetismo y

ocultación. La exaltación de la máquina por los futuristas, es una exaltación de la muerte: el Estado fascista es la institucionalización de un mundo muerto, mecánico, donde la vida ya no es tal. El grito «Viva la Muerte» es fascista por excelencia. La muerte, por su parte —simbolizada por la calavera o el puñal—, se ve plasmada en carteles que, a millares, cubren las calles de las poblaciones italianas. El desprecio al hecho de morir es considerado como un valor positivo, pues todo hombre es soldado y debe estar dispuesto a dar su vida por la Patria. Pero el desprecio-amor a la Muerte no debe ser visto tan sólo como un valor castrense: forma parte integrante del pensamiento fascista, y es el factor más inquietante de éste: hay, en todo fascismo, un componente de nihilismo que está muy claro, por ejemplo, en el arte futurista: ensalza éste la velocidad, la dinámica, la explosión, como formas de acabar con todo y de acabar pronto. Por otra parte, su opuesto, el arte académico neoclásico, fija el gesto en una actitud de muerte, de estatua de cera.

EROS Y PRIAPO

«Eros y Priapo» es el título de una obra de Carlo Levi, en la que intenta explicar por el erotismo el éxito de Mussolini. Volviendo a la teoría de la «libido enferma», de Umberto Silva, vemos cómo Mussolini —y, de hecho, todos los líderes fascistas—, se aprovechan de un momento de «neurosis de masas» para tomar el poder. Para ello utilizan, junto con otros mecanismos, un elemento exhibicionista puramente erótico. El fascismo es una «falocracia» en el sentido más amplio de la palabra. En el caso de Mussolini, éste alcanza ya proporciones de verdadera histeria: mientras que los demás jefes fascistas ocultan su sexualidad

El Duce utilizaba sus atributos viriles como instrumento de propaganda, en un alarde de exhibicionismo machista. Y cuando —como en este caso— hablaba a los campesinos, su tono era «rudo y directo», sin términos medios ni matizaciones.

Vitalidad y fecundidad de los órganos viriles en un bastón más fálico que nunca, cuya potente erección rompe el frenillo y genera un «ciclista de avanzada». El fascismo es una «falocracia» en el sentido más amplio de la palabra.

y su vida privada toda para preservar tras un velo de misterio sus cualidades carismáticas, Mussolini hace alarde de sus conquistas femeninas, y se muestra públicamente con sus amantes. Tiene fotografías que le muestran bajo el aspecto de «sembrador», esparciendo la simiente en el campo; y sus mismas actuaciones en público son un conjunto de actitudes chulescas de verdadero seductor. Por otra parte, el símbolo fálico aparece por doquier, en carteles y en monumentos estatuarios: desde el «manganello», el garrote —falo agresivo— de los escuadristas, hasta las columnas romanas y las altas chimeneas de las fábricas. En su calidad de propagandista populista, juega así Mussolini con una característica particular de los países mediterráneos, la obsesión sexual producida por una represión: en efecto, el sexo en sus manifestaciones normales continúa siendo reprimido y considerado «impuro»; de ese modo se consigue dotar de más efectividad a las imágenes exhibicionistas, aumentar el papel de mirón del pueblo. El falo, el símbolo de la virilidad, es utilizado como un instrumento de persuasión, de adoración y de castigo. Eros es asesinado, pero Priapo triunfa.

CONCLUSION

El fascismo, tanto en su forma histórica como en la actual, es una enfermedad de la sociedad, eso está claro: como el cáncer, proviene de una suerte de enloquecimiento del organismo, que comienza a reproducir de forma inútil y perniciosa una serie de células incontroladas. Como tal enfermedad, puede advertirse por sus síntomas; y los más claros se encuentran en el arte y en la cultura. Los regímenes que actualmente dominan Europa y América se declaran abiertamente anti-fascistas, y aducen como prueba que son precisamente ellos quienes lucharon, en la última guerra mundial contra el fascismo, y quienes lo vencieron. Esto no pasa de ser un sofisma: la Guerra Mundial no terminó con la derrota y aniquilación del fascismo y del nazismo, sino con la victoria de determinados países sobre otros; no fue, en absoluto, una guerra ideológica —como bien vio Stalin, que quiso apartarse de ella—, sino una lucha por el poder y la hegemonía en Europa. En la actualidad, y bajo un disfraz democrático, siguen imperando en el mundo las mismas estructuras capitalistas que dieron origen a los movimientos totalitarios. Un análisis de las formas de cultura y propaganda contemporáneas, comparándolas con las existentes en el período nazi-fascista, sería muy esclarecedor. ■ **E. H. I.**

Mussolini, sembrador, fecundador y padre de la Patria, esposo de la Tierra y jefe de la Tribu dotado de poderes mágicos y rituales. Este cartel muestra un aspecto más del «erotismo» fascista, correlato de la «libido colectiva enferma» que genera tal ideología.

El caso "Cicerón"

Eliaza Bazna, alias «Diello», «Peter» y «Cicerón». Bajo este último sobrenombre, facilitaría importantes documentos al Servicio Secreto nazi, durante su permanencia como mayordomo en la embajada británica de Ankara.

Fernando P. de Cambra

Conocí al señor Eliaza Bazna en Istambul
durante la primavera de 1957.
Un amigo común facilitó la entrevista.
Bazna poseía un pequeño negocio de importación-exportación,
con oficina modestísima
al otro lado del Puente de Galata
y cerca del Gran Bazar.
Diez años después, volvimos a encontrarnos.
casualmente y en Munich de Baviera.
Valga añadir ipso facto que
el señor Eliaza Bazna fue ni más ni menos
que el archifamoso «espía Cicerón»,
mitificado por la literatura, el cine y múltiples comentarios.
En realidad un «artesano» del espionaje,
que trabajaba «a destajo».
Como quien dice, «a tanto la pieza».
Ninguna semejanza con los «agentes secretos de cine y novela.
Demuestra, una vez más,
la distancia que media entre lo pintado y lo vivo...
De sus confidencias expurgadas
(el «ego» suele exagerar a beneficio de inventario),
cotejadas con las memorias de Moyzisch,
extraigo las páginas que vienen a continuación.

ELIAZA Bazna. Hijo de Yafiz Yasar. Natural de Pristina (Serbia), donde llegó al mundo el 28 de julio de 1904. Nacionalidad turca; los Balcanes aún no habían sido «balcanizados» y formaban parte del Imperio Otomano.

Llegó la «balcanización» antes citada. Expulsado el turco, surgieron nuevos estados: Serbia, Montenegro, Albania, Bulgaria, Grecia... Se inició una persecución religiosa a contramarcha: cristianos contra los mahometanos. La familia de Yafiz Yasar emigró hacia su país de origen, para establecerse en Constantinopla que todavía no figuraba en los atlas geográficos como Istambul. El padre no halló otra ocupación que «guardacaza» o, mejor expresado, «ojeador» en unos cotos de Anatolia. Donde fue muerto de un disparo por cierto cazador británico que le confundió con un jabalí. Error que serviría de razonamiento a Bazna, el «ex-Cicerón», para justificarse: «Odiaba a los ingleses por el asesinato de mi padre... Entregué aquellos documentos a los germanos, para vengar su memoria», dijo. La venganza más fructífera del mundo; le proporcionó cuatrocientas mil libras esterlinas.

Juventud laboriosa la del joven Bazna. Desempeñó múltiples oficios: «groom», recadero, criado, intermediario, guía de turistas que buscaban «emociones orientales», camarero, ayuda de cámara... Podía expresarse en seis idiomas: serbio, croata, turco, griego, francés e inglés. Incluso chapurreaba el alemán; lo bastante para comprender y hacerse entender. En sus empleos demostró natural predilección por las embajadas; pagaban mejor. Sucesivamente fue «kavass», es decir criado, en las de Yugoslavia y Suiza. Después entró al servicio del Agregado Militar de Estados Unidos, coronel Class. Y del germano Albert Jenke que, bajo cobertura de hombre de negociosn fse también Secretario de la Embajada del Tercer Reich.

UN EMPLEO EN LA EMBAJADA BRITANICA

5 de agosto de 1943. Eliaza Bazna, viudo y con cuatro hijos menores, se hallaba sin empleo. El coronel americano Class le había despedido a causa de cierta señora no menos norteamericana que, a falta del consabido «latin lover», mantuvo brevísimo «affair» con el criado oriental. Nuestro hombre pretendía nuevo empleo. Con toda urgencia; ni siquiera tenía los «kurus» para adquirir el periódico. Frente a la Asamblea Nacional se eleva el Hotel Ankara Palace. En el salón de lectura, hojeó los anuncios económicos con oferta de empleo; la Embajada Británica buscaba un «mayordomo-conductor de automóvil, de nacionalidad turca, informes buenos y conocimientos del idioma inglés».

«Decidí presentarme. En realidad yo no sabía conducir; nunca había tenido ocasión de manejar automóviles», contó «Cicerón» durante nuestro almuerzo en el «Liman Lokantesi» de Istambul.

La Embajada de Gran Bretaña se hallaba ubicada en la colina Conkaya del extrarradio de Ankara. Un palacete rodeado por jardín. Donde, por cierto, todavía permanece. Eliaza Bazna corrió hacia aquel lugar. Le recibió Mr. Douglas Busk, primer Secretario del embajador. «Me causó excelente impresión», comentaría años después cuando surgió públicamente el «Affaire Cicerón». Se expresaba correctamente, hablaba varios idiomas y exhibió buenos certificados de los embajadores yugoslavo y norteamericano. Este último rubricado por el agregado militar, coronel Class. «Y como precisamente aquella mismísima mañana habíamos despedido al ayuda de cámara del embajador, sir Hugh Knatchbull-

El caso del espía «Cicerón» ha sido abordado, tanto por la literatura, como por el cine. Una famosa película, dirigida por Mankiewicz y protagonizada por James Mason (de la que vemos aquí un fotograma), dio abundante popularidad al tema.

Hugenssen, juzgué que el recién llegado podía sustituirle. Incluso el embajador me felicitó semanas después por aquella elección». Bazna se guardó muy bien de mencionar su empleo anterior en casa del industrial Albert Jenke. Entre otras razones porque éste, casado con una hermana de Von Ribbentrop desde el principio de la guerra, era—como queda dicho— primer Secretario de la Embajada alemana.

AQUELLA NOCHE DEL 26 DE OCTUBRE

Eliaza Bazna había ingresado al servicio del embajador de Su Graciosa Majestad Británica el 6 de Agosto de 1943. Dos meses y veinte días después exactamente, se iniciaba el «caso Cicerón». Véase cómo lo relata Ludwig C. Moyzisch, quien figuraba como Agregado Comercial de la Embajada alemana (en realidad era coronel de las S. S. y destacado en Turquía por el Servicio de Información de las S. S. dirigido por Walter Schellemberg, que recibía órdenes directas de Kaltenbrunner, en competencia con el «Abwehr» del Almirante Canaris):

«Aquella noche del 26 de octubre de 1943, el primer Secretario Jenke me comunicó por teléfono: «Ayer noche recibí la visita de un sujeto que años atrás estuvo a mi servicio. Entonces se hacía llamar «Diello»; ahora afirma que su nombre es «Peter». Pretende vendernos documentos de gran interés para Alemania. Me parece interesante. Esta noche ha vuelto y espera en el salón. Conviene que venga rápidamente.»

Echando maldiciones por lo bajo, pues debía asistir a una cena oficial, Moyzisch partió raudo hacia el domicilio de Jenke. Convencido de que era perder el tiempo; cada día se presentaban individuos pretendiendo vender secretos inexistentes.

«En el saloncito esperaba aquel individuo. Arrellanado en un sillón y fumando muy nervioso. Jenke se había esfumado; la prudencia más elemental aconsejaba no comprometer su estatuto diplomático en asuntos que olieran a espionaje. Apenas entré, aquel individuo que había dicho llamarse «Diello» y «Peter» sucesivamente, se incorporó y, tras aplastar la colilla en el cenicero, dijo sin más preámbulos:

«Tengo algo muy importante para ustedes. Quiero venderlo. Pero contra dinero, dinero y más dinero. ¿Desea saber quién soy? El ayuda de cámara privado del embajador de Gran Bretaña. Ahora bien, escuche mis condiciones. Yo le entregaré un carrete de película fotográfica de documentos muy secretos. Usted me pagará veinte mil libras esterlinas en billetes de banco. Los demás carretes a razón de catorce mil libras. No estoy dispuesto a discutir mis condiciones; son a tomar o dejar. Si está conforme, nos encontraremos mañana por la noche para la primera entrega.»

Moyzisch solicitó cuatro días de plazo. «Para recibir el dinero; no poseemos esa cantidad en billetes del Banco de Inglaterra. Tampoco puedo procurármela en Ankara sin despertar sospechas», objetó. En realidad deseaba autorización de sus jefes.

Aquella misma mañana del 27 de octubre partió de Ankara un correo diplomático. Destino: Berlín. Regresó cuarenta y ocho horas después, con las autorizaciones necesarias de Schellemberg y Kaltenbrunner, así como cincuenta mil libras esterlinas en billetes del Banco de Inglaterra.

En este Boulevard Atatürk de Ankara, se hallaba situada la embajada alemana ante el Gobierno turco. Fue allí donde «Cicerón» presentaría los primeros documentos a su enlace, Ludwig C. Moyzisch, del Servicio de Información de las S. S.

VEINTE MIL LIBRAS ESTERLINAS AUTENTICAS

Durante la noche de aquel mismo 30 de octubre de 1943, Ludwig C. Moyzisch recogió en su automóvil al presunto «Peter», conduciéndole hasta el edificio de la Embajada de Alemania, sito en el Boulevard Atatürk. Una vez en su oficina, abrió la caja fuerte, extrajo un fajo de billetes y ante su acompañante contó la suma: 20.000 libras. «Peter» le entregó entonces un carrete de película de 35 milímetros.

—Un momento —dijo el ale-

mán, volviendo a encerrar los billetes de banco en su caja fuerte—, antes comprobaré si su entrega vale tanto dinero.

—Me parece justo —respondió el otro sin inmutarse—. En seguida tomó asiento en uno de los sillones, encendiendo un pitillo mientras Moyzisch pasaba a la habitación cercana, que tenía habilitada para laboratorio fotográfico. Trabajaba con una «Rondinette», que permiten revelar y fijar los negativos sin encerrarse en cámaras oscuras.

«Cuando examiné los negativos, quedé asombrado: aquellas fotos valían tres veces la cantidad concertada», declaró Moyzisch años después. En cabecera de todas las páginas podía leerse: «Most Secret. From Foreing Office to British Embassy». Allí estaba consignada la lista completa del material de guerra entregado por Estados Unidos a la Unión Soviética durante los años 1942 y 1943. Un informe detallado sobre las conversaciones mantenidas en Moscú por Cordell Hull, Eden y Molotov durante aquel mismísimo mes de octubre. Instrucciones del Foreing Office, dictadas por el propio Anthony Eden al embajador, sobre las conversaciones a mantener con el ministro de Asuntos Exteriores turco, Numan Mennensoglú. Otro informe del embajador al Foreing Office, garantizando las buenas disposiciones de Turquía con respecto a Estados Unidos y Gran Bretaña, «siempre y cuando ambas potencias garantizasen sus fronteras contra las ambiciones soviéticas, una vez terminada la guerra con la derrota del Eje»... Y así, hasta treinta documentos reproducidos.

Franz von Papen era el embajador de Alemania en Turquía cuando surgió el caso «Cicerón». Juzgado —y absuelto— más tarde por el Tribunal de Núremberg, aparece en el centro de esta foto, al ser entonces puesto en libertad por los aliados.

LE LLAMAREMOS «CICERON»

Al día siguiente, 31 de octubre, Moyzisch, que había trabajado toda la noche en su laboratorio después de entregar las veinte mil libras a «Peter», mostró los positivos ampliados al embajador Franz von Papen. Este no salía de su sorpresa: «¡Increíble! ¡Fantástico! ¡Estos documentos valen para nosotros millones de veces su peso en oro!», exclamaba. «Hay algo más importante: demuestran la doblez turca. Ayer mantuve una entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores, Mennensoglú. Juró que Turquía mantendría una neutralidad amistosa con nosotros. Incluso evocaba la guerra de 1914-1918, cuando lucharon junto a Alemania. Pero ahora resulta que trata bajo mano con ingleses y americanos.»

—Conviene aplicar un nombre especial a este misterioso «Peter» —dijo Von Papen tras unos minutos de reflexión. Como parece tan elocuente, según los informes que suministra, le llamaremos «Cicerón».

Aquella misma noche, el neonato «Cicerón» (en realidad no conoció el sobrenombre que le habían adjudicado hasta la publicación del libro escrito por Moyzisch) entregaba dos carretes más de película, conteniendo cincuenta reproducciones. Entre otras, figuraba una lista de agentes secretos británicos que trabajaban en Turquía. Los nombres y direcciones de otros agentes soviéticos que actuaban a retaguardia de las líneas germanas en el frente de Rusia. Fechas de salida, compo-

sición y material transportado por tres convoyes que zarparían de Estados Unidos rumbo al puerto de Arkangella.

«OPERACION OVERLOD»

Durante tres meses y medio, «Cicerón» entregó a Moyzisch cuatrocientas fotografías de otros tantos documentos secretos, percibiendo cuatrocientas mil libras esterlinas en papel moneda. Veinte mil auténticas; el resto producto de una falsificación habilísima, ideada por Bormann y Kaltenbrunner para desmoronar la economía británica. Ahora bien, la falsedad de esos billetes no se descubrió hasta once años después, en 1954. Cuando Bazna dispuso de la totalidad para sus negocios.

El documento de máximo valor entregado por «Cicerón» fue la serie de negativos correspondientes al «Plan Overlod». Era el nombre elegido para titular el desembarco aliado en el continente, consecuencia de las resoluciones aprobadas en la conferencia tripartita de El Cairo (3 de noviembre de 1943) y la subsiguiente de Teherán el 2 de diciembre del propio año. En Berlín, tanto Von Ribbentrop como el mismísimo Kaltenbrunner deseaban conocer el significado exacto del vocablo «Overlod». Dirigieron sendos radiogramas en clave a Von Papen, apremiándole para que espolease a «Cicerón». Este correspondió entregando otro carrete en que figuraban, nada más y nada menos, que los detalles siguientes:

«Radiograma N.º 875 del embajador británico en Ankara para el Foreing Office: «Según informa el Ministro de Asuntos Exteriores de Turquía, Numan Mennensoglú, su Gobierno denunciará el pacto de neutralidad ruso-germánico en cuanto se inicien los desembarcos». Otro documento marcado «Most secret» con el N.º 1275 resumía el convenio definitivo firmado en Moscú por los embajadores norteamericano y británico con Molotov. Quedaba definitivamente desechado el desembarco en los Balcanes, propuesto y defendido por Winston Churchill en las conferencias de El Cairo y Teherán. Se aceptaba la imposición de Stalin apoyada por Roosevelt: «Desembarco en las costas de Francia».

A cambio de «Overlod en el Oeste de Europa», Stalin renunciaba «a sus pretensiones sobre Manchuria japonesa y Mongolia Interior, que serían entregadas a la China nacionalista de Tchang-Kai-Shek, a toda rectificación en la frontera turco-soviética que venía reclamando desde 1918, y a ocupar Finlandia».

«'CICERON' ES UN AGENTE BRITANICO»

Dos factores contribuyeron a que los informes facilitados por «Cicerón» no surtieran efecto cambiando el curso de la historia. De la historia, pero no de la guerra que ya estaba decidida. Normalmente se habría prolongado otro par de años.

En primer lugar, la incredulidad de Kaltenbrunner. «Toda esa información es muy importante y se obtiene con excesiva facilidad», mantuvo Kaltenbrunner, jefe supremo del R. S. H. A., por mediación de su acólito Schellemberg. Añadiendo: «Cicerón» es un agente británico. Los infor-

mes que nos entrega fueron confeccionados por el «Intelligence Service» para inducirnos a errores». «Investiguen a fondo antecedentes y vida actual de ese «Cicerón». Que escriba su «curriculum vitae». Y que firme recibos por las sumas percibidas». «Cicerón» rehusó.

Franz von Papen, embajador del Tercer Reich en Ankara, cometió otro error peor. Uno de los documentos entregados por «Cicerón» revelaba que Turquía concentraba fuerzas en la frontera de Tracia, amenazando el flanco germano de los Balcanes. Se entrevistó con el Ministro de Asuntos Exteriores turco, Numan Mennensoglú, para protestar contra «aquel acto inamistoso contrario al pacto». Mennensoglú negó en redondo. Von Papen insistió haciendo referencia a otras conversaciones secretas entre el ministro y el embajador británico.

Apenas ausentado el germano, Mennensoglú se puso al habla con sir Hugh Knatchbull-Hugenssen diciéndole: «En su embajada existen filtraciones. Actúan espías enemigos. Von Papen conoce demasiados asuntos secretos».

ANKARA, «RELAIS» ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Algunos se han preguntado por qué en la embajada británica de Ankara existían documentos de tanta importancia para las operaciones militares y la política del momento. Incluso se ha puesto en duda que «Cicerón» facilitase los planes de «Overlod». Negarlo implica un desconocimiento supino de la situación y del papel desempeñado por dicha Embajada.

Todas las comunicaciones entre Londres (que a su vez las recibía de Washington) y Moscú, todos los documentos y planes conjuntos del Cuartel General aliado en Gran Bretaña destinados a la URSS, pasaban por Turquía. Ankara fue un «relais» para las retransmisiones hacia y desde la Unión Soviética. En realidad era el único camino, más corto y absolutamente seguro, para los correos diplomáticos. Así pasaban todos los documentos entre las manos del embajador sir Hugh Knatchbull-Hugenssen, quien, minucioso (y algo descuidado como se podrá apreciar), conservaba copias.

Pero hay más. Desde la entrada en guerra de Estados Unidos tras el episodio de Pearl Harbour, el gobierno turco cada día tomaba más distancias del Tercer Reich: autorizó la instalación de tres equipos de radar que controlaban el tráfico aéreo. Las embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos poseían sendas emisoras-receptores radiotelegráficas. Tres divisiones escogidas del Ejército otomano tomaron posiciones en la frontera de Tracia. ¿Razones? Impedir que Hitler ordenase a las fuerzas germano-italianas concentradas en Grecia, apoyadas por rumanos y búlgaros, una ofensiva fulminante para instalarse en el Bósforo y los Dardanelos. Riesgo acrecentado después del feroz bombardeo aliado de Sofía (15 de enero de 1944), que oca-

Pese a la importancia de las informaciones suministradas por «Cicerón», Kaltenbrunner (jefe de los servicios de espionaje del Partido nazi) nunca llegó a confiar en ellas. Junto a su dura efigie marcada por las cicatrices, figura en esta doble imagen el momento en que es conducido al patíbulo para ser ahorcado, por decisión del Tribunal de Nüremberg.

Una vez terminada la II Guerra Mundial y tras ocultarse celosamente durante algunos años, «Cicerón» se dedicó a negocios de obras públicas y hostelería (época a la que pertenece esta foto, 1957). Le fue muy mal y murió prácticamente arruinado.

sionó cuatro mil muertos entre la población civil de la capital búlgara. Por cierto, que «Cicerón» había entregado a Moyzisch un negativo del documento en que Londres anunciaba esa y otras operaciones.

UN FOTOGRAFO AFICIONADO

«Nunca me importó la política ni me interesaron las operaciones militares», dijo Eliaza Bazna durante aquel nuestro almuerzo en el «Liman Lokantesi» de Istambul. «Pero siempre fui un fotógrafo aficionado bastante aceptable»...

«¿Leer los documentos que fotografiaba? ¡Jamás! Aparte de que poco hubiera comprendido, era demasiado arriesgado para perder mi tiempo en lecturas. Yo fotografiaba todos los documentos que llevaban las menciones «Most secret» y «Top secret». Una sola vez que prescindí de esas indicaciones, resultó que era una relación de los gastos personales del embajador.»

«¿Cuándo y cómo tuve idea de ese trabajo? El mismo día en que me contrataron al servicio del embajador. Cuando regresaba al edificio con mis efectos para tomar posesión de mi nuevo empleo, ví en el patio de la embajada el «Chevrolet» del primer Secretario. Sobre el asiento trasero, dos carteras llenas de documentos en que nadie reparaba. Entonces me dije que había llegado mi oportunidad.»

«El embajador era muy descuidado. Todas las noches transportaba a su habitación una cartera con documentos, los estudiaba y anotaba una vez acostado. Cuando por fin conciliaba el sueño, yo entraba en su alcoba, tomaba un fajo de papeles, los fotografiaba en mi habitación y los devolvía después a su sitio. Otra vez dejó olvidada su libreta de anotaciones sobre la mesita de noche. En ella figuraba la combinación de su caja fuerte particular. Aquello facilitó mi trabajo. Cuando salía hacia su despacho o asistía a cualquier recepción, yo abría la caja para hacer mi trabajo con toda tranquilidad.»

«¿Dónde y cómo efectuaba mi trabajo? En mi habitación situada en los sótanos de la embajada, como las de todo el servicio. Empleaba una «Leica», invertida con el objetivo hacia abajo, sobre un trípode telescópico y el papel a fotografiar alumbrado por una lámpara de cien bujías. También usé mi «Contax».

«Cicerón» omitía un «detalle»: mientras él fotografiaba, Esra Duriyé montaba guardia vigilante junto a la puerta. Esra Duriyé era cocinera de la Embajada, de 23 años, y nacionalidad turca. Y «amiga» (en el sentido más amplio del vocablo) de «Cicerón». Después contrajeron matrimonio. Ahora es su viuda.

LA ULTIMA ENTREVISTA

Aquella noche del 20 de marzo de 1944 , cuando ya se anunciaba la primavera en el inhóspito clima de Ankara y la meseta de Anatolia, «Cicerón» y Moyzisch se entrevistaron por última vez. En el «Mercedes» de este último. «Cicerón» estaba muy preocupado: «Debemos suspender provisionalmente nuestro trabajo; sospechan de todo el personal de la embajada. Han llegado agentes del I. S. enviados por Londres. Otra cosa, señor Moyzisch: su secretaria, Elizabeth Kapps, es de origen judío y trabaja al servicio de los ingleses. ¿Conoce mi verdadera identidad?».

—Tranquilícese —respondió Moyzisch—. Unicamente el embajador y yo la conocemos.

Ni siquiera fue comunicada a Berlín. Respecto a mi secretaria, lleva una semana sin aparecer; comunicó que estaba enferma.

—No volverá. Sabe que su juego ha sido descubierto. Los ingleses la pasaportaron a Istambul.

Se despidieron estrechándose la mano. Moyzisch, que estaba francamente alarmado por la confidencia acerca de su secretaria, escribió años después: «Me causó pésima impresión. Por primera vez intercambiábamos aquel saludo. Su mano era blanducha y escurridiza. No volvimos a vernos».

Moyzisch fue llamado por Schellemberg para responder ante dos acusaciones: haber contratado a Elizabeth Kapps y la ruptura con «Cicerón». Debió justificarse cargando todas las culpas sobre el embajador Von Papen. Quien, a su vez, fue requerido urgentemente por Von Ribbentrop. Le achacaron incompetencia. Entretanto, Moyzisch regresó a la capital de Turquía. Prestó un gran servicio a «Cicerón»: destruir todos los negativos y copias que había entregado. Después, se cumplió la «Operación Overlod». Tras el desembarco en Normandía, los gobernantes turcos declararon la guerra al Tercer Reich. Todos los germanos fueron recluidos en campos concentracionarios, Moyzisch incluido.

«ALEMANIA FEDERAL DEBE INDEMNIZARME»

«Cicerón» había muerto oficialmente; incinerado con los negativos destruidos por Moyzisch. Nadie molestó a Eliaza Bazna. Ni siquiera sospecharon sus relaciones con los germanos. Nunca abandonó Turquía ni viajó a Brasil, como pretende una secuencia final de la película de Mankiewicz, interpretada por James Mason. Conviene añadir que, si lo hubiera hecho, jamás habría llegado al otro lado del Atlántico. Todos los barcos mercantes neutrales debían navegar provistos de un «navicert» facilitado (o denegado) por Gran Bretaña. Por si fuera poco, en la ruta sudamericana eran conducidos a Puerto España, en la Isla de Trinidad, donde los británicos comprobaban hasta el último detalle sobre identidad y antecedentes de los pasajeros.

Nueva imagen del film de Joseph L. Mankiewicz «El espía «Cicerón» (titulado originalmente «Five fingers»). Tantó el cineasta como el actor James Mason —en el papel del espía— supieron captar con eficacia el ambiente de intriga, delaciones y lucha sorda en que este agente nazi se movió dentro de Ankara.

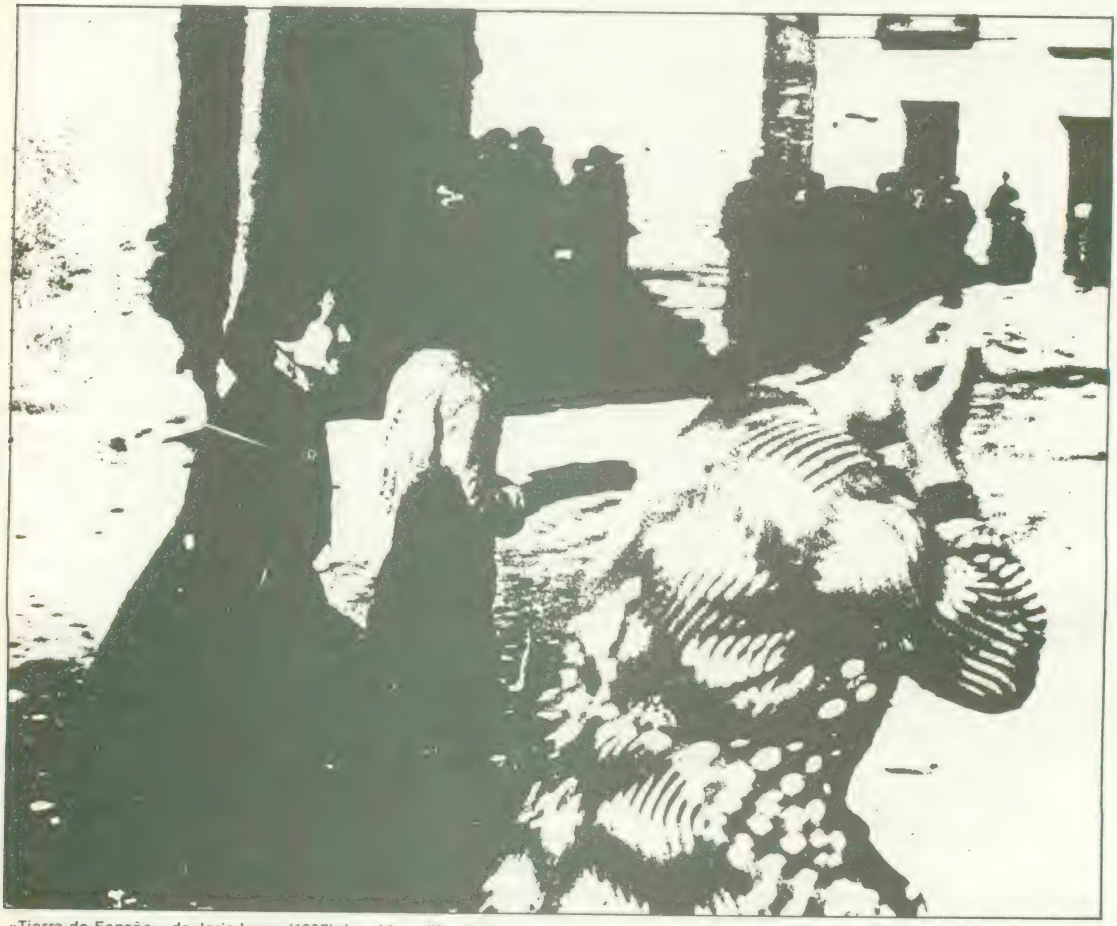
Eliaza Bazna y Esra Duriyé legalizaron su situación contrayendo matrimonio en junio de 1945. Después se trasladaron a Istambul. Su fortuna (teórica) era de 400.000 libras esterlinas. De las cuales habían convertido una parte mínima en brillantes y joyas. También cambiaron libras por valor de 20.000 dólares americanos. Al principio vivían con discreta sencillez. Tal vez Bazna se dejó ver excesivamente, frecuentando salas de fiestas y fotografiándose con su flamante frac. Después se lanzó a los negocios. Primero, contratista de obras públicas. No le fue bien. Después, inició la construcción de un hotel con 150 habitaciones. Para financiarlo echó mano de las libras esterlinas guardadas en una caja fuerte bancaria. Se descubrió la falsificación y quedó arruinado. Esto sucedió en 1952.

En 1965, el matrimonio Bazna se trasladó a Munich. Donde le encontré casualmente en el «hall» del «Jar Vieresxeiten». Sus finanzas estaban bajísimas. Hasta el punto de que subsistían con el salario de ella, que trabajaba como «enfermera auxiliar» en una clínica. «He presentado una reclamación oficial ante el Gobierno de Bonn», dijo como si fuera algo natural y lógico. «Yo presté mis servicios a un Gobierno alemán anterior. Me pagaron con billetes falsos. Fue una defraudación, con abuso de confianza y engaño. Por consiguiente, el Gobierno de Alemania Federal debe indemnizarme con una cantidad equivalente a la defraudada, más los intereses y aumento por devaluación en poder adquisitivo de la libra esterlina. Un abogado alemán lleva mis asuntos. Alemania Federal ha sentado un precedente con la indemnización a los judíos, yugoslavos, griegos y qué sé yo cuántos perjudicados más. ¿Por qué no a mí?»

Eliaza Bazna, antes llamado «Cicerón», no vio satisfechas sus aspiraciones. Falleció en Munich antes de que los actuales gobernantes germanos considerasen la petición: «Inaceptable» e «inmoral», dijeron. ■ **F. P. de C.**

"Tierra de España"

Ernest Hemingway y Joris Ivens



«Tierra de España», de Joris Ivens (1937), ha sido calificada como «la mejor película jamás realizada sobre la Guerra Civil española». Su reposición en París las pasadas Navidades constituyó un notable éxito.

He aquí el equipo de rodaje de «Tierra de España». Cuando Ivens y el operador John Ferno llegaron a Valencia, se dieron cuenta inmediatamente de que la única manera de conseguir algo válido era acudiendo al frente de batalla.

FICHA DE LA PELICULA

Idea, guión y realización: JORIS IVENS.

Fotografía: JORIS IVENS y JOHN FERNO.

Música: MARC BLITZSTEIN y VIRGIL THOMPSON, sobre piezas populares españolas.

Sonido: IRVING REISS.

Montaje: HELENE VAN DONGEN.

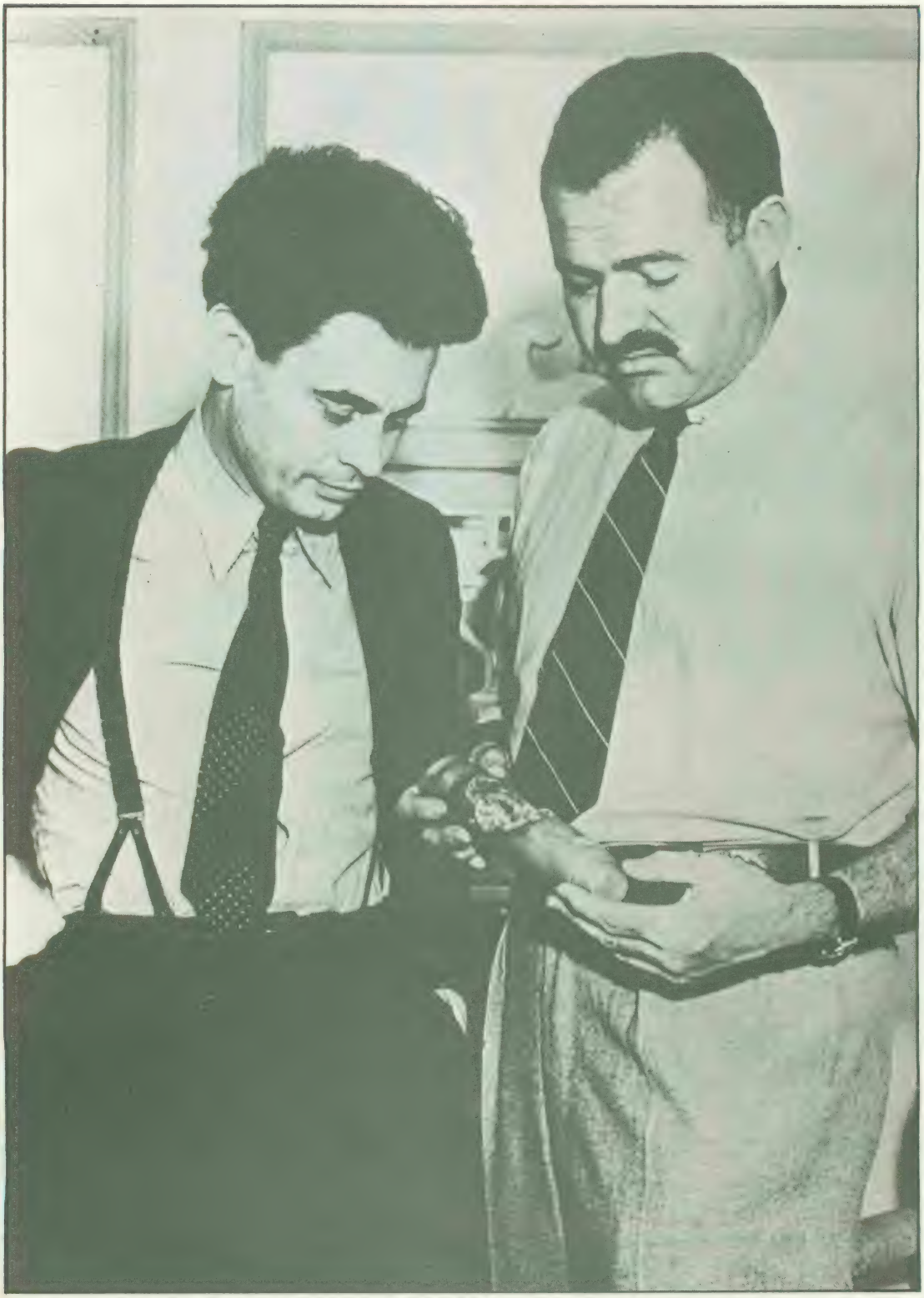
Comentario y voz (versión original inglesa): ERNEST HEMINGWAY; (versión francesa): JEAN RENOIR; (versión castellana): ARTURO PERUCHO, con adaptación musical de RODOLFO HALFFTER y CARLOS JIMENEZ.

Duración: 54 minutos.

Producción: Contemporary Historians Inc. para Prometheus Picture Company, New York (USA), 1937.

Lugares de rodaje: Madrid, Fuentidueña de Tajo y el frente del Jarama.

Fechas de estreno: Julio de 1937 (USA), 14 de abril de 1938 (Francia) y 23 de mayo de 1938 (España).



Ernest Hemingway y Joris Ivens, los artífices principales de «Tierra de España», contemplan una bomba de fabricación alemana. «La República no ganará si ustedes siguen permitiendo que los alemanes y los italianos la abatan», dijo Ivens a la esposa de Roosevelt.

Ivens encontró en John Ferno (a su lado) al colaborador que necesitaba para un trabajo de la dificultad y el riesgo que suponía la filmación de «Tierra de España». Ferno supo captar a la perfección la sequedad y dureza del paisaje castellano.

«TIERRA de España» (1937), cuyo guión completo, presentamos fue la primera película de tema bélico en la filmografía del documentalista holandés Joris Ivens. Quizá porque, según sus propias palabras, «fue la primera vez que vi soldados que sabían por qué luchaban» (1). No iba a ser, desde luego, la última. Más adelante vendrían «400 millones» (1939), sobre la guerra chino-japonesa, «Nuestro frente en Rusia» (1941), «Indonesia llama» (1946), el amplio ciclo dedicado a Vietnam (1965-1969) y tantas otras obras que lo han convertido en el cineasta más constante en su militancia en pro de las luchas de liberación en todo el mundo. Hasta llegar a «Tierra de España», la orientación ideológica, el método de trabajo y el estilo cinematográfico del «holandés errante» habían sufrido un largo proceso de evolución. Una evolución que partió del experimentalismo formalista de las primeras realizaciones («El puente», 1928 y «Lluvia», 1929) y se fue decantando poco a poco, en contacto con los problemas planteados por la estructura económica del capitalismo europeo («Construimos», 1930), con los conflictos sociales suscitados en ella («Zuyderzee», 1930-1934) y con la actitud combativa de la clase obrera («Borinage», 1933), hacia una lucidez política firmemente asumida y que va a convertirse en motor fundamental de toda su obra posterior.

La trágica nitidez de la guerra civil española contribuyó a propiciar en el autor una decisión definitiva: es necesario tomar partido. La cámara ha de entrar al servicio de una causa, pronunciándose contra otras. Es un instrumento más, aunque modesto y de eficacia relativa, en todo conflicto que oponga a unos hombres contra otros, a unas clases contra otras. Su función específica es comunicar, dar a conocer, despertar la conciencia (para provocar la acción) de todos en torno a un enfrentamiento determinado.

1. *R. Grelier:* Joris Ivens. *París, 1965, pág. 81.*

Para cumplir esa función, y tras un análisis político riguroso, el realizador tiene que acudir personalmente al lugar del conflicto, vivirlo desde dentro, situarse en una de las dos trincheras, captar las vivencias, los móviles de los combatientes, los acontecimientos de su vida cotidiana, rodar «in situ», recogiendo toda la fuerza expresiva de los hechos reales. Pero, al mismo tiempo, Ivens no rechaza tampoco la reconstrucción ex-profeso de algunos momentos concretos, con tal de que respondan igualmente a la realidad, y su calidad técnica no sea superior a la de los fragmentos «en vivo». Y, evitando la intransigencia de los puristas del «cine directo», llega a admitir incluso la posibilidad de crear un leve hilo argumental que dé cohesión al conjunto y lo haga inmediatamente asequible para las masas, que son su auténtico destinatario. A nivel teórico, esto significa asumir los postulados fundamentales de los otros dos grandes del cine documental, que fueron sus maestros: Dziga Vertov («tomar la vida de improviso») y Robert Flaherty (la «puesta en escena documental»), para sintetizarlos en una nueva concepción, la de lo que él mismo llama «documental organizado». Organizado sobre la base de un material rigurosamente histórico, de una historia en la que se quiere intervenir activamente, pero organizado también en función de un objetivo muy preciso, de carácter netamente político.

«¿Dónde queda entonces la objetividad?», se podrá argumentar, y de hecho se ha argumentado muchas veces, pretendiendo impugnar con ello la validez del método en cuestión. Pero Ivens es tajante también en este aspecto: «El documental, cuando uno lleva la cámara allí donde la gente está arriesgando su vida o su salario, no pueden ser lo que llaman «objetivo». Si un film es objetivo, no es nada... Reportaje objetivo es aquel en el que el cineasta *toma una posición...*» (2). O, con otras palabras: «¿Qué verdad? ¿Vista por quién? ¿Será toda la verdad, o sólo una parte? Y entonces, ¿qué parte? ¿Y al servicio de qué vamos a ponerla?» (3).

Estas concepciones cristalizan, en «Tierra de España», en una estructura tripartita perfectamente jerarquizada: el núcleo central lo constituye la guerra civil, el enfrentamiento bélico, representado por dos datos concretos: la defensa de Madrid (las operaciones de la Ciudad Universitaria, la resistencia organizada y la vida ciudadana bajo las bombas) y los combates en torno a la carretera de Valencia, que los militares sublevados quieren cortar para aislar así a la población de la capital. Pero, en vez de limitarse al reportaje convencional, en que las tomas de batalla obligan a desplazar toda la intencionalidad sobre el comentario sonoro, y aun concediéndole a éste una importancia decisiva, Ivens introduce un segundo elemento, paralelo, que es el que da a la película toda su fuerza expresiva: esa otra lucha que mantienen los habitantes de Fuentidueña de Tajo para regar las tierras resecas y asegurar el abastecimiento de víveres a los combatientes. El tercer elemento, el personaje de Julián, con sus tres brevísimas apariciones, sirve para hilvanar la narración, subrayando aún más esa vinculación total entre los dos «frentes». La conclusión es clara: es el

2. *J. F. Aranda:* Conversaciones con Joris Ivens. *«Cinema Universitario», n.º 11 (1960), pág. 17.*

3. *Carta de Ivens al periodista norteamericano J. T. MacManus, a propósito de «Tierra de España». Tomado de A. Zalzman:* Joris Ivens. *París, 1963, pág. 101.*

A través de los campos en que se desarrollaba la batalla del Jarama, Ivens y Hemingway son acompañados en estos dos momentos por los jefes de las Brigadas Internacionales Hans Dalile y Ludwig Renn.

mismo pueblo, un sólido pueblo, el que lucha contra la sublevación. La batalla por el pan es la batalla por la libertad, y a la inversa. Con las armas y con la azada, el pueblo lucha de modo unitario por defender la tierra de España.

Joris Ivens vino en 1937, como iría después a casi todos los puntos conflictivos del planeta, para ofrecer un testimonio vivo y directo de la lucha de unas gentes aferradas al suelo, a sus campos sin regar, a sus ciudades devastadas por un enemigo técnicamente superior.

Por todo ello, «Tierra de España», aun derrotada por una historia que todos conocemos, y junto a las emociones que pueda despertar hoy en nosotros, sigue siendo un hito ineludible en la historia del cine militante, del cine que, lejos de avergonzarse de ello, sabe muy bien que la única dignidad consiste en ponerse al servicio de una causa. De la causa heroica de un pueblo en armas. ■ **JUAN ANTONIO PEREZ MILLAN** *.

* Juan Antonio Pérez Millán es el autor del prólogo al único libro que —*conteniendo un guión de Joris Ivens*— se ha publicado hasta el momento en España: «Paralelo 17. La guerra del pueblo» (Ediciones Sígueme. Salamanca, 1975).

Joris Ivens vino a España en 1937, como iría después a casi todos los puntos conflictivos del planeta, para ofrecer un testimonio vivo y directo de la lucha de unas gentes por conservar su libertad y sus derechos. (La foto de F. Marull muestra a Ivens con sus actuales 77 años.)

Joris Ivens: Así nació "Tierra de España"

(Un texto especialmente escrito para TIEMPO DE HISTORIA)

EL guión de «Tierra de España» que van ustedes a leer fue escrito por Ernest Hemingway (el comentario de la voz, en «off») y por mí. La película era una producción de una Asociación de intelectuales americanos —«Contemporary Historians»—, en la que estábamos metidos Dos Passos, John Ferno, yo (que no soy americano, sino holandés) y otros. Los «literatos» del grupo habían escrito un guión muy «al estilo Hollywood», relatando las realizaciones de la II República. Se trataba de compensar la propaganda del bando nacionalista, pues en los cines de todo el mundo sólo se veían documentales procedentes de dicho bando.

Cuando John Ferno y yo llegamos a Valencia, nos dimos cuenta de que el guión que llevábamos no nos servía para nada, y decidimos irnos al frente a rodar.

Le encargué el comentario de la película a Hemingway, que se había unido a nosotros, ya que Dos Passos tuvo que regresar a Estados Unidos por razones personales. Hemingway me escribió una verdadera novela —larguísima— y se enfadó mucho cuando vio que yo empezaba a cortar páginas y páginas enteras. Lo que yo buscaba era evitar pleonasmos con las imágenes y encajar el comentario con los elementos visuales y sonoros, para lograr así un ritmo global en el montaje. Ernest acabó por comprender mis intenciones y aceptó los cortes.

El comentario es un tanto esperanzador, pero no hay que olvidar que la película se hizo durante los primeros meses de 1937, cuando todavía podía pensarse, razonablemente, que vencerían los republicanos.

Es lo que creía también el presidente Roosevelt, a quien presentamos en la Casa Blanca la primera versión de «Tierra de España». Recuerdo que la esposa del presidente me preguntó entonces: «¿Cree usted, señor Ivens, que ganará la República?». Yo le contesté: «No ganará si ustedes siguen permitiendo que los alemanes y los italianos la abatan».

En esa primera versión, el comentario estaba leído (o, mejor dicho, declamado) por Orson Welles. Pero después lo cambié, y preferí que lo leyese el propio Hemingway con el fin de darle una mayor autenticidad. Y éste es el que se conserva hoy como voz en «off» de «Tierra de España». ■ **JORIS IVENS.** París, 1976.

De nuevo Ludwig Renn acompaña a Hemingway e Ivens. Los combatientes del Ejército republicano apoyaron decididamente la realización de una pelicula que sigue siendo hoy un hito ineludible en la historia del cine militante.

Texto del Guión de

VOZ: Esta tierra, la tierra de España, es seca y dura. Y los rostros de los hombres que la trabajan están secos y endurecidos por el sol...

Primer plano de tierra.

VOZ: Esta tierra, la tierra de España, es seca y dura. *(La cámara asciende hacia las figuras humanas).* Y los rostros de los hombres que la trabajan están resecos y endurecidos por el sol.

El alcalde empieza a hablar y se inicia una conversación, transmitida en inglés por la voz en off, mientras se oye en castellano, al fondo.

VOZ *(Alcalde):* Con agua, esta tierra árida llegará a ser fértil.

(Aldeano): Llevamos cincuenta años queriendo regarla, pero «ellos» nos lo han impedido.

(Alcalde): Ahora vamos a traer por fin el agua y cultivaremos la tierra para los defensores de Madrid.

Plano sobre la aldea.

VOZ: El pueblecito de Fuentidueña, donde mil quinientas personas viven y trabajan la tierra por el bien común.

El reparto del pan.

VOZ: Pan del bueno, marcado con el sello de la Unión Gene-

"Tierra de España"

ral de Trabajadores. Pero no hay más que el estrictamente necesario para los habitantes de la aldea. Cuando se rieguen las tierras baldías de la localidad se recogerán diez veces más de trigo, y diez veces más de patatas, de vino, de cebollas, que necesita Madrid.

Plano de mulos que se dirigen al campo. Hombres que acuden al trabajo. La carretera y el río.

VOZ: La aldea está situada a orillas del Tajo, junto a una arteria vital: la carretera que une Madrid y Valencia. Todo el abastecimiento de Madrid pasa por esta ruta. Para ganar la guerra, las tropas rebeldes tienen que cortarla.

Varios hombres y un niño suben por una loma. El niño queda algo rezagado. Desaparecen todos tras la loma.

VOZ: Están organizando el regadío de las tierras resecas. Van a trazar el emplazamiento de los canales de riego.

Cambio de imagen. Un mapa. Plano de los hombres que suben por la loma para tomar posiciones. Sus rostros.

VOZ: Este es el rostro de los hombres que se dirigen a la lucha. Su expresión es distinta de la de cualquier otro rostro humano.

Un capataz que da instrucciones para la instalación.

VOZ: Cuando está en juego la vida, no es posible representar un papel ante la cámara.

Varios oficiales sobre una torre. Cañonazos.

VOZ: En Fuentidueña, los aldeanos oyen los disparos y dicen: «Son nuestros cañones.»

Plano de explosiones. (Cambio de imagen.) Un mapa que muestra el desplazamiento hacia el Parque del Oeste.

VOZ: El frente de combate pasa cerca de Madrid.

Tomas de las trincheras. Puertas.

VOZ: Son las puertas de las casas que han quedado vacías. Los supervivientes de los bombardeos las acarrean para reforzar con ellas las nuevas trincheras.

Las trincheras. Soldados que comen o leen.

VOZ: Cuando se lucha por defender al país y la guerra se prolonga, la vida llega a normalizarse: se come, se bebe, se duerme, se leen los periódicos.

Un altavoz. El frente.

VOZ: El altavoz del ejército de liberación, con un alcance de dos kilómetros.

La instrucción militar. Se montan y desmontan fusiles. La voz en off se superpone al fondo sonoro, castellano.

VOZ: Cuando estos hombres llegaron al frente, hace tres meses, muchos de ellos no habían manejado jamás un fusil. Algunos ni siquiera sabían cargarlo. Y ahora son ellos quienes enseñan a los nuevos reclutas el modo de montar y desmontar un fusil.

El frente de la Ciudad Universitaria.

VOZ: Cuando el enemigo tomó la Ciudad Universitaria consiguió introducir una cuña en el mismo Madrid. Tras varios contraataques, el enemigo está ya en la «Casa de Velázquez», ese palacio de la izquierda, con dos torres puntiagudas, y también en el Hospital Clínico, en ruinas.

Nuevos planos del frente.

VOZ: El hombre de la barba es el comandante Martínez de Aragón. Antes de la guerra era abogado. Fue un jefe valeroso y competente. Murió en el ataque de la Casa de Campo, el mismo día en que filmamos la batalla.

Los movimientos de Martínez de Aragón. Trincheras. La alarma.

VOZ: Los rebeldes intentan despejar el Clínico.

Plano de Julián, que está escribiendo.

VOZ: Julián, un joven de la aldea, escribe a los suyos. *(Del texto de la carta):* «Padre, llegaré ahí dentro de tres días. Dígaselo a madre.»

Un grupo de soldados ante una estatua que representa a un león. La voz en off se superpone de nuevo al fondo sonoro, en el que se habla en castellano.

VOZ: Las tropas se han reagrupado. La compañía tiene que elegir a sus representantes. Estos acudirán a la reunión en la que se celebrará la fusión de todos los regimientos de milicianos en las nuevas brigadas del ejército popular.

Una escena que muestra a los hombres agitando los puños cerrados.

VOZ: El puño en alto de la España republicana.

Habla Líster.

VOZ: Enrique Líster, un albañil de origen gallego. En seis meses de lucha ha ascendido de soldado raso a comandante de división. Es uno de los jóvenes más brillantes del ejército republicano.

Carlos.

VOZ: Carlos, uno de los primeros comandantes del quinto regimiento. Está hablando del ejército popular. De su combate por la democracia en España y por el gobierno que ellos mismos han elegido. «Luchando todos juntos conseguiremos una España nueva y fuerte.»

José Díaz.

VOZ: José Díaz. Trabajaba doce horas diarias como tipógrafo, antes de ser elegido miembro del parlamento español.

La Pasionaria.

VOZ: Le llaman La Pasionaria. Habla de la nueva España, una nación disciplinada y valiente. Una nación nueva, que se está forjando en la disciplina de sus soldados y en el valor inquebrantable de sus mujeres.

El frente de la Ciudad Universitaria. El altavoz.

VOZ: Cuando se rieguen las tierras baldías de Fuentidueña se recogerán diez veces más de trigo, y diez veces más de patatas, de vino, de cebollas, que necesita Madrid (...)/Los habitantes del pueblo están organizando el regadío de las tierras resecas. Van a trazar el emplazamiento de los canales de riego.

VOZ: El altavoz se dirige a los rebeldes.

SUBTITULOS: Un soldado del ejército rebelde que se ha unido a las tropas leales lanza, por encima de las trincheras, una invitación a pasarse al ejército popular.

El Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria. El combate.

VOZ: En los sótanos derruidos de ese edificio viven los enemigos. Son moros y guardias civiles. Tropas aguerridas que no huirían aunque su situación fuese desesperada.

Pero son soldados profesionales luchando contra un pueblo en armas. Quieren imponer la voluntad de los militares sobre la voluntad del pueblo. Y el pueblo les odia. Porque sin su tenacidad y sin la ayuda constante de Italia y Alemania, la sublevación española habría sido aniquilada en seis semanas.

Un batallón cuyos soldados vuelven a sus casas.

VOZ: Este batallón se va de permiso, y Julián, que pertenece a él, se dirige a su pueblo para pasar allí tres días.

Trabajos de recuperación de

VOZ: Le llaman la Pasionaria. Habla de la nueva España, una nación disciplinada y valiente. Una nación nueva, que se está forjando en la disciplina de sus soldados y en el valor inquebrantable de sus mujeres. (En primer término del fotograma, Enrique Lister.)

VOZ: Cuando el enemigo tomó la Ciudad Universitaria, consiguió introducir una cuña en el mismo Madrid. Tras varios contraataques, el enemigo está ya en la «Casa de Velázquez», y también en el Hospital Clínico, en ruinas.

obras de arte, entre las ruinas de un palacio.

VOZ: El palacio del duque de Alba ha sido destruido por un bombardeo rebelde.

El traslado de un cuadro.

VOZ: Los milicianos gubernamentales ponen a salvo, con el mayor cuidado, los tesoros del arte español.

Construcción de barricadas.

VOZ: Madrid es, por su propia situación, una verdadera fortaleza natural. Y el pueblo hace que sus defensas sean cada día más inexpugnables.

Una fila de personas ante un comercio.

VOZ: Hay que hacer cola durante todo el día para comprar algo para cenar. A veces, los artículos se agotan antes de que llegue el turno. A veces cae un obús cerca de la cola. Y en casa, los demás esperan, esperan, y nadie lleva nada para la cena.

Obuses que estallan.

VOZ: Incapaz de entrar en la ciudad, el enemigo intenta destruirla.

Un cadáver en un rincón de la calle.

VOZ: Este hombre no tenía nada que ver con la guerra. Era un contable que se dirigía hacia su oficina a las ocho de la mañana.

Una ambulancia. El traslado del cadáver.

VOZ: Ahora se llevan al contable, que no irá ya a su casa ni a la oficina.

La evacuación.

VOZ: El gobierno ordena que todos los civiles abandonen Madrid.

La evacuación.

VOZ: Pero ¿adónde iremos? ¿Dónde podremos vivir? ¿Qué haremos para ganarnos la vida? Yo no me iré. Soy ya demasiado vieja. *(Plano de una anciana.)* No podemos dejar a los niños en la calle, menos cuando hay que hacer cola.

La instrucción militar.

VOZ: Los bombardeos aceleran el reclutamiento. Cada nuevo asesinato inútil provoca la indignación del pueblo. Hombres procedentes de todas las ocupaciones, empleos y oficios se enrolan en el ejército republicano.

Aplausos que se superponen a otros dirigidos a Azaña.

VOZ: Mientras tanto, en Valencia, el presidente...

SUBTITULOS: «Nosotros, el pueblo de España, hemos conquistado la tierra y el derecho a cultivarla, por medio de unas elecciones democráticas. Pero los grandes propietarios fascistas intentan apoderarse de nuestra tierra. Por eso nos vemos obligados a luchar para defender la tierra de España, hasta en la más pequeña de las aldeas...»

La aldea. Discusiones a propósito del regadío. Los trabajos de riego.

SUBTITULOS: Nuestro plan de regadío tiene que estar acabado a su debido tiempo, para la defensa de Madrid. Ya tenemos la bomba; y el cemento. Hoy construiremos la caseta para la bomba.

La llegada de Julián.

VOZ: Julián ha conseguido subir a un camión que iba vacío. Llega a su casa antes de lo que esperaba.

Julián dirige la instrucción a los jóvenes del pueblo.

VOZ: Julián enseña a los jóvenes a combatir, cuando éstos vuelven del campo, al atardecer.

Cambio de imagen: Los ejercicios militares que se realizan en Madrid.

VOZ: En Madrid, un futuro batallón de choque, compuesto por toreros, futbolistas y atletas, hace instrucción.

El batallón que sale hacia el frente.

VOZ: Las tradicionales despedidas, que tienen el mismo acento en todos los idiomas. Ella dice que le esperará. El promete volver. Sabe que ella le esperará. Pero ¿quién sabe lo que puede pasar? Nadie puede decir si volverá. «Cuida al niño», dice él. «No te preocupes, lo haré», dice ella. Pero sabe que no podrá. Los dos saben que cuando se sube a un camión es para ir al combate.

Plano de Madrid. Calma. El infierno de los obuses.

VOZ: La muerte sale cada mañana al encuentro de los ciudadanos, lanzada por los rebeldes desde detrás de las lomas, a tres kilómetros de allí.

Obuses que estallan.

VOZ: El olor de la muerte es el del humo acre de los explosivos, el del polvo de granito calcinado.

Gentes que corren en todas las direcciones.

VOZ: ¿Por qué se quedan aquí? Porque es su ciudad, porque son sus casas, porque aquí está su trabajo, porque ésta es su lucha, la lucha para conquistar el derecho a vivir como seres humanos.

VOZ: La muerte sale cada mañana al encuentro de los ciudadanos, lanzada por los rebeldes desde detrás de las lomas, a tres kilómetros de allí. El olor de la muerte es el del humo acre de los explosivos, el del polvo de granito calcinado. (Plano de un bombardeo sobre la Gran Vía madrileña.)

Niños que revuelven entre los escombros.

VOZ: Los niños buscan fragmentos de proyectiles, como antes buscaban piedrecillas.

Un niño muerto por una explosión.

VOZ: Y el obús siguiente les alcanza. Hoy ha aumentado considerablemente el potencial artillero de las baterías alemanas.

Aldeas en calma. En el cielo aparecen los aviones.

VOZ: Antes, la muerte llegaba cuando uno era viejo o estaba enfermo. Hoy, golpea desde la altura del cielo, con su brillo plateado, a todos los que no saben adónde ir ni dónde esconderse.

Ruinas. Histeria. Muertos.

VOZ: Estos son los efectos conseguidos por tres aviones «Junker».

Destrucción. Un avión caído. Un avión alemán.

VOZ: Los cazas gubernamentales han derribado un «Junker».

La inscripción con la marca del avión.

VOZ: Yo tampoco sé leer alemán.

Soldados italianos muertos.

VOZ: Estos muertos vinieron de otro país. Los prisioneros dicen que se habían alistado para ir a trabajar a Etiopía. Los muertos no han hecho declaraciones, pero todas las cartas que hemos encontrado sobre sus cadáveres eran tristes.

Los italianos han tenido más muertos, más heridos y más desaparecidos en esta batalla de Brihuega que en toda la guerra de Etiopía.

Reagrupamiento de tropas.

VOZ: Las tropas gubernamentales se concentran en el norte.

Un mapa. La concentración de las tropas que se preparan para el contraataque.

VOZ: Los rebeldes vuelven a atacar la carretera Madrid - Valencia. Han atravesado el Jarama e intentan tomar el puente de Arganda. Procedentes del norte, las tropas se lanzan a la contraofensiva.

Los trabajos de regadío.

VOZ: En la aldea, la gente

VOZ: Los rebeldes vuelven a atacar la carretera Madrid-Valencia. Han atravesado el Jarama e intentan tomar el puente de Arganda. Procedentes del norte, las tropas se lanzan a la contraofensiva. En la aldea, la gente trabaja en la traída de aguas.

trabaja en la traída de aguas.

Más combates.

SUBTITULOS: El objetivo de la batalla.

Movimiento de tropas. Soldados que saltan de los camiones.

VOZ: Llegan a la carretera de Valencia. Cuando la infantería ataca, la filmación se hace particularmente difícil. Es un avance lento, pesado, sin el menor efecto teatral. Los hombres se despliegan en columnas de seis, en esa soledad suprema que es el contacto directo con el enemigo, donde cada uno sabe que no hay nada más que él mismo y otros cinco hombres. Y ante ellos, lo desconocido.

Combates. Los hombres atraviesan corriendo un depósito ferroviario.

VOZ: Este es el momento supremo de la guerra: seis hombres van hacia la muerte, caminando sobre una franja de terreno. Y su presencia aquí demuestra que «esta tierra es nuestra».

SUBTITULOS: El puente bajo el fuego de los rebeldes.

VOZ: El contraataque ha sido un éxito. La carretera está libre otra vez. Los seis hombres quedaron reducidos a cinco, después a cuatro, y, por último, a tres. Pero esos tres han resistido, se han aferrado al terreno y lo han mantenido. Junto con los demás grupos de cuatro, de tres, de dos..., que al principio eran todos de seis.

VOZ: Hombres que nunca habían luchado hasta ahora, que jamás tuvieron un arma en las manos, que sólo querían trabajo y pan, continúan luchando. ■ **(Traducción al castellano de LOLY MORAN y JUAN ANTONIO P. MILLAN.)**

La primera proyección de «Tierra de España» se hizo en la Casa Blanca ante el presidente Roosevelt y su esposa. Fue entonces cuando el primer mandatario americano pronunció esta frase —«Es la película que todo el mundo debe ver»— que figuraba en los carteles de publicidad.

EL QUINTO, NO MATAR

Se puede morir por una idea.
No se puede matar por una idea.
Idea que empieza por matar no triunfa.
Nunca.
...No se trata aquí de un humanitarismo cuáquero ni de otro tipo cualquiera de humanitarismos.
La Humanidad puede no interesarnos lo más mínimo...
A algunos puede inclusive repugnarles más o menos vagamente.

(«ABC», 22-III-1946.)

Pero ello es así. La realidad nos lo está diciendo a cada paso...
El nazismo y el fascismo... Cayeron vencidos.
Porque empezaron matando, drásticos y violentos.
No se debe matar.

a) Porque el quinto Mandamiento lo prohibe.
b) Porque no conviene.

A los que se acogen al *finis coronat opus* el fin justifica los medios, hay que decirles que no; que el bien no basta con hacerlo. Hay que saberlo hacer.
Si la más elemental inteligencia no penetrara esta verdad, ahí está la experiencia para demostrársela cada día.
Los pueblos no estiman ni mucho menos agradecen, los desvelos que «por su bien» puedan tomarse si ese bien se les quiere imponer de un modo violento, agrio, tiránico.

El Estado español ha dado por liquidado el problema de los presos políticos con la salida de éstos de las cárceles. En la foto un ex recluso saliendo de una prisión.

(Agencia «Cifra», 1-IV-1946.)

ESPAÑA Y EL CASO DE LA U. N. O.

Medio mundo vive en estos momentos preocupado por la «cuestión española», suscitada ante el Consejo de Seguridad por el delegado polaco Oscar Lange. El que medio mundo esté unido en una misma curiosidad tiene importancia suficiente para dar gran categoría al hecho que la suscita, que de manera tan absorbente ocupa a millones de hombres dentro de naciones tan distantes. También para nosotros el problema español es «un problema», aunque situemos su problematismo en un punto distinto al de algunos delegados de la U. N. O. Para ellos, la cuestión del régimen español es una cuestión internacional que tienen que abordar en un sentido y darle la solución que sus miembros compartan. Para nosotros, el problema español es cuestión interna, exclusivamente, pero nos sirve de guía para sorprender un problema más grave, ligado a él, y en el seno mismo de la U. N. O.

Lo que ocurre en España es que hay un determinado régimen que gobierna de determinada manera a los españoles. Esta manera de gobernar no influye ni afecta de ningún modo al orden del mundo, pues queda reducida su virtualidad al plano interior. Lo que ocurre, en cambio, en Nueva York es mucho más grave. Piense cualquiera un minuto en las consecuencias que puede tener para la paz la admisión de este principio: que un miembro cualquiera de la U. N. O. sienta su desacuerdo con un determinado Gobierno y pueda presentarlo como enemigo de la paz. Esta doctrina de intervención general, que eleva las facultades del Consejo de Seguridad

(Pasa a la pág. 91.)

Esa resistencia al «favor impuesto» es universalmente humana... No. El bien hay que saberlo hacer. No basta ser generoso. Hay que buscar el modo de que nuestras mismas dádivas no ofendan ni depriman... «Da y parece que ha pedido», se dice en una comedia de Alarcón a propósito de la liberalidad de cierto personaje. La frase es maestra. Y bellísimamente exacta y expresiva... «Da y parece que ha pedido.» No alardea del regalo hecho. Antes parece pedir perdón por favorecer y obsequiar.

...Y en cuanto a los que proclaman la necesidad de destruir y de aniquilar al enemigo vencido..., bastará recordarles que esa tendencia homicida y feroz revela en el vencedor más desconfianza, más miedo que fuerza, y, en último caso, falta de seguridad en el triunfo. El poeta ha dicho:

Del primero
que sabe perdonar es la victoria.

Y el buen poeta tiene razón. Porque entre otras cosas:

Siempre tiene razón un buen Poeta.

MANUEL MACHADO
De la Real Academia Española

(«ABC», 2-IV-1946.)

CEPTA
CCIÓN
aliado

de concertarse con Inglaterra
bres las espaldas y evitar dos
declaración hace constar que
realizó su vuelo extraordina-
tar un mayor derramamiento
preparar las condicones nece-
a paz.—Efe.

RA DE ALHAJAS
NAS Y OBJETOS DE ARTE
JOYERIA
LINDEZ. — CLAVEL, 6

...ciías de fuera, son síntesis de la más pura doctrina democrática, aun cuando el credo venga de labios conservadores.

Mr. Churchill, cuando predica, lo hace como en esta ocasión: partiendo desde la actualidad del mismo presente y con la mirada puesta en el mañana inmediato.

HA MUERTO
Largo Caballero

PARIS.—Francisco Largo Caballero falleció ayer, a las once y cuarto de la noche.—Efe.

ALHAJAS
Objetos oro, plata, relojes, papeletas Monte compro, pagando altos precios
LA CUBANA: PRECIADOS 48

CON PLANCHAOORA
DE TINTORERIA DESEO RELACIONARME
VILLEGAS: PRECIADOS, 46

las conversa
de los alto
militares bri

LONDRES.—Ha terminad
de los miembros del Estado
a la cual han asistido más
británicos en representació
Cuerpos del Ejército. No
ningún comunicado y el
Academia Militar donde se
conferencia se ha limitado
los altos mandos militare
"el Ejército del futuro".—

OFICIALES ACUS

LONDRES. — Funcionar
norteamericano comunican
ciales del que fué Depósito
mero 10, entre ellos el jef
sados de apalear a los p
maltratarlos con las culata
con los cinturones. El ex je
pósito, situado en Linkfield
el coronel James A. Kilian.

(Agencia «EFE», 22-III-1946.)

ANTE EL CONSEJO DE LA O. N. U. LOS ATAQUES A ESPAÑA DE POLONIA MEJICO Y FRANCIA FUERON CONTRARRESTADOS POR LA PRUDENCIA DE HOLANDA Y ESTADOS UNIDOS

La sesión continuará en el día de hoy. Mañana será respetada la festividad religiosa por exigencia brasileña, apoyada por el delegado inglés. Conjeturas anteriores a la reunión. Comentarios a las facilidades ofrecidas por España para la comprobación de las falsedades polacas

Nueva York 18, 4.15 madrugada. - Bajo la presidencia del delegado egipcio, comenzó a tratarse ayer el caso de España en el Consejo de Seguridad de la O. N. U. El dele- en la cual se describe la misión exacta que debe cumplir el Ejército de los Pirineos y la posición que debe ocupar cada unidad militar. Lange afirmó que Francia se vió obligada a [illegible] las intrigas constan- tienen relaciones con el Gobierno del general Franco, suspendan éstas inmediatamente.

LOS DELEGADOS FRANCES Y MEJICANO SE SUMAN A LANGE

(«ABC», 18-IV-1946.)

POLONIA PLANTEARA LA CUESTION DE ESPAÑA EN LA O. N. U.

HA DECIDIDO ESTABLECER RELACIONES CON EL GOBIERNO ROJO ESPAÑOL

Londres.—La *radio* de Varsovia comunica que el Gobierno polaco ha decidido establecer relaciones diplomáticas con el «gobierno español en el exilio».

La declaración oficial con respecto a España dice que el Gobierno polaco de Unidad Nacional, en su reunión del viernes, ha decidido unánimemente reconocer al gobierno rojo español. Simultáneamente, el Gobierno polaco ha dado instrucciones a su representante en el Consejo de Seguridad para plantear la cuestión de las relaciones entre el Gobierno de Franco y las Naciones Unidas en el programa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Polonia considera que las Naciones Unidas deben romper sus relaciones diplomáticas con el Gobierno de Franco. La decisión fue adoptada, alegando que el actual régimen de España pone en peligro la paz internacional, y que esta paz es indivisible.

La declaración añade: «Polonia cree que tiene derecho a suscitar la cuestión española ante la O. N. U., no sólo como miembro de la Organización, sino también recordando que algunos millares de polacos han luchado y han muerto en defensa de la España democrática y republicana».

(Agencia «EFE», 6-IV-1946.)

POR DIEZ VOTOS Y UNA ABSTENCION, UN SUBCOMITE DE LA O.N.U. INVESTIGARA LO QUE DE ANTEMANO SABE QUE ES FALSO

Australia, Brasil, China, Francia y Polonia, designadas para dictaminar las acusaciones de esta última, constituída así en juez y parte, sobre el peligro que puede suponer España para la paz

(«ABC», 30-IV-1946.)

ESPAÑA NO RECONOCIO NUNCA AL GOBIERNO DE VARSOVIA

EL ACTO DE ESE INSTRUMENTO DE LOS SOVIETS EN NADA DISMINUYE NUESTRA SIMPATIA POR EL PUEBLO POLACO

A última hora de la tarde de ayer, la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores facilitó la siguiente nota:

"El acuerdo tomado por el Gobierno de Varsovia de entablar relaciones con el equipo político que los rojos españoles, a los siete años de su exilio, han montado en París, en nada altera la situación de nuestras relaciones con la nación polaca, ya que España no ha reconocido en ningún momento al Gobierno impuesto por la ocupación de los soviets.

Este extravagante reconocimiento de un pseudo-Gobierno sin territorio, súbditos ni jurisdicción; en nada puede menguar, por lo tanto, la tradicional simpatía de España por el católico pueblo polaco."

(Nota oficial del 9-IV-1946.)

(Viene de la pág. 89.)

a alturas tan descomunales, amenaza con debilitar su misma base y quebrar toda su estructura. El primer gran grave error —primera amenaza para la paz— debe verse en que se siente el principio de la intervención de la U. N. O. en los asuntos internos de los pueblos. Nosotros, con sólo examinar nuestras propias disposiciones espirituales, compartidas unánimemente por todos los españoles, nos sabemos autorizados para decir que es el delegado polaco, Oscar Lange, quien amenaza la paz. Si consigue votos suficientes en el Consejo de Seguridad para que prevalezca su criterio de intervención, la paz se sentirá fuertemente amenazada.

Es evidente que en el régimen español no ha de producirse ningún cambio por efecto de presiones externas. Los cambios deseables han de venir por exigencias interiores, por presiones también interiores; pero donde terminan los límites de nuestra soberanía desaparecen también los títulos de derecho para exigir nada al Gobierno español en cuanto a la forma cómo debe ejercer sus poderes. Esto significa claramente que cualquier conato de actuación externa sobre España provocará por fuerza la unión de todos; y aquellos que, eventualmente, no se unieran, quedarían mancillados para siempre con el estigma de la traición, y no podrían gobernar a los españoles como no fuera con carácter provisional, con una provisionalidad que tendría el límite en la próxima e inmediata sublevación.

Es extraño que un organismo constituido para garantizar la paz se plantee en serio el problema del régimen interno de un país; porque deben saber, si conocen un poco la psicología de nuestro pueblo, que de este modo provocan la resistencia. Por eso creemos que en lo que se llama «el caso español», hay que ver más bien «el caso de la U. N. O.»

Este primer grave inconveniente, suscitado ahora al plantear la cuestión del régimen español, al reconocer facultad al Consejo de Seguridad para intervenir en el régimen interno de un pueblo, es suficientemente grave para provocar los mayores alarmas sobre la suerte de ese organismo. Los pocos meses que lleva la vigencia no contribuyen, ciertamente, a establecer su prestigio. Las perpectivas inmediatas tampoco se presentan favorables. ¿Lo han meditado esos hombres que quieren, sobre todo, garantizar la paz?

Al lado de ellos hay otros que quieren, «sobre todo», garantizar la constitución de determinados regímenes en todos los pueblos, la «buena nueva» de la democracia al estilo ruso. Imaginémonos que hubiera llegado el momento en que, tras de prevalecer el criterio de la intervención del Consejo en España —triunfo sólo admisible como experimento mental—, estuviéramos en el trance de implantar ya una democracia. ¿Cuál había de ser ésta? El señor Lange desearía que se pareciera lo más posible a la que impera en Polonia y, a su ejemplo, en todos los países del Este europeo. Es decir, una preponderancia del comunismo como inmediato paso hacia la llamada dictadura del proletariado. En tal contingencia, los países anglosajones —y con ellos la paz— podían renunciar al trabajo en el seno de la U. N. O. Ya todo sería estéril. No existiría sólo un problema del Este europeo, sino un problema de toda Europa. ¿Es esto lo que se pretende?

(«Mundo», 21-IV-1946)

EL GOBIERNO AUTORIZARIA A UNA COMISION TECNICA PARA COMPROBAR LA FALSEDAD DE LAS AFIRMACIONES POLACAS

Así lo acordó anoche el Consejo de ministros, con la condición de que su dictamen se haga público. Acordó también oponerse a toda intromisión extranjera en nuestros asuntos

En la Subsecretaría de Educación Popular se ha facilitado la siguiente referencia de lo tratado en el Consejo de Ministros celebrado en la tarde de ayer bajo la presidencia de Su Excelencia el Jefe del Estado:

"El Gobierno se ocupó de la campaña comunista mundial, que culmina con la nota presentada contra la nación española por el delegado polaco en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, y, en su vista, acordó:

a) Rechazar, como absoluta y totalmente falsa, la absurda acusación formulada por el delegado polaco de que represente un peligro para la paz mundial un país que, ante el ataque continuo y la provocación sistemática del comunismo internacional, está dando pruebas de la máxima serenidad y espíritu pacífico, sin presentar ni sombra de pretexto a los provocadores.

b) Ofrecer a aquellas naciones representadas en la O. N. U., con las que España mantiene relaciones de amistad, plena autorización para que una Comisión de sus técnicos recorra libremente nuestro país, visitando sus establecimientos fabriles y Centros de investigación, a fin de que compruebe la absoluta falsedad de las acusaciones sobre supuestos trabajos acerca de la bomba atómica, que se dicen hechos por técnicos alemanes, siempre que, una vez comprobada esa inexactitud, se dé amplia publicidad a los resultados de tal visita, y

c) Declarar, una vez más, que se opondrá con toda firmeza a cualquier género de intromisión del extranjero en los asuntos internos de España, que son propios y privativos de la soberanía nacional."

(Nota oficial del 13-IV-1946.)

LA REPRESION DE ACTIVIDADES SUBVERSIVAS

SE HA LOGRADO LA DETENCION DE LOS COMPONENTES DE LA DENOMINADA «SECCION GUERRILLERA»

En el curso de las investigaciones que la Brigada Político-Social de Madrid viene llevando a cabo sobre represión de actividades subversivas de elementos pertenecientes al denominado partido comunista clandestino, se ha logrado la detención de los componentes de la que ellos llamaban «Sección guerrillera» Francisco Gascón Santillana, Juan José Vidal Vara, Casto Loarces Roadán y Jesús Atienza Martínez, quienes se han confesado autores materiales de la colocación de un petardo en la calle de Fuencarral, domicilio del Jefe de la Lucha Contra el Paro, hecho perpetrado en los últimos días del mes de febrero pasado; de otro petardo que estalló, el día 3 de marzo último, en un balcón de la Delegación de F. E. T. y de las J. O. N. S. del distrito de Chamberí, y, en fin, del colocado, el día 17 del mismo mes, en la vía del ferrocarril entre Getafe y Pinto, al paso del tren correo de Cartagena.

Por gestiones que se han practicado posteriormente, se ha logrado comprobar que los petardos fueron construidos con materiales procedentes de sustracciones efectuadas en los talleres de Construcciones Aeronáuticas de Getafe por los obreros especialistas que en ellos trabajaban José Camacho Muñoz, Francisco Gascón Santillana y José Muñoz Rodríguez, todos los cuales obraban en virtud de órdenes del partido comunista clandestino y que han sido igualmente detenidos.

(«ABC», 12-IV-1946.)

Audiencias del Jefe del Estado

SEIS MIL titulados universitarios EXPRESAN su adhesión al CAUDILLO

Miembros del Sindicato Nacional del Papel, Prensa y Artes Gráficas ante el Caudillo, esta mañana. (Foto Cifra.)

(«Madrid», 2-IV-1946.)

Los Colegios de abogados de toda España EXPRESAN su adhesión al CAUDILLO

En la mañana de hoy estuvo en el palacio de El Pardo una Comisión del Consejo Superior de los Colegios de Abogados de España presidida por D. Antonio Goicoechea, que visitó a S. E. el Jefe del Estado para ofrecerle la presidencia de honor del citado organismo y mostrarle la adhesión unánime de los 82 Colegios de Abogados y de los 4.000 afiliados que ejercen la profesión en España.

El Sr. Goicoechea, como presidente del Consejo Superior, pronunció las siguientes palabras:

la contribución de sangre y sacrificio que ofrecieron entre los mártires de la barbarie roja.

Sólo una vez en la Historia se puede pasar por esta prueba; por eso no bastaba barrer al comunismo, que destrozaba hogares y enseñoreaba la anarquía; se hacía necesario no volver jamás a las causas que habían producido todo aquello. Por eso era más difícil nuestra tarea. No bastaba vencer y llevar a las tropas a la victoria para decir: "hemos terminado" y habar dejado

(«Madrid», 18-IV-1946.)

Adhesión de los ex combatientes AL GENERALISIMO

El Caudillo ha recibido esta mañana en el palacio de El Pardo a la Comisión formada por los delegados de Ex Combatientes de España, presidida por el Ministro de Trabajo, Sr. Girón, que acudieron a testimoniarle su adhesión y hacerle entrega de 50 álbumes con las firmas de los ex combatientes españoles (Foto Cifra)

(«Madrid», 6-IV-1946.)

La grandiosa manifestación patriótica de ayer

LOS OBREROS DE LA CONSTRUCCION EXPRESARON SU GRATITUD AL CAUDILLO Y AL MINISTRO DE TRABAJO

(«Madrid», 18-IV-1946.)

EL DESFILE DE LA VICTORIA

Poema de RADUG D'ARIL, poeta español.
"Obra poética que tiene luz de sol" (De A B C).
"Su lectura nos hace revivir con toda su fuerza la gloria de España" (De Entrambasaguas).
En librerías, o pídase, por reembolso, franco de porte, a **ROYO, Esquilache, 16. Madrid.**

DETENCION de cuatro atracadores en la Gran Vía

En la avenida de José Antonio y frente al edificio del antiguo hotel Roma fueron detenidos en la tarde de ayer cuatro individuos pertenecientes a una organización clandestina. La detención la efectuaron agentes del Cuerpo General de Policía de la Brigada Político - Social de Barcelona, que desde aquella capital venían vigilando las actividades de los malhechores. Cuando se intimó a los mencionados sujetos, uno de ellos intentó hacer frente a los agentes y sacó una pistola. Uno de los policías se vió precisado entonces a hacer fuego sobre él, alcanzándole con su disparo en una pierna y desarmándole seguidamente.

El estampido del arma de fuego causó en los primeros momentos la natural alarma: pero la gente reaccionó en seguida y, dándose cuenta de lo que acaecía, hizo patente su simpatía a los agentes e intentó agredir a los malhechores, cosa que impidieron los policías tras no pocos esfuerzos.

El herido fue trasladado al Equipo Quirúrgico del Centro y los otros tres malhechores ingresaron en los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

(«Madrid», 10-V-1946)

AMAYA
HOY, JUEVES, NOCHE
FINAL CONCURSO
JAZZ - HOT - SWING
¿QUIENES SERAN LOS TRES CAMPEONES?
Máxima competición
No deje de ver esta final de concurso, MAÑANA, NOCHE, en
AMAYA
Reserve su mesa con anticipación

«Franco ha sido el gran reformador de la Universidad»

Conferencia en Lisboa del catedrático español señor Entrambasaguas

Lisboa.—El catedrático español don Joaquín de Entrambasaguas, que ha permanecido durante los dos últimos meses en Portugal, invitado por el Instituto de Alta Cultura y por la Universidad de Lisboa, ha concluido la explicación de su curso abreviado sobre problemas de la Historia de la literatura española y la lírica actual de España.

El profesor Entrambasaguas ha manifestado en una entrevista concedida a un redactor de «Vitoria» que Franco ha sido el gran reformador de la Universidad y que bajo el régimen del Caudillo prosperan todas las grandes obras de la España moderna. Hizo un profundo elogio del Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, artífice de esas conquistas en el dominio de la cultura y creador del Consejo de Investigaciones Científicas.

«El Caudillo —añadió el catedrático español— tiene un gran amor por las tareas culturales del Estado español y aprueba todas las sugestiones valiosas que en ese sentido le son presentadas. No regatea esfuerzo de género alguno en ese aspecto. En materia de cultura no se conocen limitaciones financieras. España nunca conoció un período de desarrollo cultural como el presente. Es enorme la obra realizada en centros de cultura, institutos de investigación, fundaciones de protección de escuelas y museos y reconstrucción de los más bellos castillos de España, que también serán convertidos en museos.»

(Agencia «EFE», 17-IV-1946.)

«La situación en el Marruecos francés es espantosa»

Ha dicho M. Pierre Parent, en la Asamblea Nacional

Tetuán.—El periódico «Diario de Africa», publica una fotocopia con el texto del discurso de M. Pierre Parent en la Asamblea Nacional, que refleja la situación angustiosa en el Marruecos francés.

M. Pierre Parent, hombre nada extremista, templado y buen conocedor del país, dijo lo siguiente en la Asamblea Nacional:

«Debo decir a esta Asamblea que la situación en Marruecos, desde el punto de vista económico y social, es trágica, y este término está todavía por debajo de la verdad. Desde el punto de vista político, esta situación es extremadamente grave. Y no es eludiendo las explicaciones que debemos hacer aquí, como ha de hallarse remedio a esta situación».

El ministro de Asuntos Exteriores francés encontró exagerada la expresión «trágica» aplicada por M. Parent, como calificativo a la situación de Marruecos, pero éste insistió con estas palabras:

«He empleado hace poco la palabra «trágica». Esta palabra no ha parecido agradar al señor ministro. Voy a emplear una que es mucho más exacta, diciendo que la situación es espantosa. Todos los días, en estos momentos —y estoy pesando mis palabras, señor ministro— centenares de personas, centenares de hombres, mujeres y niños mueren de hambre en Marruecos. En la actualidad mueren diariamente más de ciento cincuenta personas del tifus. He ido hace tres semanas y lo he comprobado, y digo que emplear la palabra «trágica» en estos momentos es quedarse por debajo de la verdad. Digo también que en Marruecos estamos en estos momentos privados de las libertades más elementales, y hablo en nombre de los marroquíes lo mismo que en mi nombre personal».

(Agencia «Cifra», 29-III-1946.)

DELIRANTES OVACIONES A FRANCO EN TODOS LOS CINEMATOGRAFOS DE ESPAÑA

Han comenzado a proyectarse en los cinematógrafos de España los noticiarios en que se recogen escenas de la indescriptible manifestación de adhesión al Caudillo, celebrada en Madrid el Día de la Victoria. Según comunican nuestros corresponsales, la reacción del público ha sido unánime. Entre constantes y atronadores aplausos, vítores a España y a Franco, y delirante entusiasmo, ha transcurrido la proyección —diecisiete minutos exactamente—, repitiéndose las escenas patrióticas en medio de una emoción inenarrable.

En todos los pueblos de España, lo mismo que viene ocurriendo en los cinematógrafos de Madrid, el público, sin distinción de clases, une su adhesión entusiasta a la testimoniada al Caudillo en la plaza de la Armería, de manera incomparable.

(«ABC», 10-IV-1946.)

Labor de España en pro del engrandecimiento de la zona del Protectorado marroquí

Tetuán.—Se ha publicado un «Dahir» sobre la participación del capital marroquí en las Sociedades Anónimas. En dicha disposición se establece que las Sociedades civiles y mercantiles de forma anónima que se constituyan deberán reservar un 25 por 100 de su capital para la suscripción pro súbditos marroquíes, originarios o residentes de la Zona. Las autoridades no han considerado suficiente que el campo continúe en manos marroquíes y que la propiedad urbana no sufra mutaciones importantes, sino que ha defendido al país contra la mayor capacidad de población del mismo y también contra la mayor capacidad industrial y comercial del europeo, mientras llega el momento en que pueda encontrarse a su misma altura.

Ha evitado la depauperación de la población indígena que hoy es más próspera y vive mejor que antes del Protectorado español. Merced a la nueva disposición, el indígena que continúa en posesión de sus tierras, casas, industrias y comercio adquiere un nuevo derecho sobre la parte de influencia extranjera, el cual es fruto natural de la acción protectora. El alcance de esta medida ha de ser tanto más considerable cuanto que no es una disposición aislada, sino un eslabón más en la cadena legislativa del Protectorado.

(Agencia «Cifra», 28-III-1946.)

PROXIMAMENTE MADRID QUEDARA A DIEZ HORAS DE NUEVA YORK

El pasaje valdrá cuatro mil pesetas, incluídos comida, bebida y cine sonoro

Madrid, a cuarenta y cinco horas de vuelo del punto más alejado de la tierra

(Declaraciones para ARRIBA del director de la Trans World Airways, Franck West)

(«Arriba», 9-II-1946.)

Se atenúan las vigentes normas de censura para la Prensa

Madrid.—El «Boletín Oficial del Estado» publicará mañana la siguiente orden del Ministerio de Educación Nacional:

«Iltmos. Sres.:

Ni durante la guerra de liberación de España ni en los meses inmediatamente posteriores a ella hubiera sido posible, por razones de elemental prudencia política, prescindir de una medida, de carácter excepcional, pero indispensable como era en aquellos momentos la censura de Prensa.

El estallido de la segunda guerra mundial y la necesidad de mantener a toda costa la neutralidad española, vinieron a añadir nuevas razones a las ya expresadas para el mantenimiento de la censura, y fuera grave injusticia desconocer cómo contribuyó a alejar a España del conflicto una serenidad en los comentarios y una objetividad informativa, cuya falta hubiera podido comprometer gravemente la paz privilegiada que disfrutó nuestro país durante el mayor conflicto bélico de la Historia.

Quizá no haya llegado aún el momento de prescindir totalmente de la censura, pero sí de iniciar una serie de medidas que, dejando a salvo la moderación en el lenguaje y el respeto debido a los principios fundamentales del Estado español, permitan a los periódicos una mayor amplitud de movimientos y sirvan, al mismo tiempo, de indispensable experiencia previa para disposiciones ulteriores.

En su virtud, este Ministerio ha dispuesto:

Primero.—Se autoriza a la Dirección General de Prensa para atenuar las vigentes normas de censura.

Segundo.—La mayor libertad que, de acuerdo con el número anterior se concede a los periódicos, no podrá utilizarse, en ningún caso, para atentar contra la unidad de la Patria y su seguridad exterior e interior, las instituciones fundamentales del Estado español y las personas que la encarnan, los derechos que proclama el Fuero de los Españoles, los principios del dogma y la moral católica y las personas e instituciones eclesiásticas.

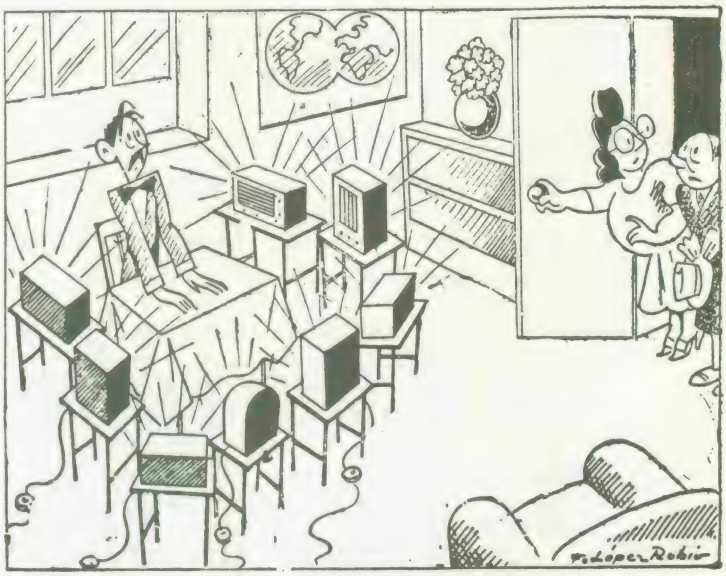
(Agencia «Cifra», 25-III-1946.)

El lenguaje de la Prensa

En sus recientes declaraciones al periodista norteamericano Dewit Mackenzie, el Jefe del Estado español se ha referido al tema de la veracidad informativa en la Prensa. Han tenido las palabras de Franco claridad y sencillez. Su argumentación ha sido, como corresponde a quien sólo defiende la verdad, de una lógica irrebatible.

El periodista comenzó su interrogatorio explicando el criterio de su director, Kent Cooper, sobre la contribución que el periodismo puede hacer a la causa de la paz a través de la difusión de noticias. La opinión del director de «Associated Press» es bien conocida en el mundo internacional del periodismo, a través de su obra «Barreras derribadas». «Noticias verídicas e imparciales —dice en él Mr. Cooper—, he aquí el más alto concepto moral desarrollado hasta ahora en los Estados Unidos de América y entregado al mundo.» Esto, esto justamente, es lo que ha pedido el Jefe del Estado español. Es decir, el intercambio de noticias verdaderas presididas por ese concepto moral a que se refiere Cooper. Lo contrario, o sea la difusión de la calumnia, no sólo no contribuye a la paz, sino que es una barrera —y ésta sí que difícil de derribar— levantada a su paso. Concepto moral, dice el presidente de la «Associated». Contestando a Mr. Mackenzie, Franco ha dicho también: éste es un problema de moral; si se quiere caminar hacia la concordia, es necesario volver a las formas de buena moral y cortesía malparadas por la guerra. Estamos de acuerdo; en este plano teórico de las ideas, no existen diferencias. Y como prueba de la fidelidad española a estos principios, Franco ha destacado una de las más diáfanas realidades que pueden aducirse en defensa de nuestro espíritu de armonía internacional: el lenguaje de los periódicos de España. La actitud moderada de nuestros órganos de opinión —ha dicho el Caudillo— ha favorecido mucho la causa de la paz. Y es evidente que, pese a quien pese, el tono de veracidad responsable, el justo concepto de la prudencia y la noción de los límites que imponen la elegancia moral y el decoro, hacen hoy de la Prensa española un ejemplo de honradez y de nobleza en medio de la universal algarabía y del alboroto de tantas obscuras propagandas.

A este respecto no cabe para nadie la ignorancia. España, a través de sus periódicos, contesta con una impasible serenidad, con un lenguaje solvente, día a día, a las formas de difamación más torpes, más bajas y más soeces. La campaña internacional del marxismo, movida por resortes inconfesables, suele adoptar las formas más envilecidas para abrir camino al desprestigio, aunque el desprestigio, a la larga, viene siendo, naturalmente, el de quienes dan cauce o prestan lugar de inserción a tales conceptos. Una y otra vez se repiten las mismas tosquedades, iguales injurias. Ni las instituciones ni las personas merecen respeto alguno. Y a este galimatías de la falsedad y de la vileza, España responde invariablemente con la prudencia, con la moderación y, sobre todo, con la verdad. Sin que esto —también lo ha señalado Franco— prive a nuestros periódicos de decir las cosas que hayan de decir en defensa de nuestros intereses y de decirlas con las palabras que cada circunstancia demande.



UN CASO PERDIDO, por López Rubio

—Ahí le tiene usted. Cada aparato está conectado con distinta emisora; cada uno transmite una cosa diferente...
—¡Qué algarabía! Y ¿qué padece? ¿Radiomanía desbordada?
—No. Monomanía de grandeza; se cree que está presidiendo la O. N. U.

(«ABC», 27-III-1946.)

*REYES
Y REBAJAS
¡¡Parece increíble!!
ALMACENES SAN JAIME
CALL, n.º 21 (esq. Pza. San Jaime)
JUGUETES,
MUCHISIMOS JUGUETES

Y he aquí probablemente una de las actitudes españolas que más irritan a nuestros enemigos. Ellos buscan por todos los medios el punto vulnerable donde España pueda perder su temple y su entereza. Procuran suscitar la intemperancia, el desafuero, el desquiciamiento del sistema nervioso de la nación. Su gran fracaso es que todo el estrépito internacional movido durante diez años, y en el que han jugado papel esencial la noticia falsa y el alarmismo perpetuo, no ha sido sino el yunque donde se ha forjado la gran madurez del espíritu español de nuestros días. Su serenidad, su prudencia y su ímpetu. Su moderación y su entusiasmo.

Sería curioso para demostrar qué clase de Prensa está más cerca de la veracidad —y por lo tanto de la libertad—, si la española o la que ataca a España, hacer un pequeño recuento de las veces que una y otra han sido rectificadas en sus informes. Veríamos inmediatamente que nadie jamás ha podido acusar a los periódicos de España de falsear las noticias, de publicar informes tendenciosos, de decir sobre cualquier país del planeta algo ajeno o contrario a la verdad, mientras todas las personas honradas que han tenido conocimiento directo de la verdad de España han tenido que acusar —directa o indirectamente— a nuestros enemigos de falsedad en sus informaciones. Quede como ejemplo de estas rectificaciones constantes —cada día, además, más frecuentes— el ya universalmente célebre libro de Mr. Carlton Hayes, testimonio de imparcialidad sin tacha, que ha desvirtuado tantas y tantas falsedades publicadas a diario en toda la Prensa hostil a nuestra Patria.

Es el propio Mr. Kent Cooper, en su libro referido, quien, estableciendo los principios ideales que deberían regir la Prensa en el mundo para garantizar su contribución a la paz, señala como imprescindible la prohibición de incluir en un servicio noticioso «la intención oculta de realizar una propaganda internacional tendenciosa». Parece como si el ilustre profesional norteamericano hubiese pensado en las noticias que suelen circular sobre España al redactar estas palabras. Porque a eso, justamente a una «propaganda internacional tendenciosa» —pura propaganda, típicamente internacional y descaradamente tendenciosa—, obedecen las calumnias que sobre la vida española suelen propalar con frecuencia ciertos periódicos y ciertas radios del mundo. Algo de lo que, en cambio, la Prensa de España no podrá ser acusada ni aun por sus enemigos más irreconciliables. Para su causa sería sin duda más útil un periodismo español descompasado, violento y mentiroso. Lamentamos que tampoco en este aspecto las intenciones del marxismo cuenten con ninguna ayuda de nuestra parte.

Xavier DE ECHARRI

(«La Vanguardia Española», 1-III-1946.)

El Ministro de Educación Nacional recibe las conclusiones sobre creación DE LA ESCUELA DE PERIODISMO

Se tiene el propósito de que la Escuela funcione en el próximo curso

Ayer, a las doce en punto, le fueron entregadas al Ministro de Educación Nacional las conclusiones que presentó en la I Asamblea de graduados la Escuela Oficial de Periodismo.

Formaban parte de la Comisión que visitó al Sr. Ibáñez Martínel Jefe nacional del Sindicato Español Universitario, señor Valcárcel; el vicepresidente de las Cortes y presidente de la Asociación de la Prensa, señor Alfaro; el director de la Agencia Efe, señor Gómez Aparicio; director de «Arriba», señor Echarri; director de «Informaciones», señor De la Serna; el catedrático de la Universidad Central y profesor de la Escuela Oficial de Periodismo, señor Conde; subdirector de «Ya», señor Pombo Angulo; el secretario de la Escuela, señor Hortal, y una representación de alumnos.

El Ministro, en breves palabras, agradeció la presencia de tan ilustres periodistas y prometió que en el próximo Consejo de Ministros se presentará para su aprobación tan trascendental ponencia sobre la reglamentación de la profesionalidad periodística.

En dichas conclusiones se pide el cambio de denominación de Escuela Oficial de Periodismo por el de Escuela Especial de Periodismo, con sede en Madrid, única para toda España, y dependiente del rector de la Universidad. Se aspira además a que el plan de estudios sea, por su continuidad y calidad, equiparable al de una Facultad universitaria y que para el ingreso en la Escuela Especial se precise el título de bachiller y una oposición con número de plazas limitado en cada promoción.

Se incluye también la petición de que las cátedras sean provistas por oposición directa entre los doctores de las Facultades universitarias, los actuales profesores de la Escuela Especial de Periodismo, los graduados de la Escuela Especial de Periodismo y los profesionales con un mínimo de diez años de ejercicio en periódicos diarios o en agencias de información general, y la de que los títulos profesionales que expida tengan el carácter de superior y habiliten para el ejercicio de la profesión. Las entidades periodísticas de toda clase deberán nutrir sus direcciones y Redacciones —según esa ponencia— exclusivamente con graduación de la Escuela Especial.

En cuanto a los actuales poseedores del carnet oficial de Prensa se solicita tengan a los efectos profesionales los mismos derechos que los titulados de la Escuela Especial de Periodismo, así como los alumnos aprobados en la Escuela Oficial de Periodismo hasta el momento de su transformación. Hasta la creación por decreto de la Escuela Especial se cerrará la matrícula en la Escuela Oficial y la inscripción en el registro oficial de periodistas, excepción hecha de los actuales alumnos de la Escuela Oficial que resulten aprobados al finalizar sus estudios.

Se pide, en fin, que la Escuela, mediante las pruebas que estime necesarias, expida certificados de reporteros gráficos y taquígrafos, y que todos aquellos alumnos que cursen estudios en la actual Escuela Oficial y los ingresados en la nueva Escuela Especial puedan acogerse a los beneficios que concede la ley que regula la milicia universitaria.

(«Madrid», 12-IV-1946.)

SEMANA SANTA

Una sugerencia a nuestros clientes de provincias

Peinetas para mantilla en el más fino celuloide extranjero, color "demi-blond" (concha jaspeada), en gran variedad de dibujos. El tamaño más corriente, 20 por 20 centímetros, a pesetas 112, 118, 118, 120, 140, etc.

Diademas para velos en celuloide de color concha, a ptas. 20, 25, etc.

Claveles artificiales confeccionados de batista, colores blanco, rosa o roja. Uno solo, 4,50 ptas. Grupo de doce, 12,50 ptas.

Rosarios de ónix negro y filigrana en dorado o plateado, a 45, 55, 60, 75 y 100 ptas.

Ya se acerca la Semana Santa. ¿Ha pensado usted en ella? ¿Ha revisado su guardarropa? GALERIAS PRECIADOS se adelantan a ofrecerle lo que usted necesita. En sedas negras, por ejemplo, presentamos incomparables surtidos de crepones, marcosia, crépesatín, gasas, satiepes, "doble faz", cloqué, "California", "Rosalinda", "Saratoga", traversinas, diagonales, motrón, shantungs... Y también una extraordinaria variedad en sedas de "fantasía".

Y peinetas, diademas para velos, rosarios, claveles artificiales, devocionarios, clips, sortijas, broches, collares, medallas, cadenitas... Medias de gasa y de seda natural, mantillas y medias mantillas, velos, pañuelos finos, bolsos, guantes... Productos de belleza, perfumes. Mercería selecta. Exquisita ropa interior, fajas, etc., etc.

El servicio de nuestra Sección de provincias es rápido y eficiente. Utilícelo. Escríbanos. Pídanos las muestras que quiera.

Galerías Preciados

Madrid.

Mantillas de Chantilly de seda natural, 128 por 280 centímetros, a 1.800 pesetas.

Medias mantillas, finísima imitación a blonda, 80 por 200 centímetros, a 487,50 pesetas.

Y otras mantillas de blonda y de Chantilly en calidades excelentes a distintos precios.

Velos de tul isabelinos imitación a Chantilly, a 24,45 ptas.

Otros de igual calidad, de tres picos, a 19,50 ptas.

Velo isabelino imitación a encaje de Bruselas, formando pronunciadas ondas, 58,50 ptas.

Velo imitación a blonda, cubierto por el centro, 33,60 ptas.

Velo de Chantilly cubierto por el centro, forma rectangular, con cuatro crenelas, 31,75 ptas.

UN ALTO EJEMPLO DEL EJERCITO ESPAÑOL

EL PERSONAL DE LOS MINISTERIOS DEL EJERCITO Y DEL AIRE CUMPLE CON EL PRECEPTO DE LA CONFESION Y COMUNION

En la iglesia parroquial de San José se ha celebrado el acto de cumplir con el precepto de la confesión y comunión pascual el personal de los ministerios del Ejército y del Aire. Ofició la santa misa el provicario general castrense y capellán, D. Joaquín Mur Callau, quien, ayudado por capellanes castrenses, repartió la Sagrada Forma a los generales, jefes, oficiales y suboficiales que llenaban las amplias naves del templo. Tanto durante la misa como en el acto de la comunión, un escogido coro cantó, acompañado de orquesta, diversos motetes eucarísticos. El acto resultó de suma grandiosidad y recogimiento.

A esta confesión y comunión ha precedido una serie de ejercicios espirituales, dirigidos por el padre Caballero, S. J., antiguo capellán de la Legión. La asistencia a las pláticas y meditaciones fue verdaderamente extraordinaria, hasta el punto que resultó insuficiente el espacioso templo, a pesar de que muchos militares habían practicado ya los ejercicios en las tandas organizadas por la Comunión Reparadora Militar.

Después de la misa, el padre director de los ejercicios dio a todos los asistentes la bendición papal.

El Ejército español, tanto en Madrid como en provincias, está dando un alto ejemplo de religiosidad al cumplir con este precepto de la Iglesia, y demostrando que es digno y fiel continuador de las glorias históricas de una nación profundamente católica.

(«ABC», 14-IV-1946.)

Necrológicas

LA SUPERIORA DEL CONVENTO DE LA CONCEPCION, DE BILBAO

Bilbao.—La madre superiora del convento de la Concepción, de Bilbao, ha fallecido de emoción al reintegrarse la Comunidad a su edificio, que fue quemado por los rojos en los primeros días de la Cruzada, y que ha sido reconstruido. La madre Encarnación, que así se llamaba la superiora, al ser entregado el convento a la Comunidad, marchaba al frente de las religiosas, tan visiblemente emocionada, que apenas podía andar. Al llegar a la puerta cayó como fulminada.

(Agencia «Cifra», 10-IV-1946.)

(«Ventana», 15-IV-1946.)

Necesidad de producciones católicas

Ante el mundo actual se presenta un hecho inquietante y poderoso: la importancia adquirida por el cine y su influencia sobre la vida y costumbres de la sociedad de estos tiempos.

Es posible que en épocas anteriores, su papel fuera desempeñado por el teatro y la novela. También ellos pueden, bien o mal encauzados, constituir medios loables o nocivos para la educación de las gentes. Pero es que el poder sugestivo del cine sobrepasa en mucho a cuanto hasta ahora se había conocido. Todo un mundo maravilloso se nos entra por los ojos envuelto con las mejores galas de juventud, belleza, riqueza y simpatía. Todos los sentidos participan intensamente de esta atracción irresistible que el cine supone, y nuestra atención queda prendida en las escenas de la pantalla, en forma tal que sólo vivimos para ver, para oir y para sentir apasionadamente.

Si en todas las edades es notable su influencia, se patentiza y destaca su influjo sobre la juventud. La adolescencia, por su fuerza vital y por haber conocido tan sólo el aspecto amable del mundo, siente un gran amor a la vida y tiene por necesidad que verse poderosamente atraída por imágenes en que se idealiza y embellece esa vida a que se sienten tan apegados. La única aspiración y su exclusivo anhelo es vivir aquellas escenas que los deslumbran y seducen. Ya esto les inicia en un camino de paganía. Pero, además, el cine constituye un vehículo poderosísimo para influir en las costumbres, las ideas y las convicciones. De aquí radica la importancia que las organizaciones católicas deben conceder al cine. No se trata de adoptar una postura de indiferencia o desconocimiento, pero ni aun siquiera de defensa. Es preciso que nuestra misión sea activa, de ataque y de acción. No basta con señalar aquellas películas que por su peligrosidad son nocivas e indicar las más benignas. En la mayor parte de ellas queda un sedimento que burla esta clasificación tan bien intencionada como forzosamente imperfecta.

Es preciso crear un cine de recio sentido católico e inspirado en los fundamentos sólidos e inconmovi-

bles defendidos por la Iglesia. Un cine en el que, sin necesidad de referirse concretamente a temas religiosos, una a la más exquisita amenidad un fondo moral en el que resplandezca la dicha de vivir con la conciencia limpia y el corazón puro. Sabemos que ello es difícil, pero conocemos también el poder y la fuerza de las organizaciones católicas y la necesidad apremiante de su existencia.

Al mundo católico se le ofrecen hoy dos enemigos fundamentales; en el campo social, el comunismo; en el de las costumbres, el cine. Como no podía ser menos, ambos son superados por nuestra Doctrina. Sólo la caridad verdadera, la pregonada y realizada por Cristo constituye la solución de los intrincados problemas sociales. En cuanto al cine, es preciso dejar bien sentado que la vida que propugna nuestro ideario, una vida esforzada, serena, de sacrificios y dominio de las pasiones, posee mucha mayor belleza, incluso desde el punto de vista terreno, que esos paraísos falsos que percibimos a través del celuloide.

(«El Pensamiento Navarro», 14-XII-1945)

AVENIDA

CEA

UN TRIUNFO MEMORABLE

JULIO PEÑA, MANUEL LUNA, JESUS TORDESILLAS

Dirección: JUAN DE ORDUÑA

MISION BLANCA

4ª SEMANA

LA OBRA UNIVERSAL DE ESPAÑA: CIVILIZAR POR EL AMOR

VEA USTED LA VARIEDAD DE MODELOS PARA LA SEMANA SANTA QUE PRESENTA

CALZADOS SANCY

BILBAO

DEL LUNES AL VIERNES

JESUS DE NAZARETH

Distribución Filmófono

La recaudación íntegra de esta Empresa, correspondiente al Jueves y Viernes Santo, será destinada a los suburbios.

SABADO DE GLORIA:

La gran superproducción

SOBERBIA

George Sanders

REY SORIA FILMS

Encuesta

¿QUIEN HA INFLUIDO MAS EN USTED, GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA?

El autor de «Paradoja», una de las promesas más alentadoras de menos de veinticinco años, dice:

—Tras la generación del 98 está la que nació en el crítico trance del Movimiento nacional. Yo me encuentro en la novísima vanguardia de los que tenemos veintiún años. Zunzunegui, Cela, Viñolas, Pombo, están siendo; nosotros empezamos a ser.

Como ha escrito el maestro espiritual de mi generación, José Ortega y Gasset, «circunstancia y decisión son los dos elementos radicales de que se compone la vida». Nuestra circunstancia son los hombres del 98, nuestra decisión cristiana, optimista y española, la hemos conquistado nosotros mismos.

El que más influye en la novela actual es Baroja, aunque su obra representa valores que en gran parte descubrió Francia hace casi un siglo y que hoy vemos en trance de superación. La influencia de *Azorín* es menos evidente porque está más diluida; pero a él se debe toda la serenidad de nuestra literatura actual. El genio de Valle-Inclán, más que la forma, late en los jóvenes y magníficos escritores gallegos de hoy. Miró es el que hasta ahora ha tenido menos discípulos. Pero tras el llamado *realismo* —culturalmente anacrónico— emerge una novísima generación que ha leído las *Figuras de la Pasión*.

En cuanto a los poetas, las actitudes se suceden con rapidez. Después de la poesía en armas vienen, bajo el magisterio de Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, la poesía pura de Eugenio Nora, la mística moderna de José María Valverde y el hondo calor racial de un gran temperamento artístico, Torcuato Luca de Tena.

Mi personal actitud ante el arte está formulada y realizada, en sus líneas generales, en mi libro *Paradoja*.

(«ABC», 9-XII-1945.)

Gonzalo Fernández de la Mora.

ESPAÑA HA SABIDO BUSCAR SU GENIO EN LAS TAREAS INTELECTUALES

Portugal tiene en ella un luminoso ejemplo

Un artículo del diario "Victoria" de Lisboa

(Agencia «EFE», 6-II-1946.)

El ex coronel Perón, candidato triunfante a la presidencia, pronuncia un discurso ante la multitud que acudió a la plaza de la República para testimoniarle su adhesión.

(«Mundo», núm. 317.)

EL COMUNISMO TIENE MUCHOS PARTIDARIOS ENTRE LOS CAPITALISTAS ARGENTINOS

En cambio, las clases obreras tienen como lema "Dios, Patria y Hogar"

(«Arriba», 5-II-1946.)

A LA MAJA DESNUDA

Tú tienes frío hasta los huesos, joya,
y he de echarte una manta palentina.
Si dejamos de ver canela fina,
por otra parte, la moral me apoya.

Entre ventana, puerta y claraboya
–Cayetana, Fulgencia o Serafina–
se te ha puesto la carne de gallina
por obra y gracia del señor de Goya.

Tiritas, castigada sin brasero;
en los montes, la nieve del enero
y, en tus muslos, la nieve y las violetas,

Cuando puedes pegarte un gran verano
veneciano, en un óleo del Ticiano,
sin perder, lo que valgas, en pesetas

RAFAEL SANCHEZ MAZAS
(De la Real Academia Española)

Centenario de Goya-Madrid, 1946

(«Fotos», núm. 478, del 27-IV-1946.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

Venturi: "El populismo ruso"

Los veinte años de luchas, derrotas y sacrificios de los populistas marcarían indeleblemente el destino de la Rusia moderna. Una traducción del populismo a niveles estéticos: «Los sirgadores del Volga», de Ilià Yefímovich Repin (1870).

Eduardo Tijeras

EL AUTOR

El italiano **Franco Venturi**, nacido en 1914, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Turín, conocido por otras varias e importantes obras, entre ellas el **Settecento riformatore. Da Muratori a Beccaria** (1969), mantenía desde los años treinta, como una constante vital e intelectual, el deseo de estudiar la historia del movimiento revolucionario del XIX ruso. Una estancia de tres años en Moscú, entre 1947 y 1950, le dio la oportunidad de consultar los archivos de la Biblioteca Lenin, como base, no decisiva desde luego, dentro de la inmensa bibliografía manejada, para empezar a romper el silencio establecido y la profunda ruptura historiográfica entre populistas y marxistas.

EL TEMA

Populismo es la traducción de la palabra rusa **narodnichestvo**, que deriva de **narod**, pueblo. Cuando el movimiento adquirió fuerza se acuñó la palabra **narodnik**, populista, para designar a sus miembros y adalides. La ideología populista cristalizó en torno a la revolución europea de 1848, encarnada en la figura de Herzen y en sus intentos de dar vida a un germen socialista en la Rusia de Nicolás I. Todo el socialismo ruso es populista desde 1848 a 1881, y Venturi lo considera como el tronco común del que después, al cambiar las condiciones, llevó a la revolución de 1917. Gran parte del esfuerzo de Venturi está encaminado, con sus deslindes y acotaciones, a demostrar que el estudio minucioso de la aventura populista, sus confluctos y peripecias, como parte destacada de todo la rica tradición socialista europea —cuya complejidad es imposible monopolice una sola corriente, aún siendo la marxista—, «podía servir de llamamiento y de medida para los soviéticos que despertaban a la comprensión de los principios, de las raíces de la sociedad en que vivían».

Los veinte años de luchas, derrotas y sacrificios de los populistas marcarían indeleblemente el destino de la Rusia moderna. Los populistas crearon el partido de los revolucionarios profesionales y una nueva relación entre la **inteliguentsia** y la revolución. Para un destacado crítico de la obra de Venturi, I. Berlin, retornar a la esencia del populismo, históricamente considerado, es importante porque los temores y las contradicciones de aquellos primeros revolucionarios rusos en torno a los problemas de la relación entre las **élites** y el pueblo, de la dictadura revolucionaria y de las masas trabajadoras, «volvían a presentarse con angustiosa inmediatez en la Unión Soviética en el tránsito de los años 50 a los 60».

El populismo ha atraído especialmente la atención de los historiadores soviéticos en estos últimos años, por sus connotaciones democráticas, aunque el problema inevitable del renovado interés es siempre la comparación histórica con el marxismo. Dice Venturi: «A medida que la historiografía soviética se

consagre, como es deseable, a reconsiderar las relaciones entre mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios, se encontrará cada vez más ante las cuestiones que ya están **in nuce** en la historia del populismo y de todo el movimiento revolucionario, de Herzen a la **Narodnaya volia»**, Herzen como inspirador y la **Narodnaya volia** («La Voluntad del Pueblo») como la revista integradora de los ideales de este partido.
La temática del libro de Franco Venturi se expresa por la narración de las conjuras y las luchas provocadas por el populismo para destruir la autocracia zarista.

LA EDICION

La primera edición de **El populismo ruso** fue lanzada por Einaudi en 1952, y la segunda edición, también por Einaudi, veinte años después, en 1972. Estos veinte años de diferencia no gravitan excesivamente sobre la vigencia de la obra —por tratarse de una obra histórica es, en cierta manera, de contenido intemporal—, mejor dicho, no gravitan de ninguna forma por la sencilla razón de que, aparte el citado valor intemporal, Franco Venturi ha escrito una extensa introducción a la segunda edición que por sí sola, la introducción, ya reúne cualidades sintéticas y valorativas de **otro** libro de plena actualidad, donde no solamente el autor se hace eco del ambiente crítico despertado por su obra, sino que acierta a formular sus tesis con la regularidad y precisión que la decantación comparativa —Venturi inspiró a la crítica y la crítica, a su vez, no dejó de brindarle algunas que otras nociones, hasta crear un cuerpo común de pensamiento reflejado positivamente en la mencionada introducción— le ha permitido en cuanto a posible perfeccionamiento del aparato bibliográfico y matización de las opciones en el estudio del tema.
En esta segunda salida se basa la versión castellana realizada cuidadosamente por Esther Benítez y que ha editado en dos tomos la Biblioteca de la «Revista de Occidente» (Madrid, 1975; 1086 págs.), sección Ciencias Históricas. En el consejo asesor figuran Maravall, Artola, Caro Baroja, Anes, Terán y Varela Ortega. Me parece elogiable el esmero de la edición, libre de erratas, atractivo, con su útil índice onomástico —costumbre que, por desgracia, se va perdiendo entre los editores, no sé si por razones económicas o por simple negligencia (creemos que el índice onomástico en los libros de ensayo y pensamiento es imprescindible)—, pero no me gusta ni la creo útil la forma de insertar las notas al final de cada capítulo. Consultarlas plantea laboriosos manejos de paginación y búsqueda innecesarios. Las notas deben ir a pie de página o al final del libro, correlativamente numeradas.

CONTENIDO Y DESARROLLO

El creador del movimiento populista ruso es Herzen, nacido a la vida política por la emo-

La ideología populista cristalizó en torno a la revolución europea de 1848, encarnada en la figura de Herzen —en el grabado—, quien intentó dar vida a un germen socialista en la Rusia de Nicolás I.

ción y el horror que le inspiró la rebelión y represión de los llamados decembristas (1825), que era la salida final de un esfuerzo que ya duraba cien años. Entre Herzen y los escritores eslavófilos, por oposición, contribuyeron a convertir el socialismo ruso —de reflejo intelectual de problemas occidentales que era— en una fuerza ligada con la realidad campesina de su país. Otro de los populistas famosos, Bakunin, se inspira, antes que en Marx, el cual carecía del «instinto de la libertad», en Proudhon. Para buscar las raíces del movimiento populista, Venturi acomete la empresa de esclarecer el «cotidiano y creciente enfrentamiento entre campesinos, nobles y Estado en el imperio de Nicolás I» y la lenta penetración de las ideas socialistas, así como la pugna de fuerzas que había convertido a Rusia en el último país de Europa que procedió a la liberación de los siervos y que tuvo como defensores, entre otros, a Ogarëv y Petrashevski. Si Herzen —quien, por cierto, odió intensamente durante su exilio en Londres a los alemanes que se congregaban en torno a Marx— fue el creador del movimiento populista, Chernyshevski fue el político y dio ideas y líneas de acción, ayudado por Dobroliúbov, cuya obra ha quedado como una vigorosa protesta contra «el amor platónico en la actividad social». Shapov acabó convenciéndose de la función dirigente de la **inteliguentsia**, pero antes creó el filón del populismo que miraba a la aldea con el ánimo de quien escucha y aprende reverente, no con el de quien enseña y predica.

Venturi dedica hermosas plo nas e la lucha por la libertad y a las agitaciones campesinas. Antes de seguir sirviendo a los señores, los campesinos, frente a las tropas, estaban dispuestos a morir por «Dios y el zar». El movimiento estudiantil proporcionará al populismo sus mandos iniciales. Uno de los primeros grupos típicos populistas surgió en Moscú, años 1854-55, integrados por lo que la autoridad denominaba **estudiantes negros**, es decir, los que no procedían de las clases elevadas. Respecto a la libertad de la mujer, problema no prioritario a juicio de Chernyshevski, pero integrante de las transformaciones que sufría la sociedad rusa, Mijailov transplantó las discu-

Si Herzen fue el creador del movimiento populista, Chernyshevski (a quien vemos) se mostró como el político que da ideas y líneas de acción. Otros hombres fundamentales en el grupo de los populistas fueron Dobroliúbov y Shapov.

siones en torno al antifeminismo de los últimos libros de Proudhon.

Observamos cómo los primeros grupos, las revueltas, los libelos, la prensa clandestina, las detenciones, las matanzas, las huelgas, las reivindicaciones sociales y el ancho cuerpo teórico de un país en ebullición va adquiriendo efectividad práctica.

En la obra de Franco Venturi hay un valioso componente biográfico. Muchos personajes oscuros o esquemas de individuos, sombras de la historia, adquieren perfiles humanos, dentro de su excentricidad y a veces de su fanático heroismo, que, de otra manera, si no es por la voluntad del autor, se habrían hundido para siempre en la confusión del tiempo. Emociona, por ejemplo, si cabe el término, la vida de Nechaev, la mayor parte del tiempo en la cárcel o en el exilio y que hizo gala de una fiera dignidad invencible que ni los cepos en pies y manos pudieron mitigar.

Constituye factor de elevado interés el aislamiento de las vías por las que se fueron incorporando al movimiento populista las ideas marxistas: «El marxismo —escribe Venturi— actuaba ante todo dándoles una mayor confianza en el devenir histórico y suscitando el deseo de una investigación, de un estudio sociológico de conjunto». También, datos muy particulares de la época, silenciados por los grandes esquemas políticos y económicos, tales como la miseria del estudiantado. Anota Venturi que los estudiantes «llegaban de provincias lejanísimas, a veces a pie, para estudiar; dormían a veces dos en una alacena, y en el verano en los jardines públicos, si la policía se lo permitía», en una época en que el Gobierno, desordenadamente, amplió el acceso de las clases populares a las Universidades.

En general, el prototipo de revolucionario ruso se caracterizó por su apasionamiento casi místico, su anhelo cultural y por la trayectoria que comportaba la actividad clandestina política, el confinamiento, la cárcel, la emigración o la pena de muerte. La mayoría de los revolucionarios dio con sus huesos en la tristemente célebre —ya como lugar común— fortaleza de Pedro y Pablo. La diáspora populista recalaba en la Europa occidental, y París, Londres y Zurich hervían con las polémicas de los emigrados rusos, detalladamente observadas por Venturi. En **El populismo ruso** se pasa revista a los grupos de presión que intentaron modificar el régimen de la Rusia feudalista y sirvieron de base a las ulteriores transformaciones que, acaecida la revolución del 17 y asentado Stalin, silenció esa etapa de la historiografía rusa. Venturi no ha dejado ninguna conspiración, conjura, personalismo rebelde, mitin, libelo, proclama, atentado u obra teórica de aliento sin su correspondiente acotación, con lo que ha demostrado tanto el rigor de su planteamiento como su enjundioso aire vocacional por el tema.

En su decisivo libro «El populismo ruso», Franco Venturi califica de «cotidiano y creciente» el enfrentamiento entre campesinos, nobles y Estado durante el imperio del zar Nicolás I.

CONCLUSION

La obra de Franco Venturi, por su riqueza en el dato y los temas que suscita —las características y el sentido del terrorismo (atentado mortal contra el zar Alejandro II), los fundamentos de la fe socialista, los conflictos de la relación **élite** - pueblo, los problemas agrarios, la importancia de las tradiciones campesinas, la evolución del feminismo eslavo, el «separatismo» siberiano, la penetración de las teorías marxistas, el componente biográfico y humanista, la idiosincrasia eslava occidentalizada, los modos de vida, el mecanismo de la censura, el negocio que supuso para el estado la «liberación» de los siervos, el aleteo de los últimos destellos «románticos» de la revolución y la confianza en las meras posibilidades de la «causa justa», etc.—, es ya una obra clásica en el contexto de la historiografía que

hunde sus raíces en las motivaciones de la actual Rusia sovietizada.

Pese a los sufrimientos de los activistas, a los grilletes, las condiciones infrahumanas de los presos y sus confinamientos a perpetuidad en Siberia, aún en esta época latía un cierto primitivismo de cierta inocencia, tanto en los rebeldes como en las técnicas represivas, hoy totalmente cambiado de signo en todo el mundo. Los revolucionarios actuaban, si no abiertamente, sin guardar grandes precauciones, con una confianza que ahora no tiene por menos que aparecérsenos inocente o demasiado noble. En contrapartida, la represión tampoco había alcanzado sus tácticas sutiles. Termino con una anécdota. Mijailov, condenado a muerte, a quien Alejandro III conmutó la pena por la de trabajos forzados, podía escribir desde laprisión y poco antes del proceso cartas a sus amigos en las que decía: «En Rusia no hay más que una teoría: conquistar la libertad para tener la tierra». Y agregaba: «Sólo hay un camino: disparar al centro». ■ **E. T.**

Además de ser el último país que procedió a la liberación de los siervos, la Rusia del XIX mantenía unas brutales diferencias sociales entre la clase dirigente y las populares, de lo que esta imagen puede ser un símbolo.

Todo el socialismo ruso es populista desde 1848 a 1881, y cabe considerar a tal movimiento como el tronco común del que, años después, llevaría a la Revolución de 1917. El 1 de mayo de dicho año saltaba esta manifestación popular por las calles de Vladivostok...

El último texto de Valle Inclán

Caricatura de don Ramón del Valle Inclán, por Alejandro Sirio.

Problemas en torno a "El trueno dorado"

Emilio Salcedo

EL malogrado Gustavo Fabra Barreiro, marcado de muerte en plena juventud, preparó para la imprenta la resurrección del último texto valleinclanesco, una novelita inacabada, pero que, por la misma estructura escénica de la narrativa de Valle, vale como obra conclusa y vuelve a los lectores para suscitar problemas que son consustanciales con la escritura del señor de la Puebla de Caramiñal (1).

En la introducción a sus **Ensayos críticos,** apunta Roland Barthes algo quen mutatis mutandi, muy bien puede aplicarse a don Ramón: «Escribir (a lo largo del tiempo) es buscar al descubierto el mayor lenguaje, el que es forma de todos los demás. El escritor —sigue— es un experimentador público: varía lo que recomienza; obstinado e infiel, sólo conoce un arte: el del tema y las variaciones».

Valle reelaboró muchos de sus textos y en este quehacer, que era algo más que un simple afán perfeccionista, es necesario asentar la gran dificultad aún no resuelta para establecer una correcta bibliografía de su producción y no digamos una correcta y necesaria edición de sus **opera omnia.** No era tanto el acto de reescribir, lo que supondría considerar como borradores algunos textos, cuanto el de iniciar una obra distinta en la que se incrustan materiales anteriores, como un **collage,** pero cuyo funcionamiento varía, precisamente, por su traslado de contexto.

Aunque en todo ello hay que ver unas razones de tipo económico, si Valle anticipa como novelas cortas, desde 1926, al empezar a escribir **El ruedo ibérico,** fragmentos de su obra (también lo había hecho con otros de **Tirano Banderas),** en los últimos años de su vida vuelve a un procedimiento inverso: en 1931 publicando en «Ahora» lo que podría suponer una corrección para la edición definitiva de **La corte de los milagros,** texto que sigue siendo necesario sacar a la luz. Algunos intentos anteriores, como **La corte de Estella,** tienen carácter de reelaboración y resumen, con independencia textual, del ciclo de **La guerra carlista.**

Pero el caso de **El trueno dorado** es distinto. Al emprender la primera trilogía de las tres que formarían la serie, Valle Inclán le había confesado a Gregorio Martínez Sierra: «**El ruedo ibérico** es obra a la cual lo más probable es que no se pueda dar fin, ya por su extensión y mis años, ya por sus dificultades». En 1931, estando don Ramón en Roma sufre un nuevo ataque de hematuria, la enfermedad que le llevará a la muerte. De regreso a España se retira a Galicia. Con gran esfuerzo va publicando en «El Sol», en folletón, lo que tiene escrito de **Baza de espadas,** de julio a septiembre de 1935 y deja el proyecto inconcluso. Hay períodos en los que le es imposible escribir; sólo algunos artículos para «Ahora», en un intento desesperado por sentirse vivo aún. Es interesante no olvidar que dedica varios artículos a comentar el libro del conde de Romanones sobre Amadeo de Saboya, defendiendo que Paúl y Angulo (personaje de **Baza de espadas**) no participó en la conspiración contra Prim. El socarrón conde decía que él era el

91) **Ramón del Valle Inclán: «El trueno dorado».** Prólogo y notas de **Gustavo Fabra Barreiro.** Nostromo editores, Madrid, 1975.

hombre que sabía más historia del siglo XIX, después de Valle Inclán. En estos artículos se destacan rasgos descriptivos muy al tono de **El ruedo...**, pero en ningún momento presuponen el intento de continuar el ciclo novelesco, ni siquiera la novela que cerraría la primera trilogía. Y es entonces cuando la emprende con **El trueno dorado.**

¿Se trata de una corrección de «Ecos de Asmodeo», el libro segundo de **La corte de los milagros?** Sencillamente, no. Repite, sí, algunos capítulos en esta equivalencia: XII-II, XIII-III, XIV-IV, XV-IX, XVI-X, XVII-XI, XVIII-XII, XIX-XIII, XX-XIV. Son nuevos en **El trueno dorado** los capítulos I, V al VIII, parte del XIV y todos los siguientes hasta el XXI. Los «Ecos de Asmodeo» tiene veintisiete capítulos, de los que sólo han sido aprovechados nueve.

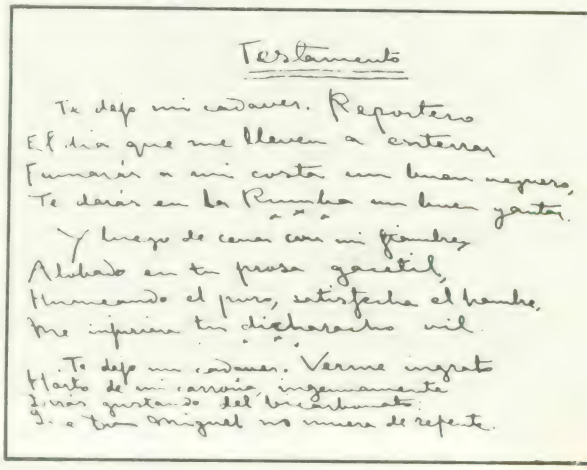
La primera poda del relato inserto en **La corte de los milagros** es la referencia ambiental (que juega siempre un poco como coro de la Historia) en la que se mezclan los salones de los Torre-Mellada y personajes históricos como Adelardo López de Ayala y los asiduos del café Suizo. Desde el capítulo XX se vuelve a los Torre-Mellada y la desbandada familiar tras la muerte del guardia, que preparan todos los sucesos de la siguiente novela **Viva mi dueño.**

En **La Corte de los milagros,** la muerte de un guardia a manos de los señoritos del trueno, es sólo un episodio, fundamental, pero un episodio. En este otro relato que reemprende Valle Inclán en la clínica, se elabora una novela distinta, paralela, en la que se profundiza en el mundo de la víctima. El plan para buscar un presunto culpable, la prolongación de la visita de la marquesa de Torre-Mellada y su hija Feliche en la casa del guardia donde le ven morir (en la anterior versión murió al ser arrojado por la ventana), que utiliza para la presentación de todo un mundo de vecindario, vienen continuados en el relato por la aparición de la hija del guardia y su coime, que será detenido, la visita del forense que pretenderá hacer la autopsia y, llenándolo todo, la figura casi silenciosa, como un reproche a todo cuanto sucede, del anarquista Fermín Salvoechea.

En la inacabada novela **Baza de espadas,** figuran algunos personajes muy semejantes, pero que no son, en rigor, los mismos, ni siquiera Salvoechea. Teodolindo Soto, granuja conocido de **El pollo de los brillantes,** es más joven y menos derrotado en **Baza** que en **El trueno**; igual que Salvoechea que aparece en 1868, a sus 26 años, en un viaje con Bakunin a Londres. La Sofi, en **Baza de espadas,** es la bailarina rubiales Sofía Aranguren que se enamora del joven anarquista y que para nada recuerda haber tenido un padre guardia; en cuanto a Indalecio Meruéndano, el jaque de la rubiales, sólo coincide en el nombre y en la profesión.

El Fermín Salvoechea de **Baza de espadas** es un hombre joven, sin sus gafas —perpetuadas en los grabados de la época y en un sello conmemorativo emitido por la Segunda República—; en **El trueno dorado,** encontramos ligeros matices que nos lo presentan más viejo, amén de sus gafas: «barbujas descoloridas», «apagado y circunspecto»,«clara sonrisa de hombre ejemplar». Valle Inclán, cuidadoso de todos los pormenores, es sorprendentemente certero en su retrato de Bakunin y de su compañero, el Boy, el famoso Nechaev, Arsenio Petrovich Gleboff; señala ya las características del que sería gran farsante, chantajista y burlador del viejo anarquista. Claro que, si Bakunin y el Boy se conocen en 1869, Valle, en **Baza de espadas** los sitúa juntos, en un barco frente a Gibraltar un año antes.

Por el tiempo en que escribe y publica en «El Sol» estos fragmentos de su última novela de **El ruedo ibérico,** el movimiento anarquista es una poderosa corriente entre las fuerzas políticas del país. Valle, que no ocultó su simpatía por el **gesto** fascista de Mussolini en su tiempo de Roma (como señaló Arderius y ha recordado Hormigón, los gestos o tics le encantan por cuanto pueden reducirse a ademán escénico en su calidad plástica y estética), no oculta su antifascismo no su proclividad hacia el comunismo, más ganado por la figura de Lenin, aunque no fuese nunca hombre de partido; pero no ignora que, en España, el anarquismo ha prendido antes que el marxismo; el


Testamento

Te dejo mi cadaver. Reportero
El día que me lleven a enterrar
Fumarás a mi costa un buen puro,
Te daré en la Rumba un buen yantar.
Y luego de cenar con mi querida
Alabado en tu prosa gacetil,
Humeando el puro, satisfecha el hambre,
Me imprima tu dicharacho mil.
Te dejo mi cadaver. Verme ingrato
Harto de mi carroña, ingenuamente
Y más gustando del bacalao:
Y a tu Miguel no muera de repente.

Facsímil de un manuscrito de Valle Inclán: el correspondiente a la primera parte de su poema «Testamento», que vería la luz una vez fallecido don Ramón.

viaje de Fanelli y Eliseo Reclus fue más eficiente que el posterior de Lafargue, yerno de Marx. Bakunin subestimó, no obstante (véase la espléndida biografía de E. H. Carr) la penetración anarquista en nuestro país. Valle, como siempre, al recrear la Historia, piensa también en lo que está pasando cuando escribe y escribe en dos planos. En este sentido es conveniente recordar que, cuando en 1931 se traduce al ruso **Tirano Banderas,** los críticos se dividen en dos opciones, pensando en una representación del dictador mejicano Porfirio Díaz, unos y otros en el general Primo de Rivera. Fedor Kelin, que mantenía este último enfoque, consultó al escritor gallego y éste le contestó en una carta: «Puede y debe interpretarse de ambas maneras».

Según la estructura de **El ruedo ibérico,** por sus propias leyes de construcción del relato, no puede hacer que luego no se reconozcan personajes que habrían estado juntos antes (La Sofi joven y el Salvoechea maduro de **El trueno dorado;** la Sofi ajada y el Salvoechea joven de **Baza de espadas).** Lo que Valle Inclán, con un pie ya en el estribo, intenta, es escribir un relato distinto, pero no corregir **El ruedo ibérico,** cuya culminación ha abandonado ya. La limitación de su enfermedad, la urgencia que siente, le lleva a utilizar viejos materiales, nombres y tipos que se hacen distintos y, lo que parece interesante, responder a un reproche que le ha sido formulado: la ausencia en **El ruedo** del proletariado urbano y que se vislumbra como posible en esa casa de vecindad en que vive Salvoechea y muere el guardia defenestrado. Un buen elemento de enlace, testimonio de una toma de conciencia colectiva, es la admiración que todos los personajes sienten por el anarquista, personalidad que fascinó siempre a Valle Inclán y que Blasco Ibáñez, nominándole Fernando Salvatierra, noveló tambien en **La bodega.**

La transformación textual parece orientada en otro sentido, aunque siempre sea en él un recurso estilístico. **El trueno dorado** se desgaja del tronco de **El ruedo ibérico;** no es un volver a él en el doble acto de la poda y el injerto, si bien usa de los mismos recursos para, haciendo una novela histórica, hacerla a la vez contemporánea.

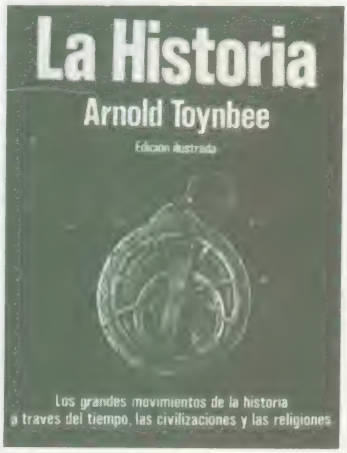
De todas formas, si Valle Inclán había renunciado a concluir **Baza de espadas,** hay que ver en **El trueno dorado** un empeño más modesto estéticamente, desde la situación a que se ve reducido en su automoribundia, aunque a la vez tenga toda la grandeza del oficio del escritor que, hasta el último momento, sigue escribiendo en un desesperado esfuerzo contra la muerte. ■ **E. S.**

Valle Inclán, caminando por el madrileño Paseo de la Castellana. La publicación de «El trueno dorado» contribuye al conocimiento de una de las figuras españolas más originales de este siglo.

TOYNBEE: UNA TEORIA DE LA HISTORIA

Recientemente tuve ocasión de exponer con cierto detenimiento en estas mismas páginas (TIEMPO DE HISTORIA núm. 13) lo que a mi juicio es más importante del alcance teórico de la obra levantada por **Arnold J. Toynbee.** No insistiré de nuevo en lo ya dicho y supondré al lector suficientemente informado de las principales características de este discutible monumento historiográfico. Esta breve nota quiere tan sólo dejar constancia de la aparición en España del volumen **«La Historia»,** última refundición intentada por Toynbee de su obra principal. Como se sabe, **«A Study of History»** ocupa doce gruesos volúmenes, publicados de 1934 a 1961. En esta visión total de su sistema, Toynbee apoya cada una de sus teorías generales con pormenorizados «excursus» sobre puntos concretos de la historia, que en ocasiones resultan ser auténticas monografías del tema tratado. Pero desde que completó su gran obra, el historiador inglés tuvo la preocupación de realizar compendios que supeimiesen lo más frondoso de estos estudios monográficos, que interesaban tanto al especialista como distraían de la teoría esencial al profano. En sucesivos resúmenes fue reduciendo sus exposiciones a las líneas generales de su filosofía de la historia, conservando solamente aquellas disgresiones concretas sobre temas parciales que fuesen indispensables para la sustentación del conjunto. El más completo de estos compendios es el que ha sido publicado en cuatro volúmenes por Alianza Editorial, en sus libros de bolsillo.

El libro que con el título «La Historia» publica ahora la editorial Noguer, es el último de estos resúmenes y el más sucinto, pues ocupa un solo volumen. En él se encuentra lo fundamental de la teoría histórica de Arnold J. Toynbee, despojada de todas aquellas ramificaciones no indispensables para el lector no especializado o, sencillamente, para quien tenga interés por conocer sin divagaciones la quintaesencia del pensamiento de Toynbee, reconociéndole sin pruebas su erudición histórica, incontestable del mismo modo que se concede a los soldados el valor. El libro se abre con un capítulo dedicado a plantear los términos principales del sistema de Toynbee (civilización, cultura, sociedad) y los tres «modelos» fundamentales de civilización: griego, chino y judío. A continuación se estudia la génesis de las civilizaciones, descartando los factores mecánicamente deterministas y explicando la noción generativa de desafío - respuesta. Sigue luego un capítulo dedicado al crecimiento de las civilizaciones y otro, muy interesante, dedicado a su declinar, en el que se estudian los ejemplos concretos de Atenas, Venecia, el Imperio Romano de Oriente, etc... El siguiente capítulo está dedicado a los factores de descomposición de las civilizaciones, estudiándose en él los conceptos (esenciales en el esquema toynbiano) de proletariado interior y proletariado exterior. Se pasa luego al estudio de los Estados Universales, sus beneficios y su idolatría; se analiza el papel que juegan en ellos las lenguas y escrituras, las comunicaciones, las capitales, etc... El mismo trabajo se realiza con las Iglesias Universales, preguntándose centralmente si son respuestas sociales a una ilusión o a una realidad. Después se trata el tema de las edades heroicas, los bárbaros clásicos y la función histórica del instinto predatorio. Luego vienen dos extensos trabajos sobre los contactos de las civilizaciones en el tiempo y en el espacio, con diversos ejemplos de encuentros entre culturas y sus consecuencias sociales y psicológicas, así como una especial atención al problema de los **renacimientos,** sean institucionales, artísticos, religiosos, etc... El libro se cierra con un capítulo significativamente titulado «¿Por qué estudiar historia?», en el que se analiza el papel cultural de los historiadores y las condiciones generales de su función. La obra va completada con mapas y cuadros cronológicos.



Quizá uno de los mayores atractivos de este interesante resumen del pensamiento de Toynbee sean sus muchas ilustraciones, seleccionadas en buena parte por el mismo historiador. Este excelente archivo gráfico en color y blanco y negro suple eficazmente en ocasiones a las siempres enfadosas disquisiciones verbales. ■ **FERNANDO SAVATER.**

AGRICULTURA Y CAPITALISMO EN ESPAÑA

La izquierda, ignorando el potencial de la agricultura como fuente de capitales, se ha enfrentado tradicionalmente a los problemas de la agricultura española tratando de demostrar que su estructura no podía sino frenar el desarrollo económico del país, y lo cierto es que tal desarrollo se ha dado sin que se haya hecho una reforma agraria.

La crisis de la economía natural agraria convierte a la agricultura en una actividad económica cada vez más dependiente del consumo de materias primas no renovables y de re-

cursos financieros, cada vez mayores, originados fuera del sector. A analizar el papel de la agricultura en el desarrollo del capitalismo español desde la última guerra civil está dedicado el libro que comento (**«La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)».** Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1975, 248 págs.), resultado del trabajo en equipo de **J. L. Leal, J. Leguina, J. M. Naredo** y **L. Tarrafeta,** estructurado en tres capítulos que abordan el problema desde diversos aspectos.

En el primero de ellos, debido a Leal y Naredo, se estudian, tras una serie de consideraciones metodológicas, la concentración de la tierra y la comercialización de sus productos como marco favorable para crear una capacidad de financiación del sector. La disminución de los salarios reales entre 1940 y 1951 con relación a los años anteriores a la última guerra civil, resultado, en no escasa medida, del «reparto del poder político que la guerra civil produjo» (pág. 18) —que dejó reducido el «consumo de los jornaleros sin tierras a niveles próximos al de subsistencia» (pág. 46)— permitió no sólo compensar la caída de la producción agraria —infravalorada en las estadísticas oficiales a causa de las ocultaciones de productos destinados al lucrativo mercado negro de la época—, sino también una gran acumulación de capital, al menos hasta 1951, aun a costa de que el consumo real por habitante y año, todavía en 1953-56, sólo proporcionase 820.400 calorías del millón estimado como necesario por los nutricionistas; es decir, aun a costa del hambre a escala nacional. En los años cuarenta y cincuenta se produce «el último asalto a la propiedad de la tierra por los agricultores..., utilizando la importante capacidad financiera que les brindó, primero, el estraperlo, y, después, las condiciones especialmente favorables en que los situaba la relación precios - salarios de aquella época» (pág. 73). 1951 marca el punto álgido de este proceso de acumulación, ya que en esa fecha se vuelven a alcanzar los volúmenes de producción de los años treinta y casi, por tanto, el autoabastecimiento del país. En fin, durante la primera mitad de la década de los cincuenta se produjo una importante transferencia de recursos agrarios hacia la industria, al mismo tiempo que las transformaciones del sistema económico dieron al traste con la sociedad agraria tradicional, disminuyendo la importancia del sector como fuente de acumulación al ampliar la crisis el mercado interior y tener que utilizar medios de producción de origen industrial. Por otra parte, la degradación del sistema fiscal en la agricultura ha llevado al anquilosamiento de la contribución principal —unos 2.000 millones de pesetas recaudados por rústica en 1973— y a la proliferación de otros impuestos —16.000 millones de pesetas recaudados en dicho año por otros conceptos— sobre el sector agrario.

Planteada la progresiva dependencia de la agricultura de capitales ajenos al sector, ¿cómo actúa el sistema crediticio en el trasvase de recursos agrarios? De este aspecto se ocupa el segundo trabajo del libro, debido a Tarrafeta. Se trata de evaluar el endeudamiento del sector y la distribución racional del mismo y, de otra parte, de lograr una aproximación a la distribución regional de la salida de recursos del sector a través del sistema crediticio. Tras analizar los complicados canales de distribución de los créditos (IRYDA, SENPA, Banco de Crédito Agrícola, Banco Hipotecario de España, Cajas Rurales y de Ahorros, Banca privada, etc.) y los problemas planteados por la falta de estadísticas adecuadas, se destaca la decisiva participación del crédito oficial en el sistema crediticio, la creciente dependencia financiera del sector por la progresiva exigencia de capitales y la correlación entre los niveles de renta y de endeudamiento; a mayores ingresos, mayores recursos al crédito, lo que hace que la mayoría de los agricultores, los de rentas más bajas, se vean excluidos de los circuitos crediticios, quedando reducidos al mantenimiento de empresas semimarginales y «con escasas perspectivas de llegar a acceder a francos umbrales de rentabilidad» (pág. 150). Por lo que a la distribución regional de los créditos se refiere, se distinguen regiones capitalizadas, que son las que registran mayores rendimientos por Ha. y rentas —y endeudamientos, es decir, recursos al crédito— superiores al promedio nacional (Cataluña - Baleares, Canarias, Vascongadas y Navarra); regiones semicapitalizadas (Andalucía oriental y occidental) y regiones de capitalización inferior al resto del país. La salida de recursos del sector se da todavía, aunque su progresiva pérdida de importancia revela la irreversible dependencia del sector agrario del sistema crediticio.

En el tercer y último trabajo, debido a Leguina y Naredo, se analiza con gran rigor estadístico el fenómeno que ha posibilitado en buena medida el desarrollo del capitalismo español: el trasvase de mano de obra de la agricultura a otros sectores económicos. La cifra de emigrantes activos de la agricultura se sitúa por encima de los tres millones, la población activa agraria envejece —con las inevitables secuelas de despoblación y desertización— y, en general, los autores estiman que «la función de exportador de fuerza de trabajo ha tenido para el sector agrario durante la década del sesenta una importancia comparable, e incluso superior, a su función tradicional de productor de mercancías» (pág. 218).

A lo largo de todo el libro insisten repetidas veces sus autores en el carácter de estimación que, a pesar de los complejos y depurados recursos estadísticos utilizados, tienen las cifras ofrecidas, debido principalmente a la «penuria en que se mueve cualquier intento analítico de pasar más allá del manejo de magnitudes convencionales. El que el vacío informativo provenga no de las instituciones oficiales —organismos o entidades—, sino de las privadas —Banca y Cajas— demuestra el control que éstas ejercen sobre unos datos que en lugar de ser simplemente operativos resultan confidencialmente reservados» (pág. 138).

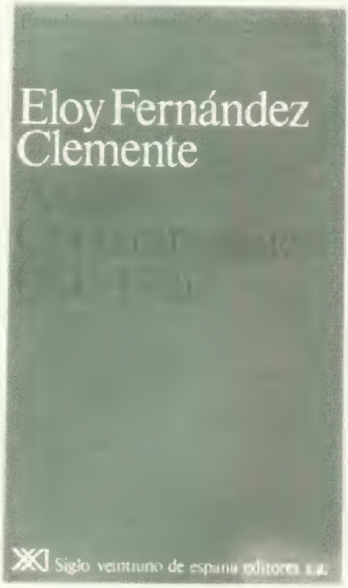
Esperemos, como desean sus autores, que el libro contribuya a cerrar «de una vez la etapa de las comparaciones estáticas de la agricultura española con las de los otros países europeos» (pág. 21), ya que se trata de un primer e importante paso, alejado de los mecanicismos al uso, en el conocimiento mucho más matizado del auténtico papel que el sector agrario ha desempeñado en nuestra reciente historia y desempeña en la actualidad. ■ **FERNANDO REIGOSA.**

ARAGON, ENTRE DOS GUERRAS CIVILES

El renacer de la conciencia aragonesa en los últimos años ha permitido calibrar las insuficiencias y miserias del pasado, de lo que es buena prueba la ausencia de historias sobre el Aragón contemporáneo. Aunque no hayan faltado estudios parciales sobre cuestiones concretas e incluso historias sobre la etapa como reino independiente [1], no existía una obra referida a la región aragonesa en que se estableciera el balance histórico de su desarrollo político propio y en relación a la totalidad del Estado español dentro de los dos últimos siglos. El libro que acaba de publicar **Eloy Fernández Clemente, «Aragón contemporáneo (1833-1936)»** [2], sin pretender ser exhaustivo en absoluto, no cabe duda de que viene a llenar un vacío en la historiografía regional y en particular en la aragonesa.

El Aragón contemporáneo que trata Eloy Fernández llena el período que va entre dos guerras civiles: se abre con el estallido de las primeras sublevaciones carlistas tras la muerte de Fernando VII y se cierra en las vísperas del 18 de julio de 1936. Es un período de permanentes luchas sociales y políticas en toda España entre las fuerzas de la burguesía ilustrada y la clase obrera contra la oligarquía financiera y terrateniente; los primeros, luchando por constituir a España en un Estado moderno, política y socialmente; los otros, defendiendo a machamartillo el orden existente favorable a sus privilegios e intereses minoritarios. Es un sucesivo período de luchas entre liberales y carlistas, progresistas y moderados, monárquicos y republicanos, frentepopulistas y derechistas. La historia de Aragón entre estas dos guerras civiles sigue los rumbos generales, pero con los matices propios de su estructura social y de las fuerzas políticas dominantes en cada período.

El autor de esta breve historia no profundiza ni da en absoluto su trabajo como acabado. El libro es un breve manual en el que se agolpan datos, cifras y fechas que le confieren un carácter eminentemente informativo. No obstante, aparte del interés ya señalado de ser el primer balance de este siglo que media entre dos guerras civiles, tiene la importancia de marcar un jalón en la naciente y creciente preocupación por el Aragón de hoy. Eloy Fernández, iniciador y director del quincenario «Andalán», uno de los máximos ejemplos de prensa regional, pertenece a una generación que ha tenido que descubrirlo todo y pasar sobre una muralla de deformaciones. La generación nacida en la posguerra tuvo que descubrir su propia identidad española (la de verdad, no la del aguachirris imperialista de restricciones y caldo maggi) y, por supuesto, regional. En el caso de Aragón, este hecho ha tenido particular importancia y es indudable que un hombre como Eloy Fernández, también al escribir este libro, está guiado por el interés de descubrir e impulsar una renovada conciencia regional. Del propio autor son estas frases de su introducción: «Esta es, además, una historia en que faltan casi todos los análisis en profundidad. Su brevedad, las dificultades ya expresadas, la propia voluntad editorial y las limitaciones del autor, le confieren ante todo un aire documental, informativo (...). Este pequeño libro pretende abrir, con sus insuficiencias y todo, un camino extraordinariamente atractivo. Está destinado, sobre todo, a los aragoneses de hoy, entre los que no cabe duda ha renacido un enorme amor e interés por su región.»



El material histórico se agrupa en ocho capítulos. Se inicia con un breve comentario demográfico, «La población aragonesa», y concluye con el dedicado a «La II República». Lo más importante, sin embargo, de este libro, a mi modo de ver desde luego, son sus apartados documental y bibliográfico. Casi la tercera parte la forman veintinueve documentos de diferente temática y extensión referidos a determinados aspectos de la vida política, económica o cultural aragonesas. El primero lleva la fecha de 1840. Hay que señalar que entre ellos se encuentran tres proyectos de Estatuto aragonés: el preparado por la Unión Regionalista Aragonesa en los albores de la dictadura primorriverista (1923); el del S. I. P. A., de 1931, y, finalmente, el elaborado por el Congreso de Caspe en junio de 1936. En cuanto a la bibliografía, Eloy Fernández proporciona una serie de datos de indudable interés, no sólo por los títulos enumerados, sino, ante todo, porque ilustra sobre las bibliotecas y hemerotecas —muchas de ellas privadas— en que se encuentran estos materiales de trabajo, fundamentales e imprescindibles para conocer el pasado próximo de Aragón.

Es necesario insistir en la oportunidad de este libro, más por lo que tiene de camino iniciado que por otra razón cualquiera. No cabe duda de que no sólo abre una brecha importante, sino que reúne una serie de datos dispersos y pone sobre la pista

[1] La más reciente, **«Aragón en el pasado»**, de José María Lacarra. Editorial Austral. Madrid, 1973.

[2] **Eloy Fernández Clemente: «Aragón contemporáneo (1833-1936)».** Estudios de Historia Contemporánea Siglo XXI. Siglo XXI de España, editores. Madrid, 1975.

de otros muchos que, sin duda, propiciarán ese urgente análisis todavía en suspenso que el propio Eloy Fernández o cualquier otro debe llevar a cabo. Ya no sólo hasta 1936, sino hasta un tiempo mucho más reciente que es el nuestro. ■ **JUAN ANTONIO HORMIGON.**

UNA MALA EDICION DE PRISCILIANO

Con esta nota intento analizar las condiciones en que se han presentado recientemente en castellano los **«Tratados y Cánones»** de **Priscciliano,** descubiertos por Schepss en 1885, en la Universidad de Würzburg, y que publicara, en su original versión latina, con las notas del alemán, don Marcelino Menéndez Pelayo, en Apéndice a la «Historia de los heterodoxos españoles». La traducción castellana que se comenta, junto con el preámbulo y las notas que la acompañan, se debe a **Bartolomé Segura Ramos** y la publica «Editora Nacional» en su «Biblioteca de visionarios, heterodoxos y marginados» (núm. 1, Madrid, 1975).
Aranguren («Informaciones de las Artes y de las Letras» correspondiente al 27 de noviembre del pasado año) calificó a esta nueva «Biblioteca...» de «prometedora y desconcertante». El primer acercamiento a este volumen parece confirmar los calificativos, puesto que la brevedad del preámbulo inducía a pensar que el «texto» prevalece sobre la presentación, que no se va «a jugar con el priscilianismo» (como dice Aranguren) y que nos encontrábamos ante una edición simple y formalmente cuidada de los escritos del obispo de Avila.
Sin embargo, en la página 105 nos encontramos con el «Tratado IX. Bendición a los fieles», y empiezan los problemas. Según Schepss, el Tratado IX es el «Tractatus ad populum (I)». Cabría pensar en nuevas investigaciones que hayan propuesto un cambio en el orden de los Tratados, aunque nada de ello se nos haya dicho en la presentación. Pero no. Porque entre el final de la página 105 y el principio de la 106 se lee: «...pues tú eres Dios a quien creemos único Dios en todo el origen de las / ni existe subida por el atajo.» ¡Vaya por Dios! ¡Un baile! ¡Paciencia! Es preciso, pues, saltar a la página 120, con lo cual la cosa ya tiene sentido: «...pues tú eres Dios a quien creemos único Dios en todo el origen de las / virtudes por dentro y por fuera interior y exterior superficial e infuso en todas las cosas.»

Dejemos entretanto la página 106, que se nos ha quedado inútil, y sigamos con la página 107, donde aparece nuevamente el Tratado IX, «Tratado al pueblo (I)», ahora de verdad. Pero empezamos a leer y el desconcierto nos entra por los ojos: «... Mostró que no podía hacerlo, como dijo el profeta (Hos., 14, 10), puesto que así está escrito (Es., 40, 6-8), según dice el Señor en el

JACA, 1930

Eduardo de Guzmán es ya conocido por los lectores de TIEMPO DE HISTORIA. Como ciudadano y como periodista («La Tierra», «La Libertad», «Castilla Libre») vivió intensamente una década decisiva de la historia española: la muy agitada que va de 1930 a 1940. «1930, historia política de un año decisivo» (Tebas) fue, precisamente, el título de uno de los primeros libros con los que Eduardo de Guzmán retornaba a la normalidad editorial después de una larga marcha por el silencio involuntario. Libros como «La muerte de una esperanza» o «El año de la Victoria» (G. del Toro) son otras obras suyas donde recrea de manera testimonial días trágicos que le tocó en suerte, o desgracia, vivir.
Ahora han aparecido dos publicaciones más: **«Sublevación de Jaca y Cuatro Vientos»** y **«El pacto de San Sebastián y el comité revolucionario».** Ambas son fascículos de la serie **«50 años de vida política española»,** números 13 y 14, de Ediciones Giner.
Guzmán ha buscado aquí trasladar al lector de hoy al papel de contemplador y testigo de aquellos precursores días de ayer, que él vivió tan desde dentro (en uno de los fascículos aparece en una fotografía acompañando a don Niceto Alcalá Zamora, cuando éste salía de la Cárcel Modelo madrileña). Tal es, por ejemplo, el caso de su relato de las sublevaciones fallidas de Jaca y Cuatro Vientos, presentadas como algo vivo y como crónica desde el presente de entonces. Guzmán ofrece, de hecho, el minutado de ambas intentonas; las frases pronunciadas por los protagonistas en los momentos claves; la cuenta pormenorizada de sucesos que fueron decisivos (como el viaje de Casares Quiroga a Jaca), etc...
Y junto a ello, como aportación objetiva, se incluyen documentos de la época relativos a los hechos relatados. Así manifiestos, cartas personales, crónicas periodísticas, notas oficiales, fragmentos de memorias, etc... ■ **V. M. R.**

Evangelio (Luc., 13, 24)». ¿Qué es esto? Sencillamente, que alguien es responsable de la desaparición de unas quince líneas. Porque, como dijo el profeta: «Quis sapiens et percipiet haec et intelleget..., etc.»; porque, como está escrito: «Omnis caro ut faenum et omnis gloria hominis ut flos faenum»; y, como dice el Señor en el Evangelio: «Intrate per angustum hostium..., etc.» Tal es el principio de las citas bíblicas que han desaparecido. La página 107 continúa en la 106, y también en ésta faltan unas líneas. A continuación es preciso ir a la página 119, en la que empieza el «Tratado al pueblo (II)», y desde allí volver a la 108, siguiendo ya con regularidad hasta la página 117, aunque también faltan líneas del texto. Y aquí viene a terminar la maraña, porque una página que queda sin sentido, la 120, tiene su principio, como se ha dicho, en la página 105, donde debe empezar el Tratado XI, «Benedictio super fideles», pese a que en este malhadado libro se le numere IX, por error de imprenta, claro.

Parece, a la vista de lo dicho, que esta crítica se está quedando reducida a una crítica de la impresión. Lo cual, por otra parte, quizá no sería del todo ocioso, tanto por lo que toca a las editoriales, bastantes veces poco respetuosas con los clientes, como a los compradores, a los cuales, cuando menos por lo que respecta a esta edición, les acabo de proporcionar una guía útil para moverse entre las páginas de este libro increíble. Pero también en otros aspectos hay materia de reflexión.

Uno sospecha que esta edición está hecha para aficionados, para gentes más o menos inquietas y más o menos formadas. Los especialistas ya poseen el original publicado por Schepss y reproducido por Menéndez Pelayo. Por otra parte, la somera presentación de Segura Ramos parece confirmar este proposito de acercamiento a un público no especialista. Desde este entendimiento, creo que son notables dos defectos de la edición.

Es el primero no traducir el texto íntegro, como ya hemos señalado por vía de ejemplo. Y para el caso no vale la disculpa del presentador: «... reproduzco (...) las (citas) que son imprescindibles por formar cuerpo sintáctico con el texto de Prisciliano, o por ser necesarias para la comprensión del mismo; si no es así, recojo sólo la cita bíblica, por razones generales del contexto». Desconocemos a qué «razones generales» se refiere Segura Ramos. Estimo que la inclusión del texto de la cita es necesario por dos razones: una, de economía, se refiere a que de otro modo es necesario tener a mano una Biblia para conocer el pensamiento de Prisciliano, porque el público normal no se sabe la Escritura; la segunda, por respeto al autor traducido, ya que la traducción del autor es personal y las citas no se ajustan al texto latino de la Vulgata.

Para terminar. Habla Segura Ramos de los «meandros y recovecos sintácticos» de Prisciliano. Atención, pues, al texto castellano. Para poner sólo un ejemplo, el Tratado XI, «Bendición a los fieles», se nos ofrece (71 líneas) sin un solo punto ni una sola coma. Si no he contado mal, el texto establecido por Schepss presenta cuatro veces punto y seguido; una, punto y coma; dos, dos puntos, y, en fin, 57 veces, coma. Realmente, estimo excesivo el ejercicio sintáctico del traductor: Prisciliano no es precisamente Joyce.

Por lo demás, el libro tiene la ventaja de ofrecer por primera vez en castellano las obras de Prisciliano, por más que lo haga de modo tan poco fácil. Sería triste, y cabe temerlo, que los profanos en la materia lanzasen sobre Prisciliano la condenación que, según la leyenda, mereció de San Ambrosio Persio Flaco: «Si non vis intellegi non debes legi», que se pone en romance por «Si no quieres ser entendido no debes ser leído.» La verdad es que Prisciliano no tiene la culpa. ■ **JOSE ANTONIO GARCIA COTARELO.**

GERONIMO: DE LA OSCURIDAD A LA LUZ

«Al principio, el mundo estaba envuelto en la oscuridad. No había sol, ni tampoco día. La noche eterna no tenía luna, ni estrellas.» Es el viejo apache **Gerónimo** quien así habla, en un estilo casi bíblico que no sabemos si le vendría de herencia o sería aprendido de algún pastor de la reserva.

Gerónimo contó **su vida** en el verano de 1905, cuando tenía ya cerca de ochenta años (había nacido en junio de 1829). El relato fue recogido por **S. M. Barrett,** superintendente de educación en la comarca de Lawton (Oklahoma). Luego lo reeditó F. W. Turner III y ahora aparece en castellano, traducido y anotado con extraordinaria justeza por **Manuel Sacristán,** que glosa pasajes y sucesos del libro, aclarando o ampliando su contenido e incluye, además, una cronología que sitúa en su contexto histórico la vida de Gerónimo y de su perseguido pueblo.

Podemos contemplar desde diversos puntos de vista esta autobiografía de Gerónimo. Muy interesante como libro de aventuras, escrito en un lenguaje vivo, de ritmo rápido y sin retóricas ni adornos, es asimismo un excelente testimonio histórico, un ejemplo acabado de cómo fue destruida la cultura india por los anglosajones con su agresión económica... Esta agresión económica suponía el exterminio de los indios en una verdadera operación de genocidio, realizada con eficaz brutalidad, a diferencia de la conquista latina del sur, donde no por bondad, sino por efectuarse dentro de un estadio económico más atrasado el genocidio no se consumó en todos los casos.

A este genocidio sistemático los indios respondieron de manera aislada. Gerónimo cuenta que «los indios intentaron siempre vivir en paz con los militares y los colonos». Pero fueron traicionados una y otra vez. «Después de aquellos incidentes —sigue su relato— los indios decidieron no ser nunca más amables con los hombres blancos.» Muchos de ellos, a la desesperada, intentaron en la década de 1880 sacudirse el yugo del blanco. Aquella «alteración mesiánica» terminó en la matanza de Wounded Knee, Dakota del Sur, un 29 de diciembre de 1890.

Entonces, cuenta Alce Negro («Alce Negro habla», John G. Neihardt, Noguer, 1971) «nadie supo lo que ocurría, salvo que los soldados hacían fuego y los fusiles de carro diezmaban al pueblo». Alce Negro fue un sioux que, ya muy viejo, contó también su historia. Su biblia particular comienza de una manera más teológica que la de Gerónimo, con un «Gran Espíritu, siempre fuiste y nadie fue antes que tú. A nadie se puede rezar fuera de ti», digna ciertamente del más exigente tridentino. La vida de Gerónimo es larga y abundante en luchas. Guerreó contra los mexicanos y recibió siete heridas en aquellos combates. Combatió contra los soldados de los nacientes Estados Unidos («primero nos mataban a unos cuantos indios, y entonces matábamos unos pocos soldados»). En septiembre de 1886 Gerónimo se rindió por última vez en el Cañón del Esqueleto al general Miles («juramos no hacernos ninguna injusticia ni maquinar nada unos contra otros»). El general, dice Gerónimo, no cumplió nunca sus promesas. El indio, preso, vivió en Florida, en Alabama y en Oklahoma. Nunca pudo volver a su añorada tierra de Arizona. Murió el 17 de febrero de 1909, después de caerse de un carro y permanecer la noche entera bajo una lluvia helada. Venía borracho, por la bebida comprada con el dinero que sacó por la venta de un arco. El incansable luchador apache, que había vivido libre tantos años, sólo tenía ya el camino del alcohol para dirigirse hacia la perdida libertad. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

ALBA, Víctor: DOS REVOLUCIONARIOS: JOAQUIN MAURIN/ANDREU NIN. Seminarios y Ediciones. Colección «Hora H», Ensayos y Documentos, número 69. Primera edición. Madrid, 1975.

ALCALA-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, José: ESPAÑA, FLANDES Y EL MAR DEL NORTE (1618-1639). LA ULTIMA OFENSIVA EUROPEA DE LOS AUSTRIAS MADRILEÑOS. Editorial Planeta. Colección de Ensayos/Planeta de Historia y Humanidades, número 13. Primera edición. Barcelona, 1975.

ARISTARCO, Guido: EISENSTEIN/DOVJENKO: TRAGEDIA ATEA/ROMANTICISMO REVOLUCIONARIO. Fernando Torres Editor. Primera edición. Valencia, 1976.

BAUDELAIRE, Charles: EL SALON DE 1846. Edición a cargo de Joaquín **Dols Rusiñol.** Fernando Torres Editor. Colección Interdisciplinar, número 14. Primera edición. Valencia 1976.

BELL, Daniel: EL ADVENIMIENTO DE LA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL. UN INTENTO DE PROGNOSIS SOCIAL. Alianza Editorial. Colección Alianza Universidad, número 149. Primera edición. Madrid, 1976.

BIGO, Pierre: LA IGLESIA Y EL TERCER MUNDO. Ediciones Sígueme. Colección Materiales, número 14. Primera edición. Salamanca, 1975.

BLAZQUEZ, Feliciano: PERSONA, REVOLUCION Y VIOLENCIA. Ediciones Sígueme. Colección Pedal, número 43. Primera edición. Salamanca, 1975.

CAPEL, Rosa María: EL SUFRAGIO FEMENINO EN LA 2.ª REPUBLICA ESPAÑOLA. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada. Colección monográfica Universidad de Granada, número 40. Primera edición. Granada, 1975.

DELGADO, Juan-Fabián: CINE Y MAR: UNA APROXIMACION. Editado por el Instituto Social de la Marina, Casa del Mar de Cádiz. Colección Juan Sebastián Elcano, número 2. Primera edición. Cádiz, 1975.

FERRER BENIMELI, José Antonio: MASONERIA, IGLESIA E ILUSTRACION. UN CONFLICTO IDEOLOGICO-POLITICO-RELIGIOSO. I: LAS BASES DE UN CONFLICTO (1700-1739). Publicaciones de la Fundación Universitaria Española, Seminario Cisneros, Monografías-17. Primera edición. Madrid, 1976.

GARCIA ALVAREZ, Manuel Rubén: GALICIA Y LOS GALLEGOS EN LA ALTA EDAD MEDIA. Tomo I: ESTRUCTURAS DEMOGRAFICAS. Tomo II: ESTRUCTURAS FAMILIARES Y DEMOGRAFIA DINAMICA. Editorial Pico Sacro. Colección Biblioteca de Bolsillo Pico Sacro, números 2 y 3. Primera edición. Santiago de Compostela, 1975.

GARCIA DE CORTAZAR Y RUIZ DE AGUIRRE, J. Angel: NUEVA HISTORIA DE ESPAÑA EN SUS TEXTOS: EDAD MEDIA. Editorial Pico Sacro. Colección Biblioteca Universitaria Pico Sacro. Primera edición. Santiago de Compostela, 1975.

GARCIA SAN MIGUEL, Luis: ESCRITOS SOBRE LA LIBERTAD POLITICA Y EL SOCIALISMO. Fernando Torres Editor. Colección Interdisciplinar, número 11. Primera edición. Valencia, 1976.

GUZMAN, Eduardo de: NOSOTROS, LOS ASESINOS (MEMORIAS DE LA GUERRA DE ESPAÑA). G. del Toro Editor. Primera edición. Madrid, 1976.

IRALA, Domingo: LAS RELACIONES DE PRODUCCION SOCIALISTAS: CRITERIOS DE LA TRANSICION. Fernando Torres Editor. Colección Interdisciplinar, número 4. Primera edición. Valencia, 1975.

LOBO, Ricard Ildefons: UNA MORAL PARA TIEMPOS DE CRISIS. EL HOMBRE DE HOY Y SU RESPONSABILIDAD SOCIAL. Ediciones Sígueme. Colección Estudios Sígueme, número 20. Primera edición. Salamanca, 1975.

MARTINEZ BANDE, José Manuel: FRENTE DE MADRID. Luis de Caralt Editor. Colección La Vida Vivida. Primera edición. Barcelona, 1976.

MOLTMANN, Jürgen: EL DIOS CRUCIFICADO. LA CRUZ DE CRISTO COMO BASE Y CRITICA DE TODA TEOLOGIA CRISTIANA. Ediciones Sígueme. Colección Verdad e Imagen, número 41. Primera edición. Salamanca, 1975.

ROCHEBLAVE-SPENLE, Anne-Marie: EL PODER DESENMASCARADO. Sociedad de Educación Atenas. Colección Conocer al Hombre. Primera edición. Madrid, 1975.

TIERNO GALVAN, Enrique y MORODO, Raúl: ESTUDIOS DE PENSAMIENTO POLITICO. Túcar Ediciones. Colección Temas de Ciencias Sociales, número 9. Primera edición. Madrid, 1976.

«Sombra y quimera de Larra», de Francisco Nieva

El sentido de una muerte

Es en el fracaso social de Larra —aquí retratado en 1834— donde realmente se asienta su extraordinario trabajo crítico y donde, de forma coherente, nacen las razones de su muerte, de su voluntario exilio definitivo.

Considerada como documento histórico, la obra que acaba de estrenar *Francisco Nieva* —subtitulada *«Representación alucinada de 'No más mostrador'»*— plantea un debate siempre vivo e importante. Resulta, en efecto, que *Mariano José de Larra* se suicidó en su casa, tras un frustrado intento de reconciliación con Dolores Armijo, cuando ésta y su carabina aún no habían llegado a la calle. Mientras que Nieva lo imagina en un palco del teatro, siguiendo el estreno de su «No más mostrador» —adaptación libérrima de un original francés— y dándose allí mismo un pistoletazo. Decir que Nieva se ha inventado «otra muerte de Larra» para mejor servir los intereses dramáticos de su obra, sería enunciar exactamente lo contrario de lo que ha sucedido: porque todo el drama, todo el sentido de *«Sombra y quimera de Larra»*, parte de aceptar la muerte que se nos cuenta en lugar de la muerte que siempre nos ha sido contada. Lejos de hallarnos ante un anecdótico cambio de

En «Sombra y quimera de Larra», Francisco Nieva nos conduce a una substancial remodelación del personaje y de sus conflictos, haciendo chocar el documento notarial y la reinvención poética. (La foto recoge al actor Fernando Delgado, en un momento de la obra.)

circunstancias, la propuesta de Nieva nos conduce a una substancial remodelación del personaje y de sus conflictos, con lo que entramos en un interesante choque entre el documento notarial y la reinvención poética.

Bueno, se dirá, ¿pero acaso no se conoce con exactitud cómo murió Larra?, ¿no habría que respetar esos datos, con independencia de cualquier interpretación de su vida?, ¿no estaremos ante una falsificación poética de la historia?

Es aquí, ante este tipo de preguntas, cuando comprendemos hasta qué punto los biógrafos tienden, en apoyo de su propia ideología, a convertir ciertos hechos sucedidos a sus biografiados en categorías definitorias de las obras. El modo de morir parece una de las formas menos sospechosas de definir el modo cómo se ha vivido. Y es muy lógico que, ante la muerte violenta de un hombre como Larra, cuantos se sienten atacados por su pensamiento se esfuercen en interpretar aquélla como una muestra de su desbaratada personalidad. La figura de un Larra, poco atento a su mujer y a sus hijos, perdido en el seguimiento —y no se trata de una figura retórica, pues sabido es que Larra anduvo de ciudad en ciudad, tras los pasos de la huida Dolores— de su amante, y suicida a los 28 años, al negarse ella a restablecer las relaciones, permite, tal vez, tratarlo como a un ser desequilibrado y compulsivo. Ahí piensan gentes como Almagro San Martín, habría que buscar la clave de la eterna intransigencia de Larra, de su malhumor y de su inadaptación. El suicidio, por una mujer que quería simplemente vivir con su marido, sería algo así como la expresión límite de un hombre sentimentalmente desquiciado. Con lo que, de un modo automático, muchos de sus juicios contra la vida social y política española de la época, se transformarían en testimonios de su destemplanza personal.

Ciertamente, Nieva podía haber optado por interpretar los hechos sucedidos desde una perspectiva distinta. Podía habernos recordado que Larra se burló en alguna que otra crítica de los personajes que se suicidaban, o fingían suicidarse, por amor. Y que la ruptura con la Armijo debió de ser el origen inmediato de un impulso cuya verdadera razón estaba en muchas soledades y desengaños. En definitiva, Larra «fracasó» en el papel de hombre español de la época: como escritor, si nos atenemos a ciertas notas necrológicas, que le recordaron, sobre todo, como *gracioso* articulista; como político, si pensamos en el largo período absolutista que hubo de soportar, y aun en el hecho de que, conquistada un acta de diputado al servicio del moderado Isturiz, no llegara a beneficiarse de ella a causa del Motín de La Granja; como liberal, porque tuvo que asistir a los desmanes y errores de los «exaltados», que, con su actitud, no hicieron sino favorecer al absolutismo; como autor y adaptador teatral, si comparamos su lúcido trabajo de crítico con la general mediocridad de unos textos dramáticos forzosamente ajustados al nivel del medio donde quería estrenarlos; como amante, infeliz en su matrimonio, escapando a su soledad en las tertulias literarias, enamorado y peregrino de Dolores Armijo hasta llegar al suicidio...

Es en este fracaso social de Larra donde realmente se asienta su extraordinario trabajo crítico y donde, de forma coherente, nacen las razones de su muerte, de su voluntario exilio definitivo.

Por todo ello, Nieva ha transferido la muerte de Larra —rompiendo la imagen equívoca— de su casa al palco de un teatro. Y no ante la

salida de Dolores Armijo sino ante una representación teatral, rodeada de la maledicencia y la agresividad de los cómicos. Cómicos que, a fin de cuentas, han elegido la profesión de representar a la sociedad española y tienen las virtudes y defectos de sus representados.

Nieva ha imaginado una representación «alucinada» de «No más mostrador», en la que, lo de menos, es el texto de dicha comedia; lo de más, las rupturas del texto por los cómicos, que se salen del papel y arremeten contra Larra, sentado en un palco del teatro. Se produce, pues, una confluencia de realidades. Y aquellos cómicos, enfrentados, en sus conversaciones de camerino, en sus «salidas» del texto, con Larra —cuyo pensamiento asume, en un momento dado, uno de los personajes, para que el conflicto sea más explícito— se convierten en una imagen de la España miserable y orgullosa, mediocre y resentidamente cruel, que carga la pistola del suicida. Por eso Nieva ha cambiado el lugar y las circunstancias de la muerte de Larra, en una de las obras más ambiciosas del moderno teatro español.

El empeño —que ha dirigido José María Morera, con la inequívoca colaboración del autor, alcanzando un nivel de puesta en escena nunca conseguido en anteriores trabajos— corría el riesgo de incurrir en cierto didactismo, en la historización culturalista. Pero nada de esto ha sucedido. Sin duda, porque Nieva se ha sentido muchas veces en la sociedad española de nuestro tiempo como Larra se sintió en la suya. La pasión y la amargura de la obra son así, a un tiempo, de Nieva y de Larra.

Hay hombres a los que «deberíamos cambiarles el final», para acabar con todas las manipulaciones de su vida y de su obra hechas a costa de las interesadas interpretaciones de su muerte. Nieva, como testimonio decisivo de su pasión intelectual por Larra, se ha atrevido a hacerlo. ■ **JOSE MONLEON.**

Nieva ha imaginado una representación «alucinada» de «No más mostrador», de Larra (a una de cuyas escenas asistimos), donde lo importante son las rupturas del texto por los cómicos, que se salen de su papel y arremeten contra el escritor, sentado en un palco del teatro.

«Los Juicios de Oscar Wilde»

La crueldad victoriana

APARTE de su discutible valor cinematográfico, el film de Ken Hughes «Los juicios de Oscar Wilde» posee un indudable interés histórico y testimonial. Basado en los textos de los procesos del escritor, y realizada con la asesoría de Vyvian Holland, hijo del poeta, y de Lord Queensberry, descendiente de Lord Alfred Douglas, se ciñe de manera bastante aproximada a la verdad de uno de los procesos más inicuos —así lo describió Sir Edward Clarke, abogado de Wilde— de la historia de Inglaterra.

La película no se limita a narrar fielmente los procesos que sufrió Oscar Wilde; narra las circunstancias que, a partir de 1890, prepararon el terreno para que tales procesos se produjesen. Es la historia de la aniquilación de un hombre por todo el aparato represivo de la sociedad victoriana. Bajo la acusación de homosexualidad, Wilde fue procesado, escarnecido, condenado a dos años de cárcel y trabajos forzados; su nombre fue borrado de los carteles de los teatros donde se representaban sus obras, y sus libros desaparecieron de las librerías; y, cuando salió de la cárcel, se vio reducido al ostracismo y murió dos años después, en París, con su capacidad creativa arruinada por completo.

Wilde no fue condenado a la cárcel y exhibido en la picota a causa únicamente de su homofilia, y esto se ve muy claro en la película: los acusadores públicos ejercieron la función de críticos literarios, y condenaron a Wilde, sobre todo, en razón de su obra, la mayor acusación que se hizo contra él fue la de haber escrito «El retrato de Dorian Gray», novela considerada como absolutamente inmoral y escandalosa. Por otra parte, se condenó a Wilde por el único pecado que la sociedad victoriana no podía permitir: la sinceridad casi exhibicionista del poeta, y su poco respeto a las convenciones sociales; a Wilde se le acusaba —y ese fue el primer insulto que le dirigió el mar-

Los tres procesos sufridos por Oscar Wilde son un ejemplo de la crueldad monstruosa que puede desplegar una sociedad represiva contra cualquiera de sus miembros que adopte una postura heterodoxa y molesta. La foto muestra a Wilde en Nápoles, tras salir de prisión.

COSTA ARMATORI
GENOVA

CRUCEROS MARITIMOS COSTA 1976

CRUCERO AL MAR CARIBE

En la moderna y lujosa turbo-nave «EUGENIO C.», de 30.000 toneladas. Del 8 hasta el 31 de agosto. Desde BARCELONA, visitando AZORES, BERMUDAS, FLORIDA (Cabo Cañaveral y Port Everglades), BAHAMAS (Nassau), PUERTO RICO, ISLAS VIRGENES, MARTINICA, BARBADOS, MADERA (Funchal) y BARCELONA.

CRUCERO A ORIENTE MEDIO

Del 31 de agosto al 13 de septiembre en la t/n. «EUGENIO C.». Desde BARCELONA visitando NAPOLES, ALEJANDRIA (Cairo), BEYRUTH, HAIFA (Jerusalén), PIREO (Atenas), GENOVA y regreso a BARCELONA.

CRUCERO ORIENTE MEDIO

Del 11 al 27 de agosto. En la motonave «FRANCA C». Desde BARCELONA, visitando NAPOLES, ALEJANDRIA (Cairo), HAIFA (Jerusalén), ISLA DE RODAS, ESMIRNA, PIREO (Atenas), CATANIA (Sicilia) y regreso a BARCELONA.

CRUCERO ASIA MENOR

Del 27 de agosto al 10 septiembre en la motonave «FRANCA C». Desde BARCELONA, visitando TUNEZ, MALTA, SANTORIN, ESTAMBUL, PIREO (Atenas) y BARCELONA.

CRUCEROS «MEDITERRANEO»

Salidas **cada Domingo** desde el 27 junio en la motonave «ERICO C». Salidas de BARCELONA, visitando PALMA DE MALLORCA, TUNEZ, PALERMO, NAPOLES, GENOVA, CANNES y regreso a BARCELONA.

En el film «Los Juicios de Oscar Wilde» queda soslayada la riqueza psicológica de las relaciones entre éste y Lord Alfred Douglas (un momento de las cuales recoge este fotograma de la película), relaciones cargadas de matices sadomasoquistas y edípicos.

qués de Queensberry, padre de su amante Lord Alfred Douglas— de «presumir de sodomía». En una sociedad férreamente sexista y clasista, Wilde exhibía su comportamiento atípico, y se presentaba en lugares frecuentados por la aristocracia en compañía de jóvenes pertenecientes a las clases trabajadoras. Si se hubiese contentado con frecuentar a miembros de su propia clase, nada —posiblemente— hubiera ocurrido. Lo que la película no explica con suficiente claridad es que el problema de Wilde distaba mucho de ser algo extraño y poco común en la Inglaterra de finales del siglo pasado; se cuenta que, a raíz de su proceso, gran número de caballeros ingleses tomaron el transbordador hacia Calais. Y poco tiempo antes había habido varios escándalos homosexuales, que fueron rápidamente silenciados ya que estaban implicados en ellos miembros de la alta aristocracia e incluso de la realeza.

Otra cosa que no queda muy clara en la película fue el papel decisivo que jugó Lord Alfred Douglas en la tragedia de Oscar Wilde: Lord Alfred era un hombre enfrentado a su padre en una lucha a muerte, y fue él quien instigó a Wilde —en contra de los consejos de sus amigos más sensatos— a que presentase contra Queensberry la denuncia por difamación que sería la causa de su ruina. Por otra parte, la riqueza psicológica de las relaciones entre estos hombres, cargadas de ambiguos matices

sadomasoquistas y de complicaciones de raíz edípica, está soslayada. Parece que los guionistas hayan querido «blanquear» a sus personajes, sirviéndose para ello del mismo rasero moral que sirvió para juzgar y condenar al escritor.

«Los Juicios de Oscar Wilde» no pretende ser un alegato en defensa de la libertad sexual, y mucho menos una justificación de la homosexualidad. Sin embargo, la injusticia del proceso y la condena de un hombre por sus gustos sexuales resulta tan evidente, que la película resulta tácitamente condenatoria del aparato represivo que hace posible que esto ocurra. Resulta, además, obvio que el proceso seguido contra Wilde fue puramente político: cualquier atentado contra la libertad individual lo es. La Inglaterra imperialista de la Reina Victoria, basada en el poder absoluto de la clase aristocrática, necesitaba erigirse en guardiana feroz de la moralidad sexual, para disimular así su inmoralidad intrínseca.

Los tres procesos que sufrió Oscar Wilde, y su terrible castigo, no deben ser olvidados ni relegados al cómodo «baúl de los cadáveres» de la Historia. Por el contrario, deberíamos tenerlos siempre presentes como ejemplo de la crueldad monstruosa que puede desplegar una sociedad represiva contra cualquiera de sus miembros que adopte una postura —ya sea ésta política o de costumbres; en el fondo es lo mismo— heterodoxa y molesta. También nos ofrece un saludable ejemplo de entereza y valor moral: Wilde no quiso huir en ningún momento, aunque le ofrecieron la posibilidad de ello; y, aun con las reticencias propias de quien no desea suicidarse, defendió y dio testimonio de su identidad, de su vida. ■ **E. HARO IBARS.**

Lo que sí muestra el film de Ken Hughes es que Wilde no fue condenado a la cárcel y exhibido en la picota sólo a causa de su homosexualidad, sino que su proceso fue —en definitiva— político. (Vemos al actor Peter Finch, que interpreta a Wilde, en una de las escenas que se desarrollan en la prisión).

La verdadera independencia griega

En el número 12 de TIEMPO DE HISTORIA se publica un artículo de Fernando P. de Cambra (**«Grecia desde el primer rey hasta la III República»**) que resume 145 años de historia de una forma metodológica tan desenfadada que no puede menos de implicar cierta ligereza en los juicios políticos. Queda fuera de dudas que concentrar tantos años en tan pocas páginas comporta necesariamente una simplificación masiva, proclive a la emisión de juicios de valor bajo la forma de escueta exposición de acontecimientos o simple constatación de datos. No obstante, esta dificultad objetiva no debe de ser obstáculo insuperable, inherente a un tipo de discurso hilvanado al aire de una cronología, a la incorporación de elementos metodológicos rigurosos. Nada indica que la cronología comentada implique necesariamente tal tipo de servidumbre y que, a modo de corolario, los griegos actuales carezcan de preocupaciones profundas y los políticos, dotados de una filosofía especial, pero no especificada, estén obligados a repetir sus errores con monotonía abrumadora. Juicios de tal entidad escapan a todo planteamiento histórico riguroso. En verdad ni siquiera pertenecen al discurso histórico, «sensus stricte», ni pueden ser condivididos, a nivel político, por quien se asome, por muy fugaz que sea el vistazo, a los citados 145 años.

Quiero precisar, para que no haya lugar a equívocos, que no reprocho al autor del trabajo, habida cuenta de sus características, que no trate las estructuras socioeconómicas, políticas, clases, capas sociales, dialéctica de grupos religiosos o étnicos, etc. Resulta sencillamente imposible, en tan poco espacio, señalar todos estos problemas. Pero lo que sí puede hacerse, y debe, es asumir las líneas maestras del discurso metodológico e incorporarlas al histórico, a los juicios de valor que necesariamente tendrán que emitirse en el trabajo. Juicios que serán tanto más abundantes cuanto más sintéticos sean los temas tratados. La dificultad del empeño disculpa, en buena parte, al autor, pero no exime al trabajo de la crítica, por amistosa que pueda ser. Vaya pues, explicitada en dos ejemplos, en esta dirección la crítica, tendiendo a subrayar el peligro que entraña, a nivel histórico, abdicar del rigor metodológico y las implicaciones que, a nivel político, esto comporta.

La independencia griega no fue un invento de las grandes potencias para desmembrar a Turquía y hacer negocios con el nuevo país, sino un anhelo largamente sentido por amplias zonas de la población de Grecia. En el grabado, un aspecto de la guerra turco-griega, según Fausto Zonaro, pintor oficial del Sultán de Turquía.

Ejemplo A: Tesis central. La historia de la moderna Grecia arranca de la sublevación del Pachá de Janina (1821) y de su promesa de dar la libertad a los griegos si éstos le ayudan. Los años siguientes (guerras, matanzas, destrucciones) sirven de escenario a la intervención de Gran Bretaña, Francia y Rusia, «tres potencias europeas aliadas habían impuesto al turco la independencia griega» (pág. 25). Este esquema de la Grecia juguete de las grandes potencias es el elemento esencial de la problemática de la independencia y es una constante (factor determinante) de todo el planteamiento del trabajo.

Veamos con detenimiento los acontecimientos de este período para constatar el grado de adecuación del corolario histórico que se nos ha dado.

El siglo XVII está lleno de acontecimientos significativos, de levantamientos del pueblo griego contra el dominio turco, en cuyo decurso la conciencia nacional griega va adquiriendo contornos cada vez más específicos. La lucha independentista está directamente ligada al declive del Imperio Otomano (1) y al incipiente desarrollo (siglo XVIII), en ciertas zonas europeas del Imperio, de relaciones capitalistas de producción y distribución. El movimiento de liberación campesino (1715), la lucha de guerrillas contra los turcos durante la guerra ruso-turca (1768-74), el gran levantamiento nacional (1770) son elementos esenciales del proceso económico - social y político - cultural y acontecimientos inseparables de la problemática independentista de 1821. El tratado ruso-turco (1774), dando salida al Imperio Zarista al Mediterráneo, tiene una importancia para Grecia que va mucho más allá de las apetencias expansionistas rusas o de la diplomacia de las grandes potencias. Era un elemento económico de primer orden que dinamizaba el comercio de las zonas del litoral griego y, por lo tanto, contribuía decisivamente a potenciar el desarrollo de la burguesía (comercial). Por lo mismo no resulta sorprendente que Constantino Rigas dé vida a una organización secreta (Hetaira) de carácter jacobino (2) y Alejandro y Demetrio Ypsilantis articularan, precisamente en Odesa, la Philiki Hetairia (1814). Esta última organización iba a ser la que decidiera, en octubre de 1820, el dar comienzo a la lucha armada independentista, plasmada en el levantamiento general del 25 de marzo de 1821.

1) Especialmente después del fracaso del cerco de Viena en 1683.

Así pues se puede decir, esquematizando, que estamos ante factores interiores y exteriores que se condicionan mutuamente y que nos ofrecen una realidad histórica global; si bien son claramente diferenciables a nivel metodológico.

Parece lógico que a esta altura del discurso nos preguntemos por las fuerzas que tomaban parte en la lucha y por el carácter del acontecimiento histórico. ¿Quién formaba el grueso de aquellas fuerzas? ¿Qué sector social actuaba de motor? ¿Qué intereses hacían confluir las diversas fuerzas? ¿Qué móviles perseguían unos y otros? Está claro que no podemos extendernos sobre el particular pero sí podemos intentar dar algunas respuestas sintéticas que nos ayuden a centrar el proceso y a cualificarlo.

El levantamiento griego tuvo carácter generalizado y el grueso de las fuerzas lo formaban los campesinos. El motor del levantamiento estaba formado por la burguesía (comercial) e intelectuales. La mayoría de los Fanariotas (3) se sumaron al movimiento en una fase posterior, desplazando a intelectuales, acentuando el carácter conservador. El interés de los campesinos se centraba en la obtención de tierras y el de la burguesía en la creación de un mercado amplio. Ambos objetivos pasaban necesariamente a través de la independencia, que facilitaba tanto la expansión comercial, incluso al exterior, como la liquidación del sistema rural,

2) Sería de gran interés analizar comparativamente el fenómeno jacobino, su carácter y función dentro del ciclo europeo de revoluciones burguesas de los años veinte: España (1820), Portugal (1820), Italia (1820), Rumanía (1821), Grecia (1821) y Rusia (1825).

3) Burguesía financiera (prestamista) y alto funcionariado estatal de origen griego que formaba una especie de Patriciado

El bloque social hegemónico prusiano y las fuerzas políticas reaccionarias griegas organizaron el regreso de Jorge II —en la imagen—, efectuado en noviembre de 1935, y la proclamación de la Constitución monárquica de 1911.

condicionado decisivamente por el dominio turco. La guerra de independencia era pues un proceso donde se fundía el movimiento de liberación nacional y la revolución burguesa.

Cuando la Asamblea Nacional se reunía en Epidauros (1-I-1822) no estaban representados ni los campesinos ni los sectores populares, que tan decisivamente habían participado en el movimiento. El poder central pasaba a manos de los representantes comunales (4) y la Philiki Hetairia era derrotada en toda la línea. La derrota del ala radical de la revolución entrañaba, entre otras cosas, un replanteamiento de la reforma agraria. La creación de un bloque de poder de tipo prusiano (5) significaba la eliminación de la reforma agraria, al menos en todo aquello que afectase directamente a los intereses de clase del «Junker» griego. El colorido político de la lucha entre Konduriotis y Kolokotronis, y sus respectivas inclinaciones proinglesas y prorusas, no pueden hacer olvidar el fondo económico-social y el doble carácter de la revolución. La guerra de independencia se cerraba con éxito pero la revolución burguesa lo hacía con un fracaso (6).

Precisamente dentro de este contexto adquiere todas sus connotaciones la conquista de Creta (1824) por los turcos, de casi todo el Peloponeso (1825), de Mesolonghion (1826) y de Atenas (1827). La ofensiva turca redistribuye las cartas políticas facilitando un compromiso de tipo conservador. La III Asamblea Nacional (Triziana, 20-IV-1827) proclamaba una nueva Constitución que consagraba la división de poderes y el embargo de la tierra; de la tierra de los turcos y del clero musulman (7). Esto significaba, lisa y llanamente, que el bloque social dominante griego consolidaba su hegemonía política, bajo forma liberal, en la nueva situación de independencia. Es dentro de estas coordenadas donde se inserta la intervención de las tres potencias, para asegurar sus intereses y extender su influencia (8), exigiendo de Turquía (Paz de Adrianápolis, 14-IX-1829) que confirmase la independencia de Grecia. El protocolo de Londres (3-II-1830), firmado por Gran Bretaña, Rusia y Francia reconocía la independencia griega declarándose al mismo tiempo los firmantes «defensores» del nuevo Estado. Para estas potencias la problemática griega era sólo una parte del complejo equilibrio de intereses que se ventilaba en la

4) Notables rurales ligados a las estructuras económico-sociales y de poder del antiguo régimen.

5) Oligarquía financiero-comercial, notables rurales y jerarquía militar.

6) Salta a la vista la interdependencia de las problemáticas independencia nacional - revolución burguesa, en el ciclo europeo de los años veinte, en las revoluciones griega, italiana y rumana y en el ciclo revolucionario latinoamericano; si bien este último pertenece a otra dimensión estadial - regional aunque se integre en la misma época histórica. La primera revolución burguesa española (1808 - 14 / 1820 - 23) muestra claramente este doble carácter en su primera etapa.

7) Dos tercios de la tierra pasaban a manos del Estado, repartiéndose el resto entre los campesinos.

8) En el Protocolo de Petersburgo (1826), Rusia y Gran Bretaña se pusieron de acuerdo sobre la existencia de una Grecia autónoma. Por separado Francia adoptaba una posición idéntica (1827). La guerra ruso-turca (1828-29), cuyo alcance iba mucho más allá de la cuestión griega, obligaba a Turquía a reconocer también la pérdida de posiciones en el asunto griego.

zona de los Balcanes y en el Oriente Medio, del nuevo «status quo» que surgía al compás del ocaso del Imperio Otomano. Ocaso que, como otrora el español, no era resultado de la perfidia rusa (o de la rubia Albión) sino de un proceso mucho más aleatorio e «interno». Esto es, directamente relacionado y determinado por las fuerzas productivas, las relaciones de producción y las estructuras socio-políticas.

Ejemplo B: (1935-1939). Tesis central: cuatro años sin historia. «Un salto de cuatro años. Sin otros acontecimientos dignos de especial mención que el retorno de la monarquía con Jorge II y el fin del régimen instaurado por Metaxas... Disturbios... Tan leves que ni siquiera figuran en el calendario... Pausa hasta el otoño de 1939 en que estalla la segunda conflagración mundial...» pág. 31).

Veamos también este período más detenidamente. En 1934 era ya claramente perceptible el ascenso internacional del fascismo (9) y sus repercusiones sobre la lucha de clases y las estrategias políticas. En julio/agosto de 1935 el VII Congreso de la Internacional Comunista aprobaba una nueva estrategia orientada a la creación de Frentes Populares y a la organización de Bloques Antifascistas (10). El bloque social hegemónico prusiano y las fuerzas políticas reaccionarias griegas pasaban a organizar, a través del jefe del gobierno, general Kondylis, la vuelta de Jorge II (noviembre de 1935) y la proclamación de la Constitución monárquica de 1911.

El primer éxito, aunque modesto, de la nueva estrategia unitaria de la clase obrera y del frente antifascista se producía en las elecciones parlamentarias (enero de 1936) donde el Frente Popular obtenía el 10 por 100 de los sufragios. El gobierno del general Metaxas, consciente de los peligros que entrañaba la unidad democrática, intenta cortar en sus raíces la reagrupación de fuerzas populares y, a través de una serie de medidas represivas, desarticular la nueva orientación política. La respuesta obrera no se hace esperar y un gran movimiento huelguístico (500.000 personas) exige la destitución del general y la abrogación de las medidas represivas (8-V-1936). La Monarquía no vacila en proclamar el estado de excepción, decretar la disolución del Parlamento y de los partidos obreros y organizaciones democráticas, instaurando una dictadura de carácter fascista (4-VIII-1936). La instauración de la dictadura significaba una cesura en la vida política griega. La lucha política en general y la de clases en particular adquiría un carácter distinto, orientándose desde esos momentos principalmente a derrocar la dictadura y a restablecer la democracia. Las organizaciones ilegales preparaban el levantamiento (Creta, julio de 1938) mientras Jorge II visitaba Berlín y recibía un empréstito de 350 millones de dracmas.

La dictadura del general Metaxas (al que vemos en la foto) intentó abortar la reagrupación de fuerzas populares y desarticular la estrategia de la clase obrera.

La política pronazi del gobierno griego se veía ensombrecida, después de la invasión italiana de Albania (7-IV-1939), por el expansionismo mediterráneo del aliado de Hitler que amenazaba directamente a la propia Grecia, sin que las garantías acordadas por Gran Bretaña y Francia lograran impedir el ataque de Mussolini (28-X-1940) y la consiguiente entrada de Grecia en la guerra mundial. La política antinacional de la dictadura había conducido a Grecia a una colisión de amplias proporciones en condiciones sumamente precarias. El movimiento patriótico griego se articulaba ahora primordialmente en torno a las fuerzas antifascistas, que representaban los verdaderos intereses del pueblo heleno.

Todo esto, nada más y nada menos, era lo que había ocurrido en cuatro años sin historia digna de mención.

Resumiendo: En el ejemplo A hemos visto cómo ha sido «olvidada» la primera revolución burguesa, dándose la impresión de que la problemática de la independencia era algo ajeno a la revolución y hasta a los propios griegos. Algo así como si la independencia fuera un invento de las grandes potencias para desmembrar a Turquía y hacer negocios con Grecia. En el ejemplo B se desconoce la problemática de la ascensión internacional del fascismo, su repercusión en la dialéctica política griega, la nueva estrategia de la Internacional Comunista y su reflejo en la lucha de clases y antifascista, las raíces socio-políticas de la lucha patriótica, tan claramente probadas durante la segunda guerra mundial y, por consiguiente, la correlación «interna» de fuerzas en la posguerra inmediata. Esto último, decisivo para juzgar convenientemente la problemática griega a partir de 1945.

Como puede verse, son muchos y muy importantes los peligros que amenazan a los esquemas sinópticos y a los comentarios cronológicos si antes no se procede a un riguroso análisis y a una elaboración metodológica que permita incorporar, como categorías históricas, los juicios de valor debidamente contrastados. Sólo así se puede apreciar si los errores políticos, lo que como tal puede definirse, son tales o en realidad son opciones políticas que corresponden a claros intereses de clase. ■

MAURICIO PEREZ SARABIA
(Universidad de Leipzig)

---

9) La gran crisis de 1929-33 había «desestabilizado» el capitalismo internacional. La lucha de clases se había agudizado llegando a adquirir connotaciones violentas (febrero, 1934, Austria; octubre, 1934, España) y la gran burguesía intentaba consolidar el sistema recurriendo a gobiernos autoritarios. La clase obrera reaccionó superando, parcialmente, viejas diferencias y estableciendo pactos de unidad de acción (julio, 1934, Francia; agosto, 1934, Italia; septiembre, 1934, España).

10) El Partido Comunista Griego en su VI Congreso (diciembre de 1935), siguiendo esta orientación, hacía un llamamiento a la creación de un Frente Popular y Antibélico.

En defensa del secreto profesional

En su último número, «Historia Internacional» publicaba un editorial a cuyo texto se había adherido previamente TIEMPO DE HISTORIA y que reproducimos a continuación:

«El número de «Historia Internacional» que tiene usted en sus manos ha sufrido un proceso que le hace diferente de los anteriores: por primera vez, la prensa madrileña se cuestionó el pasado mes la necesidad de defender el secreto profesional, arbitrando el medio más extremo: la huelga. El porqué y desarrollo del proceso ya ha sido suficientemente expuesto en los medios diarios y semanales. No es, pues, momento de volver a incidir en ellos. Las publicaciones de periodicidad mensual, por tener otra dinámica de funcionamiento, no estaban incluidas en la huelga, por demás rota, que tenía un tiempo y momento determinado. Pero algunas revistas mensuales, representadas en la Junta General Extraordinaria de la Asociación de la Prensa de Madrid, nos solidarizamos con la votación.

Las redacciones de las revistas mensuales de historia editadas en Madrid: «Tiempo de Historia» e «Historia Internacional», se solidarizaron con la Asociación de la Prensa de Madrid, la cual, en votación democrática optó por el reconocimiento del secreto profesional y por la huelga.

«Historia Internacional» reconoce el derecho que asiste a todo profesional a no descubrir las fuentes de la información, que por el desarrollo de su profesión se le han confiado. Derecho que tanto el equipo de historiadores como de periodistas que elaboramos esta revista, suscribimos; derecho por el que se defiende la libertad de prensa; libertad que ha de alcanzarse para suministrar una información real y objetiva, porque en la medida que se alcance estaremos ayudando al desenvolvimiento de la vida política de los hombres que componen la nación. Y ésta es una labor que compete a todos los que trabajamos en el campo de las publicaciones, incluso para que los historiadores sigan confiando en esas fuentes históricas que, con la perspectiva del tiempo, resultan ser los periódicos y revistas. Si en una sociedad como la actual, en la que el fenómeno de la comunicación forma ya parte de los modos de vida y cultura universales, el profesional no se ve mediatizado en su trabajo, con el paso de los años el historiador que se proponga investigar nuestra historia podrá confiar en mayor medida en una de sus fuentes: la prensa.»

Junta general de la Asociación de la Prensa de Madrid en torno al secreto profesional.

La agresión contra el director de "Historia internacional"

Precisamente el director de «Historia Internacional» —y del semanario «Doblón»—, José Antonio Martínez Soler, sufrió en la primera semana de marzo una brutal agresión por parte de un grupo de individuos. Ante la gravedad del hecho, y de otros que han atentado recientemente contra la profesión periodística, los directores de treinta y cinco revistas de toda España —entre ellos, el de TIEMPO DE HISTORIA— comunicaron al rey don Juan Carlos que habían cursado telegramas al presidente del Gobierno, vicepresidente para Asuntos del Interior y ministro de la Gobernación, y ministro de Información y Turismo, con el siguiente texto:

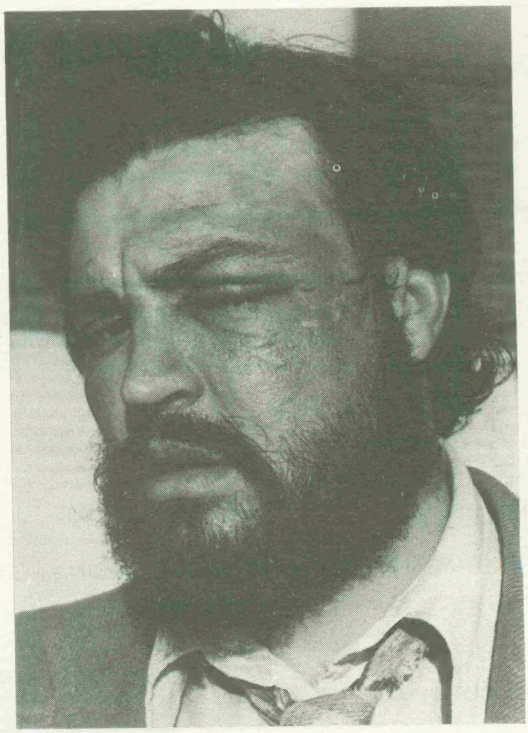
«Indignados y alarmados por el secuestro, acompañado de brutales torturas, que un grupo de individuos provistos de armas han realizado sobre nuestro compañero José Antonio Martínez Soler, director del semanario «Doblón», nos dirigimos a usted en nombre de más de cuatrocientos profesionales de la información, a fin de que ponga todos los medios para esclarecer estos hechos que, por un lado, sitúan al ciudadano en total indefensión frente a la barbarie organizada y, por otro, constituyen una amenaza a la libertad de información, ya que inequívocamente el condenable atentado contra Martínez Soler ha estado motivado por su personalidad periodística.

Cuando aún la profesión se encontraba conmocionada por estos hechos, fue descubierta una bomba postal en la Redacción de «Cambio 16», cuya explosión hubiera podido costar muchas vidas humanas. Este es otro atentado inequívocamente dirigido contra la integridad física de los profesionales de la información.

Consideramos que no es extraño a estos hechos el clima de intransigencia que con frecuencia han fomentado personas e incluso desde algunas instituciones con sus manifestaciones públicas contra una normalización informativa en nuestro país.»

Firman los directores de:

ACTUALIDAD ECONOMICA, ACTUALIDAD ESPAÑOLA, ANDALAN, ASTURIAS SEMANAL, BLANCO Y NEGRO, CAMBIO 16, CIUDADANO, COMUNICACION XXI, CUADERNOS PARA EL DIALOGO, DESTINO, DISCUSION Y CONVIVENCIA, DOBLON, DOSSIER CIUDADANO, EL CIERVO, EL EUROPEO, EN PUNTA, ESPAÑA 21, GACETA DEL DERECHO SOCIAL, GACETA ILUSTRADA, GUADIANA, HERMANO LOBO, HISTORIA INTERNACIONAL, MUNDO, MUNDO SOCIAL, ORIFLAMA, PERSONAS, POR FAVOR, POSIBLE, REALIDADES, SABADO GRAFICO, TIEMPO DE HISTORIA, TRIUNFO, VIDA NUEVA, ZONA ABIERTA.



José Antonio Martínez Soler, tras sufrir la brutal agresión de que fue objeto en los primero días de marzo.

NUMEROS ATRASADOS

Si usted desea recibir algún número atrasado de nuestra revista, basta con que nos lo solicite a TIEMPO DE HISTORIA, plaza del Conde del Valle de Suchil, número 20, Madrid-15, acompañando a su petición 60 pesetas en sellos de correos por cada ejemplar solicitado, o pagándolo mediante giro postal.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: «TIEMPO DE HISTORIA» CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20.TEL. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS .....

CALLE O PLAZA .....

N.º ..... TELEF. ..... CIUDAD .....

PROVINCIA ..... PAIS .....

Firma,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)
a partir del próximo número del mes de ....

Formas de pago ☐ Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia». ☐ Envío GIRO POSTAL núm. .....

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL (12 números): España: 600 pesetas. Extranjero: 850 pesetas

Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

TIEMPO de HISTORIA

AÑO II NUM. 16 60 PESETAS

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA

Director: EDUARDO HARO TECGLEN

EN NUESTRO NUMERO ANTERIOR

LA EDUCACION NACIONAL CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA, por Enrique Miret Magdalena. ● JULIAN BESTEIRO: UN REFORMISTA EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL. Una entrevista de Josefina Pascual con Fermin Solana. ● FEBRERO, 1936: EL TRIUNFO DEL FRENTE POPULAR, por Eduardo de Guzmán. ● DOS CARTAS DE DOSTOIEVSKI: LA VIDA EN LA CARCEL y SOBRE «CRIMEN Y CASTIGO». ● SINTESIS BIOGRAFICA DE DOSTOIEVSKI, por Carlos Sampelayo. ● BOCCACCIO Y LA COMEDIA HUMANA, por Fernando Savater. ● «GALILEO». Texto integro del guión cinematográfico de Liliana Cavani y Tullio Pinelli. ● ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara. ● FELIPE II: NUEVAS CARTAS FAMILIARES, por Gustavo Fabra Barreiro. ● EL BANCO DE SAN CARLOS, DOCE DIAS ANTES DEL DOS DE MAYO, por Gonzalo Moya. ● LIBROS: Araquistain y la izquierda socialista; La influencia del positivismo; Aproximaciones a nuestro pasado inmediato; El Saco de Roma; Al dia siguiente de la Revolución; Gramsci: Vida y muerte en la cárcel. ● CINE: La mentira como documento histórico, por D. G.

«OBBEDITE PERCHÈ DOVETE OBBEDIRE»

Eduardo Haro Ibars

EL FASCISMO: FASCINACION Y TERROR

Páginas de una cartilla escolar italiana durante el período fascista.

(Véase artículo en este número.)